

Hippismo criollo
40 años después

SANDRA MILENA RAMÍREZ CARREÑO

Trabajo de grado para optar por el título de Comunicadora Social con énfasis en
Periodismo

Maryluz Vallejo Mejía
Directora de Tesis

Pontificia Universidad Javeriana
Facultad de Comunicación y Lenguaje
Carrera de Comunicación Social
Bogotá, 2009.

Tabla de Contenido

1.	<u>Introducción.....</u>	<u>10</u>
2.	<u>Marco histórico.....</u>	<u>16</u>
2.1.	<u>La revolución del siglo XX: paz, música y amor.....</u>	<u>16</u>
3.	<u>Marco conceptual.....</u>	<u>34</u>
3.1.	<u>El hippismo: una avalancha de cambios.....</u>	<u>34</u>
3.2.	<u>La crónica para narrar la memoria.....</u>	<u>52</u>
4.	<u>Peludos y polémicos.....</u>	<u>54</u>
5.	<u>La onda de la revolución sexual: hippies liberadas.....</u>	<u>61</u>
6.	<u>Lavado de cerebro.....</u>	<u>67</u>
7.	<u>El hippismo pasajero en la calle 60.....</u>	<u>72</u>
8.	<u>Crucificados por un afiche.....</u>	<u>83</u>
9.	<u>Todos en la calle o todos en la cárcel.....</u>	<u>87</u>
10.	<u>“Paz, música y ...goles”.....</u>	<u>90</u>
11.	<u>Otra callecita para hippies.....</u>	<u>93</u>

12. <u>Un paraíso perdido.....</u>	<u>99</u>
13. <u>La vida en comunas.....</u>	<u>106</u>
14. <u>Vidas de colores: memorias de los hippies colombianos.....</u>	<u>120</u>
15. <u>Conclusiones.....</u>	<u>150</u>
16. <u>Bibliografía.....</u>	<u>156</u>
16.1.Fuentes bibliográficas.....	156
16.2.Fuentes testimoniales	158

1. Introducción

“Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos”.

Jorge Luis Borges

En este país que padece de amnesia miles de historias están presentes sólo en la memoria de los protagonistas, sin otro registro documental. Miles de jóvenes hace 40 años estuvieron involucrados en el primer movimiento contracultural que existió en el mundo, pero pocos están vivos y recuerdan con claridad qué fue lo que pasó en Colombia.

En el imaginario de mi generación, los hippies se asocian con los artesanos que venden manillas, collares, aretes o manualidades de cuero en plazas y ferias de la ciudad. Pero ellos si acaso sabrán de qué se trató el hippismo.

Las representaciones y relatos que han hecho los medios de comunicación y las instituciones educativas sobre los hippies los vinculan a una serie de sucesos en el mundo, como la guerra de Vietnam y las protestas del mayo del 68 en Francia. Pero el hippismo se ha convertido en un lugar común que difícilmente la gente asocia con Colombia.

El hippismo fue más allá. Al llegar a Colombia marcó una pauta de comportamiento entre la juventud y generó escándalo en sectores conservadores. Cambió la sociedad y rompió los parámetros sociales establecidos.

Mi tema original de trabajo de grado eran los inmigrantes rusos. Pero después de un trabajo universitario en el que tuve 12 minutos para contar qué había sido el hippismo en Colombia, me di cuenta de que necesitaba más tiempo para plasmar una historia hasta ahora desconocida por muchos y que sólo figura en un libro que compila artículos de uno de los festivales de rock más importantes de Latinoamérica, *El Festival de Ancón: un quiebre histórico*, y en otro que habla del comportamiento —aparentemente esquizofrénico— de los hippies, *Psicopatología y existencia del hippie*. Decidí, entonces, dar el paso que me llevó a escribir una memoria perdida, que seguramente le interesará a muchos.

Después de las conversaciones que sostuve con varios protagonistas de la época me convencí de que los hippies tenían un tesoro. Una historia que se convirtió en un rompecabezas para armar. Cada uno de los sobrevivientes del movimiento narró sus vivencias, caracterizadas por la manera particular de percibir ese momento de su vida. Cada experiencia me ayudó a complementar los vacíos que fui encontrando. En total fueron 21 testimonios, una polifonía de voces que se vaciaron en la serie de crónicas. Entrevistas en profundidad que se realizaron en distintos momentos y espacios con varios de los personajes hasta lograr el grado ideal de compenetración y confianza para ser aceptada, tácitamente, en su “hermandad”.

Cuando hice la revisión de prensa en los diarios más importantes del país entre 1969 y 1972 —desde el auge hasta la extinción del movimiento hippie criollo—, me encontré con más de 100 artículos en los cuales los temas principales eran los hippies, el sexo, las drogas, el pelo largo y las desesperadas medidas planteadas por columnistas, editores y redactores por frenar el cambio que proponían los jóvenes. También hubo quienes defendían la nueva forma de protesta juvenil, pero eran los menos.

Adicional a esto, para hacer inmersión en el tema leí todo lo que cayó en mis manos, escuché música y vi películas viejas sobre hippismo, rock, drogas y sexo en la época demarcada. Mis maestros fueron Aldous Huxley, Jack Kerouack, Albert Hoffman, José Vélez Sáenz, Janis Joplin, Carlos Santana, *The Beatles*, *The Rolling Stones*, *Led Zeppelin*; además el famoso y excelente documental llamado *Woodstock: tres días de música y paz*, películas como *Easy Rider* y *Across de Universe*, por mencionar algunas de las razones por las cuales el interés por la investigación fue creciendo.

La crónica se convirtió en el género periodístico ideal para plasmar la historia de los hippies en Colombia. La variedad de voces, las imágenes y la cantidad de fuentes de prensa y bibliográficas, y la posibilidad de revivir por medio del lenguaje parte del pasado de una generación, hicieron posible la claridad del relato que equilibra la percepción de los hippies y de otros sectores de la sociedad, porque “siguiendo usos de la ficción, la crónica también narra lo que no ocurrió, las oportunidades perdidas que afectan a los protagonistas, las conjeturas, los sueños, las ilusiones que permiten definirlos”.¹

La crónica me dio el espacio suficiente para un uso efectivo de las entrevistas realizadas. Me abrió las puertas para compaginar la información recogida y me dio la posibilidad de tejer una realidad que no se conoce con una narración sencilla para cualquier lector. Juan Villoro dice que “de acuerdo con el dios al que se debe, la crónica trata de sucesos en el tiempo. Al absorber recursos de la narrativa, la crónica no pretende "liberarse" de los hechos sino hacerlos verosímiles a través de un simulacro, recuperarlos como si volvieran a suceder con detallada intensidad”.²

¹Villoro, J. (2006) “La crónica: el ornitorrinco de la prosa”, [en línea] disponible en http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=773985, consultado en: 29 de julio de 2009.

² Ibíd.

Así me convencí de que la crónica era el género ideal para plasmar la historia de los hippies, porque como lo menciona el cronista Alberto Salcedo Ramos, “la crónica es, además, la licencia para sumergirse a fondo en la realidad y en el alma de la gente”.³ En este caso gente que abrió su memoria, su corazón y su alma para dejar que una parte de su vida saliera a flote.

La historia del hippismo, plasmada en las siguientes páginas, se desarrolla en dos partes. En principio están un marco histórico — titulado *La revolución del siglo XX: paz, música y amor* — y uno conceptual —llamado *El hippismo: una avalancha de cambios*—, que servirán para ubicar al lector en un contexto de la época para la interpretación de los temas que se despliegan a lo largo de las crónicas.

La segunda parte está constituida por 10 relatos, nueve narrados a manera de crónica y un perfil colectivo, que pretenden abordar todos los temas y espacios ocupados por los hippies en el país. Así, el relato se complementa y mantiene una línea de continuidad marcada por los lugares en los que se desarrollan los eventos.

En ese orden aparecen *Peludos y polémicos*, que busca dar las posibles explicaciones del por qué los hombres llevaban el pelo largo. Seguido de este aparece *La onda de la revolución sexual: hippies liberadas*, en el cual se da un vistazo al cambio de las tradiciones sexuales de la mujer en Colombia, se mira el impacto de la píldora y el aborto como práctica anticonceptiva, que demuestra cómo la mujer disponía de su cuerpo.

³ Salcedo, R. (2009) “La crónica: el rostro humano de la noticia”, [en línea], disponible en: http://books.google.com.co/books?id=sYtMlbvIsqsC&pg=PA89&lpg=PA89&dq=alberto+salcedo+ramos+m+anuel+de+generos+unisabana&source=bl&ots=FhPtG3P-TT&sig=li2m-rUrL_PpHpUfLUUYsXBV6U&hl=es&ei=NPFySpK4CaKCmQeQyrzsCg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=3#v=onepage&q=&f=false, consultado en 30 de julio de 2009.

En tercer lugar, aparece *Lavado de cerebro*, que presenta una de las medidas más comunes de la sociedad para reprimir a los hippies en su conducta: el ingreso a las clínicas de reposo.

En este punto aparecen los relatos de los lugares y hechos que marcaron a los jóvenes hippies de Bogotá y el país. *El hippismo pasajero en la calle 60* es el capítulo que enmarca uno de los lugares más simbólicos de los hippies y el nacimiento del hippismo.

Posteriormente, *Todos en la calle o todos en cárcel* y *Paz, música y goles*, son dos historias salidas del pasaje de los hippies, representativas con respecto al trato que tenían con las autoridades y a la importancia que alcanzaron los hippies en el país, capaces de convocar a más de 30.000 personas con un fin benéfico.

A continuación, llega *Otra callecita para hippies*, capítulo que da cuenta de un lugar innovador y representativo para los hippies en Bogotá, donde el movimiento empezó a decaer con el paso de los años.

Como escenario revelador aparece *Un paraíso perdido*, que describe el lugar preferido por la comunidad hippie para consumir hongos alucinógenos, un punto de encuentro de extranjeros, colombianos y psicodelia.

Se da el salto a *La vida en las comunas*, que muestra cómo los hippies llegaron al total desprendimiento material viviendo de los frutos de la naturaleza les diera. Se destacan cuatro lugares del territorio nacional —Bogotá, Cali, Santa Marta y San Agustín—, que acogieron a los hippies felices e indocumentados (como diría García Márquez).

El último de los capítulos, titulado *Vidas de colores: memorias de los hippies colombianos*, muestra un corto perfil de 24 personajes del hippismo en el país construido a partir de las voces de los entrevistados. Con razón el mexicano Juan Villoro exalta el poder de la crónica por su intento de “darles voz a los demás, estímulo cardinal de la crónica”⁴. En este ejercicio de aproximación resulta imposible suplantar a quien vivió la experiencia; sólo se recrean sus recuerdos, que son sus verdades.

La siguiente investigación presenta la historia de una generación completa y revela las condiciones en que vivieron los hippies colombianos, los desafíos que enfrentaron, las circunstancias que los llevaron a convertirse al hippismo, los lugares en los que permanecieron, las personas que los marcaron, las tendencias que siguieron y la propiedad con la que aceptaron su condición, en este país que cuatro décadas después sigue teniendo mentalidad conservadora.

Con este trabajo periodístico pretendo rescatar una parte de la historia colombiana que aún no está escrita y que de entrada entusiasmó a sus protagonistas, por largos años excluidos y marginados de la sociedad; incomprendidos y vistos no como pacíficos soñadores sino como lunáticos. Cuarenta años después, es hora de reivindicarlos.

Op. Cit., Villoro.

2. Marco Histórico

2.1 La revolución del siglo XX: paz, música y amor

“En Colombia de 1946, 340.790 bebés estrenaron chupos. El país vivía una etapa de violencia que dejó 305.547 viudas en 15 años (del 40 al 55). Ese mismo año los Estados Unidos celebraron el final de la II Guerra Mundial con una explosión demográfica sin precedentes: un niño cada 17 segundos. Como nacieron después de la bomba de Nagasaki, se les llamó Baby Boomers”⁵

Álvaro Pérea

A finales de la década del 60 una serie de acontecimientos dejaban la sensación de desasosiego en la juventud. La promesa de paz que se había hecho al finalizar la Segunda Guerra Mundial, con los textos de las Naciones Unidas y el principio de igualdad promulgado no se cumplían. Existían problemas de racismo, estaba latente la guerra de Vietnam, estalló Mayo del 68 en Francia, donde por primera vez se habló de una universidad crítica y los estudiantes manifestaron sus inconformidades.

En medio de este caos mundial, los jóvenes, soñadores sin límites, vieron una oportunidad en el hippismo. Este fue un movimiento contracultural que empezó en 1966 en el distrito de Haigh Ashbury, en San Francisco (California, Estados Unidos) con el consumo masivo de la Diatelamida de Ácido Lisérgico (LSD).

La primera concentración masiva de hippies se dio en San Francisco en una reunión conocida como *La fiesta del trippy* a la que asistieron 10.000 jóvenes que ingirieron LSD

⁵ Perea, A. (1996, febrero) “Una generación en la encrucijada; las contradicciones de la generación de los años sesenta se expresa con fuerza en el país, Ernesto Samper y Alfonso Valdivieso son un ejemplo”, en *Revista Cambio 16*, núm. 138, pp.

al mismo tiempo, en señal de protesta frente a la medida tomada por las autoridades, que declararon ilegal el consumo de este ácido.

El LSD hacía que los consumidores entraran en un estado máximo de desprendimiento del mundo material y, además, les permitía percibir la realidad de una manera totalmente diferente que los ayudaba a encontrar una “felicidad plena”.

“Ante todo estamos en un momento histórico sin precedentes. En primer lugar, el uso generalizado de la píldora permite tener relaciones sexuales por simple placer, pero en segundo lugar también hace parte de una realización ética plena. La creencia de la vida consiste en ser feliz; eso fue una ruptura con los convencionalismos muy peligrosa”.⁶

El amor, el sexo, las drogas y el *rock and roll* fueron los principales lemas de la generación del *Baby Boom*, “el salto natalista que parecía como una ansiedad de la especie diezmada por Europa por recuperar los millones de muertos jóvenes; los nacidos de la postguerra eran los que ahora estaban entrando a la vida. Y la encontraban poco acogedora, mal hecha, fea. Culpaban a los mayores de la guerra y de la paz insuficiente y amenazada. La habían hecho los padres, y ellos les veían frágiles, cansados, aburridos de si mismos. A veces, totalmente triunfalistas [...]. Para un gran número de jóvenes del mundo sus padres eran como zombis, pero represivos”.⁷

Aparte de los Estados Unidos, varios países europeos también conocieron el movimiento hippie. Éste se propagó por medio de una influencia también mediática en países como

⁶ Gillon, S. (2008) “Hippies” [en línea], disponible en: <http://es.youtube.com/watch?v=loKjM29pIsA>, recuperado en: 23 de noviembre de 2008. Este video fue borrado del la página a comienzos del 2009.

⁷ Haro Tecglen, E. (1988), *El 68: las revoluciones imaginarias*, Madrid, Ediciones El País; Aguilar Ediciones, p. 12.

Inglaterra, Francia, Holanda y España. Dos años después, el movimiento generacional llegó a Latinoamérica. Un poco retrasado y con la esencia desvanecida, el hippismo en esta región fue una copia pobre del original estadounidense. “Es indudable que, incluso aceptando que el malicioso hippismo nacional es ante todo un fenómeno de imitación, típico de un universo marcado por el impacto de las comunicaciones que ha creado una internacional juvenil, lo cierto es que existe”.⁸

Bajo el gobierno de Carlos Lleras Restrepo, penúltimo presidente del Frente Nacional, en 1968, el movimiento empezó a tomar fuerza en Colombia. Sin que existiera una verdadera motivación política o social, el hippismo fue creciendo como una imitación de lo que los jóvenes del momento veían que pasaba en el mundo. Conservando los ideales de “sexo, drogas y rock and roll”, los hippies colombianos fueron el punto de giro en una sociedad acostumbrada a la calma.

En Colombia, antes de la llegada del hippismo, existió un movimiento literario que logró cautivar a una gran cantidad de jóvenes de las principales ciudades del país: el llamado Nadaísmo, fundado en 1958 por Gonzalo Arango en Medellín.

"En los años cincuenta aparece el nadaísmo comandado por el antioqueño Gonzalo Arango. Este movimiento causó impacto en Bogotá, en parte debido a que el grupo cultivaba una poética urbana fundada en el escándalo social y la arremetida contra una sociedad pacata y dogmática. El nadaísmo tomó cierta estilística de los existencialistas franceses y de la subcultura hippie de los sesenta".⁹

Jotamario Arbeláez, poeta nadaísta comenta al respecto:

⁸ De Vieco, B. (1971, enero) “El hippismo colombiano”, en *Revista Cromos*, p. 53.

⁹ Silva, A. (2003) “Bogotá imaginada”, Taurus, Bogotá, p. 216.

“El nadaísmo fue tan revolucionario y escandaloso hasta para los mismos revolucionarios porque llegó en un momento de marasmo en el país a enfrentarse —a punta de solo terrorismo verbal— con el poder político, con el clero, con la academia, con los intelectuales pesados de la capital, haciendo gala de una cultura deslumbrante —recién adquirida en revistas y libros de contrabando— y de un comportamiento por lo menos desenfrenado cuando no abyecto frente al sexo y demás costumbres. Le dimos estatus cultural a la marihuana diez años antes que el hippismo”.¹⁰

Además, *“era un movimiento que pretendía hacer tabla rasa con todo lo establecido; estar en contra de la academia, en contra de la iglesia, en contra de todo. Por eso fue tan importante que diez años después, cuando irrumpe el hippismo, pudiéramos hacer fusión algunos poetas del grupo con los nuevos jóvenes que venían impulsando una corriente”*, afirma Jotamario Arbeláez.¹¹

El hippismo en el país se convirtió en un complemento del nadaísmo, mezclado con la contracultura propuesta por los estadounidenses. Era un poco de acá y un poco de allá. Jotamario Arbeláez, poeta nadaísta involucrado en el movimiento, dice que *“era la cristalización de nuestros primeros vaticinios respecto a que la juventud en algún momento llegaría a ser la dueña del poder, un poder espiritual. Porque esa generación hippie muy pronto realizó una ruptura de valores y una revolución social”*.¹²

La sociedad entonces empezó a ver jóvenes contestatarios que salían de sus casas con formas de vestir alternativas en las que el colorido primaba; moda originalmente impuesta por los hippies gringos, quienes asociaban los colores con los viajes proporcionados por los alucinógenos. Las mujeres empezaron también a cambiar la actitud con el uso de la píldora

¹⁰ Saurio. “No se le sacian las sedes: reportaje a Jotamario” (2009) [en línea], disponible en: <http://www.laideafija.com.ar/especiales/jotamario/4jota.html>, recuperado: 22 de mayo de 2009.

¹¹ Arbeláez, J. (2008 01 de junio de 2008), entrevistado por Muñoz, J., Bogotá.

¹² *Ibíd.*

anticonceptiva y el consumo de drogas y alucinógenos —entre los cuales se encontraban la marihuana, el LSD, los hongos, entre otros—, se hizo más frecuente.

Los festivales musicales también fueron copiados por la generación hippie colombiana. Después del Festival de Woodstock, que se desarrolló del 15 al 18 de agosto de 1969, en Bethel (Nueva York), al que asistieron cerca de 400.000 personas y que sigue siendo considerado el evento musical y artístico más importante en la historia de la humanidad, llegaron los eventos colombianos.

En este mismo año, cuando las principales ciudades de Colombia empezaban a sentir la presencia de pacifistas criollos, los “toques” de las bandas nacionales en lugares públicos evidenciaban la existencia de miles de hippies que en muchas ocasiones se reunían a fumar marihuana, compartir sensaciones extrasensoriales y deleitarse con la música.

Las críticas en contra de los hippies se propagaban rápidamente, no sólo por el voz a voz de los sectores más conservadores, sino también por los medios de comunicación. La fuerza pública emprendió una campaña con la que buscaba desprestigiarlos sobrepasando los poderes otorgados por la ley.

La Policía no medía su fuerza en el momento de proceder a los desalojos en contra de los hippies en Bogotá. Al parecer, el abuso de autoridad siempre estuvo por encima de los derechos de los jóvenes que, independientemente de ser hippies y de lucir diferentes al resto de la sociedad, eran ciudadanos cobijados por las regulaciones establecidas por la ley.

Los periodistas también sintieron lo que era el maltrato de la Fuerza Pública, porque cuando los confundían con los hippies eran agredidos y detenidos.¹³

No sólo se trataba de un trato indebido sino de abusos prolongados, tales como el maltrato físico, la detención y el corte de pelo a la fuerza. Ante los “melenudos”, los miembros de la fuerza pública se tomaban excesivas atribuciones. Sin embargo, en la mentalidad de los hippies estaba la paz y no culpaban a la Policía por sus actitudes, pues para ellos todo eso era consecuencia de la sociedad en la que habían crecido: una sociedad que no le daba oportunidad a nadie, que promovía la violencia, y que por esa misma razón tocaba cambiar.

Los festivales de rock, que en un comienzo no pasaban de ser simples improvisaciones de las bandas, se convirtieron en eventos que lograban convocar curiosos, amantes de la música y hippies.

En el parque Julio Flórez, en la calle 60, se hicieron pequeños conciertos en los que el número de espectadores no superaba los 300. Los fines de semana eran escogidos por los músicos y los organizadores para dejar en el aire capitalino las notas y letras de la música que cobijaba el sentir hippie. En las tardes el espacio se llenaba de música, “cachacos”, obreros, señoras que salían de misa, niños y jóvenes. Las intervenciones de los artistas estaban mediadas por declamaciones poéticas de algunos de los pacifistas más reconocidos del movimiento, como Sibius y Jotamario, que hablaban de Bolívar y su sueño triunfalista de unión americana, ante el público que escuchaba con atención sentado en el piso.

¹³*El Tiempo* (1969, 20 de julio), “Al arrestar hippies la Policía hiere a reporteros”, Bogotá, pp. 18A.

La Policía —representada por no más de diez bachilleres y unos cuantos oficiales estrenando bolillos—, siempre estuvo presente en los eventos realizados en este lugar a la espera de un leve olor a marihuana, una nube de humo que delatara al imprudente que se atreviera a sacar una sustancia psicoactiva o para controlar los “desórdenes” que nunca llegaron. Se veían diferentes frente a los colores, la alegría y la paz de los espíritus hippies.

El 2 de marzo de 1970, “Los Yoguis” fueron los encargados (por cuatro horas) de reunir a los transeúntes de la calle 60 y el pasaje de los hippies. Un mes más tarde, el escenario cambió. El Parque Nacional empezó a ser usado como el espacio que prometía la realización de festivales de rock multitudinarios. Las expectativas eran cada vez más grandes y los hippies parecían multiplicarse. El sábado 4 de abril, Tania Moreno organizó un festival de rock en el que participaron bandas como “AEDA”, “Los Yoguis” y “Siglo Cero”.

Este fue el preámbulo del Festival de la Vida que, “organizado por Humberto Monroy, impulsado por el *disc-jockey* Edgar Restrepo y financiado por los afiches de Tania Moreno”¹⁴, reunió por seis horas en el Parque Nacional a 15.000 hippies que asistieron de manera gratuita.

“Hicimos una pequeña infraestructura. Eran seis tarimas que se veían como un escenario; alquilamos andamios y lo montamos sobre eso”.¹⁵ Después de conseguir los permisos en la oficina de antinarcóticos, invertir \$10.000 y hacer difusión, la música estuvo a cargo de

¹⁴ Cortés, F., y Moreno, T. (1988, 10 de abril), “30 años de rocanrol”, en *Lecturas Dominicales* (diario *El Tiempo*), p. 8.

¹⁵ Moreno, T. (2008, 21 de agosto), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

cinco bandas de rock entre las cuales estuvieron “La gran sociedad del Estado”, “Planta Ltda.”, “La caja de Pandora” y “Meditación Blanca”.

“Allí había de todo. Jóvenes de alta sociedad, melencidos, humildes, intelectuales, desilusionados o llenos de ilusiones, actores, pintores, poetas hippies y nadaístas. Tres cosas parecían unirlos: el amor por la música de hoy, el pelo largo, las chaquetas de cuero, los pantalones anchos a colores”.¹⁶

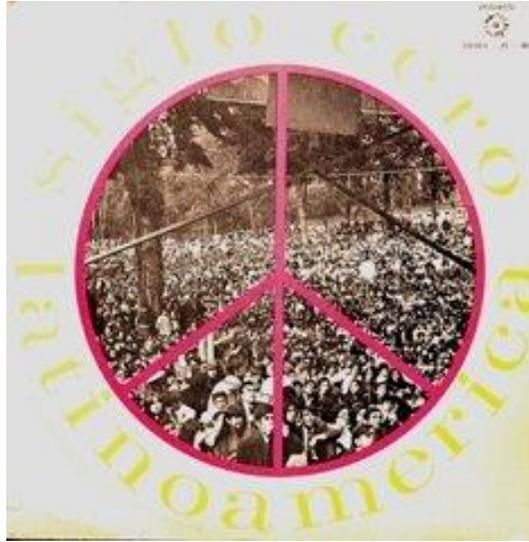
Una de las intervenciones de la tarde estuvo a cargo de un joven que, con toda la seguridad del mundo, decía que en Colombia no había “hippies” sino chibchas. Entre los asistentes del festival se encontraban el poeta nadaísta Jotamario Arbeláez; un baladista conocido como *Rolf*; *El Monje Loco*; la poetisa María Eugenia Botero, conocida como “*La Pesada*”.

En un artículo titulado “Tarde de angustia, histeria y rock” Juan Gossain dice que “la estridencia del rock, coreado con palmas y con gritos invadió otra vez la pequeña hondonada verde donde estaban los hippies. [...] Ya no había sol ni otra luz natural, pero la juventud siguió bailando y cantando sus canciones. En la semiclaridad se vieron —nítidas, dibujadas contra el escenario de los árboles— las piernas desnudas de una muchacha. A su derecha el humo subía por el aire”.¹⁷

Del Festival de la vida se hizo una grabación llamada “Latinoamérica Siglo Cero” en donde hay temas improvisados con una duración de oscila entre los 15 y 20 minutos.

¹⁶ Levy, A. (1970, 28 de junio), “Seis horas de rock para 15.000 melencidos”, en *El Tiempo*, Bogotá, p. 16.

¹⁷ Gossain, J. (1970, 28 de junio) “Tarde de angustia, histeria y rock” en *El Espectador*, Bogotá, pp. 14



Caratula de Siglo Cero, 1970 / Archivo personal Tania Moreno

Ese mismo mes las autoridades anunciaron un control estricto sobre los hippies en la capital colombiana debido a infracciones de diferente tipo, como “tráfico de estupefacientes, conducta inmoral y escándalo en la vía pública”.¹⁸ Según las autoridades, la judicialización de los jóvenes hippies se facilitaba debido a que la mayoría de ellos carecía de alguna actividad definida y de una profesión. Para ese momento estaba vigente el decreto 1699, que permitía abrir casos por vagancia y conductas antisociales.

Bajo la presidencia de Misael Pastrana Borrero, en el mes de julio, el tráfico de drogas, el homosexualismo y otras conductas fueron declaradas contravenciones y se sancionaban con arresto temporal.

¹⁸*El Espectador* (1970, 04 de junio), “Estricto control sobre ‘hippies’ anuncian en Bogotá”, Bogotá, pp.14A.

El “Woodstock” colombiano

Una vez, el 18, 19 y 20 de junio de 1971, la música los unió. Por lo menos 200.000 hippies llegaron hasta el parque de Ancón en el Municipio de la Estrella, Antioquia para ser testigos del evento de rock más grande que se ha realizado en Colombia hasta el día de hoy.

Los hippies colombianos siguieron con su tónica de pacifismo. En Medellín, un grupo de jóvenes involucrados en el movimiento lograron hacer real el Festival de Ancón. Organizado por Humberto Caballero y Gonzalo Caro, conocido como “Carolo”, quién era dueño “de un caluroso y estrecho almacén de carteles, símbolos hippies, y medallones de cobre en el pasaje Junín”.¹⁹

Fueron tres días en los que se hippies, no sólo nacionales sino también extranjeros, provenientes de Argentina, Ecuador, Perú, Chile, Brasil y Estados Unidos, entre otros países, interesados en disfrutar de la paz, la música y el amor se acomodaron en el barrizal que ocasionó la lluvia.



¹⁹ Castro Caycedo, G. (2001) “El Festival hippie: retro a la tradición” en El Festival de Ancón: un quiebre histórico, Medellín, pp. 50.

“Ancón se convirtió en un símbolo, no solamente para el hippismo criollo colombiano sino para el hippismo a nivel mundial porque está en los cinco eventos musicales más grandes que se han realizado en el mundo”²⁰, dice Caro.

Las empresas de transporte de las principales ciudades habían conseguido vender todos los tiquetes con destino a Medellín. Las sillas estaban ocupadas con “peludos”, niñas lindas, ropas coloridas hechas por ellos mismos y una que otra flauta o guitarra para amenizar el camino en el cual se presentaron algunos derrumbes y se pincharon las llantas.

A la una y media de la tarde, el alcalde de Medellín, Álvaro Villegas Moreno, quién levantó las críticas de toda la sociedad paisa que no estaba de acuerdo con la realización del Festival, inauguró el evento.



Festival de Ancón 1971/ Archivo personal Jaime Rendón

²⁰ Caro, G. (2008, 15 de mayo), entrevistado por Muñoz, J., Bogotá.

En febrero de ese año, Misael Pastrana había declarado el Estado de Sitio aduciendo que era posible una huelga de estudiantes y profesores en la universidad del Valle²¹, excusa utilizada por la Iglesia Católica en contra de la realización del Festival de Ancón. El Arzobispo de Medellín, Tulio Botero Salazar siempre manifestó la inconformidad ante una protesta a favor de las buenas costumbres y la tradición:

“Ahora nos hallamos en Estado de sitio, en el que se prohíben grandes aglomeraciones, y es precisamente este Estado de sitio para que se imponga contra todo lo que atente contra la seguridad del Estado, que con mayor razón debiera hacer valer su ley, cuando amenazan males sociales y morales incalculables”²².

Entre los asistentes había jóvenes desde los 13 hasta los 25 años. “Allí durmieron bajo carpas, casuchas improvisadas con tablas, trozos de plástico o papel, tras haber recorrido la mayoría a pie, centenares de kilómetros desde todos los puntos cardinales de Colombia”.²³ Los más descomplicados emprendían caminatas hasta Medellín en las horas de la noche para conseguir algo de comer y dormir en una acera o banqueta del parque principal; luego, al amanecer, regresaban al municipio de La Estrella.

²¹ García Villegas, M. y de Sousa Campos, B. (2009) “Caleidoscopio de las injusticias en Colombia”, [en línea] disponible en: http://books.google.com.co/books?id=ubjueZujsmcC&dq=Estado+de+sitio+1971+colombia&source=gbs_suummary_s&cad=0, p. 321 recuperado: 06 de mayo de 2009.

²² Tovar Ramos, C. “El Arzobispo de Medellín condena Festival de Rock”, De la redacción de El Siglo, en “El Festival hippie: retro a la tradición”, en Bueno, O. y Caro, G., (comp.), *El Festival de Ancón: un quiebre histórico*, Medellín, Lealon, p. 47.

²³ Castro Caycedo, G. “El Festival hippie: retro a la tradición”, en Bueno, O. y Caro, G., (comp.), *El Festival de Ancón: un quiebre histórico*, Medellín, Lealon, p. 47.

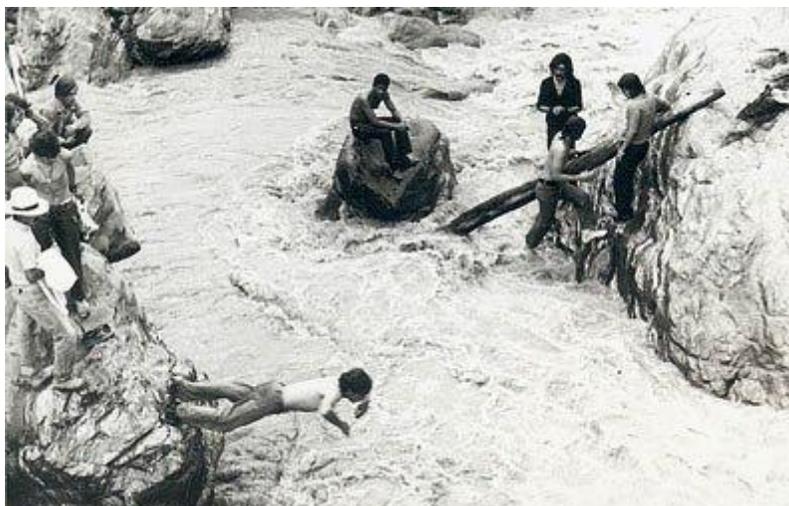


Festival de Ancón 1971/ Archivo personal Jaime Rendón

Agrupaciones provenientes de Cali, Manizales y Bogotá lograron la complicidad del rock con los hippies, las melenas y la marihuana. Galaxia, Columna de Fuego, Fraternidad, La Gran Sociedad del Estado, Terrón de Sueños, La Banda de Marciano, Los Flippers y *Stone Free* fueron algunas de las 25 bandas que reunieron a los inquietos amantes del rock y a los moralistas que no pudieron aguantar en sus casas y llegaron hasta La Estrella.

Fabio Gómez cuenta que cuando su grupo, Terrón de Sueños, se presentó *“la gente estaba sentada en el pasto mirando a la tarima. De pronto, apareció un tipo en un caballo detrás de ellos a toda velocidad y pisó a varios. Nosotros estábamos ‘en ácido’ y pensé que los iba a acabar a todos. Además, en Ancón murieron dos personas ahogadas en el río”*²⁴.

²⁴ Gómez, F. (2009 22 de mayo), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.



Festival de Ancón 1971 / Archivo personal Tania Moreno

Sin embargo, los colombianos por cuestión de tradición, no fueron tan liberados como los otros hippies del mundo, y en Ancón el comportamiento de los jóvenes no dio mucho de qué hablar.

“La verdad es que en Ancón no hubo orgías, ni atentados contra la moral, ni siquiera los desórdenes que habrían sido normales en un sitio al que concurrieron cerca de trescientas mil personas en un lapso de cuatro días”²⁵. Como en todos los lugares a los que iban los hippies, la droga nunca faltó, pero el espectáculo esperado, el que siempre se veía en los medios de comunicación cuando se hablaba de encuentros de rock en las grandes ciudades del mundo donde los hombres y mujeres después de fumar marihuana o consumir ácido se desinhibían completamente, no se dio.

²⁵ Mesa, E. (1972, agosto) “Carolo el hippie que ha tumbado dos alcaldes”, en *Revista Cromos*, p. 24.



Festival de Ancón 1971/ Archivo personal Jaime Rendón

No, el estilo de los pacifistas colombianos todavía resultaba un poco más recatado que el de los hippies del primer mundo. Las notas musicales se unían a los cuerpos de los jóvenes, quienes con sus cabezas, manos o pies, seguían el ritmo de una melodía que les ocasionaba un éxtasis total.

La máxima expresión de lo que era conocido como “pérdida de la moral” fue el baño que tomaron 500 jóvenes en el río que atravesaba el parque. No era la primera vez que se bañaban desnudos y tampoco iba a ser la última, por lo que ellos lo veían como algo natural.

“[...] Los que fueron a curiosear con mente morbosa y a tratar de encontrar ‘pornografía al aire libre’ tuvieron que regresar decepcionados a sus hogares a comentar ‘las fachas estrambóticas’ de los jóvenes hippies quienes permanecieron imperturbables ante la

avalancha de comentarios de una sociedad que los hizo sentir como ‘animales de zoológico’, según expresión de uno de los organizadores”.²⁶



Festival de Ancón 1971/ Archivo personal Jaime Rendón

El festival produjo pérdidas que, de acuerdo con los organizadores, ascendieron a los \$160.000. “Se informó oficialmente que las taquillas recolectaron en las dos primeras fechas \$115.000 en tanto que los costos superaron los \$280.000”.²⁷ La entrada se cobraba a \$13.20 por persona, pero como no era controlada se cree que por lo menos la mitad de los asistentes no pagaron.

²⁶ Hurtado de Paz, A. (1971, 22 de junio), “Final ruidoso y caliente en Ancón”, en *El Espectador*, p. 1B.

²⁷ Castro, G. (1971, 21 de junio), “Más curiosos que participantes” en *El Tiempo*, p. 12.

Un grupo de 100 hippies hizo parte de una guardia cívica que trató de colaborarle a la policía con el orden del festival, pero “no faltó el saqueo y atraco congénito colombiano, además porque dentro de los raponeros estaba Pablo Escobar y su combo tumbando morrales y guitarras a los hippies [...]”²⁸, señaló Manuel Vicente Peña.

Al día siguiente del cierre del festival, el Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, anunció que había un plazo de 48 horas para aquellas personas indocumentadas que ingresaron al festival, ya que una gran cantidad de extranjeros habían entrado de manera ilegal al país.

Finalmente, únicamente quedó en el aire el silencio de las guitarras, las baterías y las voces de los jóvenes que se unieron en Ancón. Todos los hippies cogieron sus morrales, sus plásticos, y al paso acostumbrado de caminantes tomaron la ruta que los conduciría a un viaje diferente en el que sólo importaban la felicidad y la plenitud.

Más música al aire libre

Un año más tarde se realizó el festival “Sol y Música: un paraíso para la gente bella”, al que asistieron cinco mil hippies en un balneario situado en Melgar, Tolima. Gran parte de los jóvenes llegaron y se devolvieron caminando. Este festival contó con una particularidad: Los Flippers, una de las bandas que participó estuvo encargada de dar clases de moral con relucientes frases, como “no drogarse y controlar el amor libre”.

²⁸ Peña, M. “Cuando el rock no era mamerto”, en “El Festival hippie: retro a la tradición”, en Bueno, O. y Caro, G., (comp.), *El Festival de Ancón: un quiebre histórico*, Medellín, Lealon, p.145.

El 16 de octubre de 1972, Cali fue el escenario de otro festival de hippies que perturbó la tranquilidad de los conservadores. El Festival de Rock del Valle, como fue nombrado por los organizadores, contó con la asistencia de 30.000 hippies tanto colombianos como latinoamericanos y gringos.

Hacia 1975, la producción musical y las bandas empezaron a desaparecer. El hippismo se desvaneció al tiempo que las notas musicales dejaban de sonar en el país. La producción musical se vio disminuida notoriamente y el silencio se apoderó del espacio ganado por los jóvenes de los sesenta.

3. Marco conceptual

3.1. El hippismo: una avalancha de cambios

“El movimiento hippie se abrió a las dimensiones racionales de la psiquis y las celebró, las utilizó y trató de conectarse con ellas a través de prácticas espirituales, del uso de las drogas psicoactivas rompiendo con esa idea propia de occidente que en el pensamiento y la voluntad están las únicas verdades y abriendo la posibilidad poco romántica del valor y la necesidad de reconocer las emociones, las imaginaciones, los deseos”²⁹.

Javier Saénz

En el movimiento hippie existen una serie de criterios y conceptos que permiten determinar la forma de vivir y de pensar de los integrantes de esta generación contracultural del siglo XX. También de la sociedad, que nunca estuvo preparada para asumir una ola revolucionaria que buscaba un cambio absoluto en su forma de vida.

El siguiente ensayo se construyó con los testimonios entregados por sobrevivientes de la época, las representaciones sobre el hippismo hechas por la prensa y libros de referencia sobre el hippismo y fenómenos anexos.

Palabras clave: Hippismo, hippies, drogas, revolución sexual, tendencias, comunas, música, juventud, sociedad.

Para comenzar, el **hippismo** nace en el año de 1966 en Haigh-Asbury, San Francisco (California, Estados Unidos). Guillermo Díaz de Paja en su libro *Los paraísos perdidos* menciona que “la palabra, como tantas otras de signo americano, proviene de jazz, es decir

²⁹ Saénz, J. (2008, 18 de mayo), entrevistado por: Ramírez, S., Bogotá.

*Cabe aclarar que la edición del libro es de 1971.

de la jerga negra norteamericana. No aparece ni siquiera en 'Wetnworth and Flexner' el mejor diccionario de inglés coloquial.* *Hep* convertido luego en *hip*, que significa 'estar dentro', 'sentir', 'comprender'. De *hip* surgió el *hispter*, sustantivo, y después, *hippies*, diminutivo- despectivo plural [...]"³⁰.

El hippismo fue concebido por sus integrantes como una revolución en contra del mundo material, la violencia, las actitudes marcadas por las generaciones anteriores en las cuales ellos estaban en contra. "Fue una especie de experimento orgiástico no solo de drogas y sexo sino de un estilo de vida: experimentos artísticos, experimentos de expresiones políticas; el desacuerdo con las políticas de nuestro gobierno, ya fuera por la guerra de Vietnam y muchas otras cosas tomó una nueva forma"³¹.

"El origen de esta mentalidad libre rompedora de moldes fue una mezcla de política, economía y conflicto internacional"³². El hippismo era visto como una forma contestataria de ver el mundo, donde por medio de la droga se creía que todo era posible; todo el mundo merecía ser tratado de la misma forma, la injusticia pasó a un segundo plano; "*era un estado de ánimo que significaba libertad y paz*", dice Jaime Rendón, hippie colombiano³³.

Cuando el movimiento llegó al país en 1968, la imitación de los valores e ideologías impuestos por el hippismo en el mundo fueron copiadas de la misma manera por los ciudadanos que procuraban un cambio en la dinámica nacional y una búsqueda y encuentro

³⁰ Díaz Plaja, G. (1971) *Los paraísos perdidos*, Barcelona, Círculo de Lectores S.A., p. 129.

³¹ Lee, M. (2008) "Hippies" [en línea], disponible en: <http://es.youtube.com/watch?v=loKjM29pIsA>, recuperado en: 23 de noviembre 2008.

³² "Hippies" [en línea], disponible en: <http://es.youtube.com/watch?v=loKjM29pIsA>, recuperado en: 23 de noviembre 2008.

³³ Rendón, J. (2008, 01 de Junio), entrevistado por: Ramírez, S. Bogotá.

con ellos mismos, “volvían a parecer con ellos el mito de lo natural o del buena salvaje, del hombre bueno rodeado de naturaleza [...]”³⁴.

En el diario *El Tiempo*, apareció un artículo titulado *Francisco, el primer hippie* en el que la ideología hippie fue comparada con la que predicó San Francisco de Asís. Al referirse a la naturaleza señalaba que “el hipismo quiso rescatarla del pliego moderno y hacer una vida ausente de violencia, de simulación, de artefactos y manufacturas, donde hacer el amor fuera mejor que hacer la guerra. Desgraciadamente fracasó porque la droga, el exotismo, el exhibicionismo ahogaron la incipiente filosofía”³⁵.

Los jóvenes que a finales de la década del sesenta ingresaron en el movimiento hippie se encontraban en una especie de “insatisfacción con el mundo que había creado sus padres y buscaban vías alternativas”³⁶.

“*El que se metía de hippie era porque creía en el amor libre, porque este mundo le sabía a mierda. O sea, el hippie era de ‘hagamos algo para cambiar el mundo’*”, dice María Victoria Uribe, hippie colombiana, que fue reina de Bogotá y al cabo de los años ocupó la dirección del Instituto Colombiano de Antropología.

Los hippies no estaban dispuestos a seguir con la tradición que sus padres les impusieron. Así lo señaló un artículo de Fernando Soto Aparicio titulado ‘¿A dónde va la juventud?’ publicado por la revista *Cromos* en 1970. “La juventud no quiere la herencia. No la necesita: la repudia. Desea establecer a tono con la época unas leyes nuevas; una religión

³⁴ Haro Tecglen, E. (1971) *El 68: las revoluciones imaginarias*, Madrid, Ediciones El País, Aguilar Ediciones, p. 34.

³⁵ *El Tiempo* (1971, 25 de febrero) “Francisco el primer hippie”, Bogotá, pp. 5.

³⁶ Guillón, S. “Hippies” [en línea], disponible en: <http://es.youtube.com/watch?v=loKjM29pIsA>, recuperado en: 23 de noviembre 2008.

diferente basada en el concepto personal, en la idea individual; un sistema político más ágil que constituya una especie de país mundial con similares posibilidades para todos, sin fronteras ideológicas y económicas y unas costumbres que no consulten con los viejos códigos”³⁷.

*“El hippismo puede compararse con la filosofía de Cristo: todos somos iguales, los del sur son iguales a los del norte, tal vez no hablen bien, tal vez no tengan dientes, pero son seres humanos, los queremos, los respetamos, hay que ayudarlos. Eso en esa época era dramático, no se podía traspasar ese límite”*³⁸.

Los jóvenes colombianos se comenzaron a volver más contestatarios y activos en el cambio que buscaban. La sociedad tambaleó y comenzó la lucha por la igualdad. Las cosas empezaron a cambiar. *“Se practicaba el cuento de la fraternidad. Empezó a llamarse “hermano”, como los cristianos, “oye hermano”, “Qué hubo brother”, “sister”, era como para romper el hielo de ‘oye, tú eres rico, yo soy pobre, ¿cómo te voy a llamar?’. De pronto “no, pasa el cachito”, pero ¿acaso al rico no le daba asco de que el pobre usará lo que el usaba? Entonces, el hippismo se volvió una cosa de sentarse juntos frente al fuego, escuchando la música, entendiéndola”*³⁹, dice Fito Solarte.

Pero no todos los hippies tomaron los mismos rumbos. Los caminos de apertura mental y espiritual dependían de cada uno de los integrantes del movimiento. *“El hippismo no era un movimiento homogéneo, fue algo tan grande que abarcó todo. Abarcó las artes plásticas, la música, los cambios sociales, la religión, la salud, la ecología, la liberación*

³⁷ Soto Aparicio, F. (1970, 31 de agosto), “¿A dónde va la juventud?”, en *Revista Cromos*, p. 24.

³⁸ Obregón, R. (2009, 01 de mayo), entrevistada por: Ramírez, S., Bogotá.

³⁹ Solarte, F. (2009, 24 de abril), entrevistado por: Ramírez, S., Bogotá.

sexual, el respeto por la naturaleza, la parte antropológica de regresar a los Indios”⁴⁰, apunta Rocío Obregón.

Palabras como espiritualidad, amor, sexo, igualdad, tolerancia y libertad se convirtieron en el bastión de los jóvenes hippies colombianos que venían de una ola de violencia en el país donde la tendencia política (liberalismo y conservatismo) marcaban la vida de los mayores y de los intereses de poder.

Martín Lee, autor del libro *Acid Dreams*, dice que para la época era como si los jóvenes estuvieran obligados a usar una camisa de fuerza. No era posible salirse de las normas establecidas, sensación que generó un sentimiento revolucionario.

El espíritu de rebelión se mantuvo, pero era difícil movilizarse en una sociedad intolerante. Sus normas, que de un momento a otro se volvieron desechables, no fueron suficientes y vieron como ante sus ojos se descomponía lentamente la vida de los jóvenes y de la comunidad que nunca antes había visto un movimiento contracultural de tal magnitud.

“La sociedad colombiana era una retrógrada, conservadora, completamente parroquial; estaba en el siglo XIX, era patético. Y al mismo tiempo la sociedad decía que estos hippies eran aterradores, espantosos, librepensadores; eran unos amoraes. Había mucho rechazo”, dice María Victoria Uribe.

⁴⁰ Op. Cit., Obregón.

Así lo demostraban algunos artículos periodísticos que parecían dar argumentos no para entender las causas del movimiento, sino para recriminar, señalar y juzgar a los hippies: “Tenemos pues que la apreciación de estas multitudes juveniles, no de los signos de los tiempos actuales, se presenta bastante compleja: hay allí al mismo tiempo gandhismo y acción, espíritu de destrucción y culto de paz, las flores y el amor; hay también inclinaciones hacía la vida primitiva o naturista (que algunos practican en remotas cuevas) y a novísimos productos de laboratorio como el LSD. Hay igualmente, y en grandes cantidades, exhibicionismo, hasta el punto que parecen concebir el amor, no como algo para practicar y sentir sino para mostrar”⁴¹.

Pero para los jóvenes que seguían la corriente se trataba de algo más. “Todos los movimientos de la época, toda esta disparidad entre la mística y el escepticismo —que iba a predominar y que impera hoy— entre la protesta rabiosa y el dejarse caer en un rincón sin mayor ánimo, tiene un denominador común: la fuga. Una fuga social, por una parte, de la sociedad inaccesible y mal hecha de la posguerra en la que no querían participar, de la caída de los valores que aún se seguían proclamando en los textos y en los medios de comunicación pero que eran invisibles en la convivencia, [...] una negación de maestros y de modelos antiguos; una fuga física”⁴².

Fito Solarte dice que “*el hippismo nunca tuvo que ver con una doctrina y un conocimiento exacto. En el fondo lo seres humanos solo viven de la influencia. Lo que pasa es que ocurrió un fenómeno social muy grande. Aunque era un movimiento de paso, fue un movimiento de apertura inconcebible*”.

Sin orientación política

⁴¹ Delgado Nieto, C. Multitudes Juveniles. En: Revista Cromos (Febrero 8, 1971) Página, 15.

⁴² Haro Tecglen, Op. Cit.

En Colombia, el teatro estuvo ligado al hippismo como una forma de expresión en la que todo el mundo podía participar. El cambio generacional produjo en sus primeras expresiones obras dedicadas a la exploración del arte. *“Lo político en el teatro en ese momento no afloró. Era mucho más artístico”*, dice Enrique Pulecio, director de teatro en la época.

Los *happenings* y las puestas en escena en los lugares públicos *“no estaban muy relacionados con el hippismo porque provienen del Living Theatre norteamericano con la experiencia de los teatros de vanguardia. De las obras de Samuel Beckett, de Peter Brook y ciertas resonancias de la cuestión hindú que van calando dentro del movimiento hippie como una liberación de la vida mecanizada, de la vida tecnificada, pero también va calando dentro de una cierta percepción del arte occidental como en el teatro y la música”*, asegura Enrique. El teatro adaptó del hippismo el concepto de igualdad que se expresó en los montajes de creación colectiva. Además de la aplicación de la conocida liberación sexual.

Para la época los jóvenes tenían dos opciones: eran hippies o eran miembros de las organizaciones políticas de izquierda que buscaban el cambio, como el Movimiento Obrero Revolucionario, MOIR o la Juventud Comunista, JUCO.

“En Colombia el hippismo era fuerte, como toda influencia y toda contracultura. Esto era una protesta contra la guerra. Pero aquí también había mucha posición sectaria, políticamente, entre los jóvenes de las universidades. Yo alcancé a oír cosas sorprendentes de jóvenes que decían que no les interesaba el hippismo porque los hippies hablaban de paz y lo que ellos querían era la guerra contra la sociedad dominante, contra las castas, contra las oligarquías”, dice Miguel Torres, director del teatro El Local.

Tania Moreno, cuenta que “en la Universidad Nacional a los hippies o a los hombres de pelo largo los agredían los estudiantes, porque allá todos eran de izquierda y ellos aseguraban que esto era una decadencia capitalista. Eso era un caso aislado, nosotros no queríamos saber nada de política, nos parecía despreciable”.

Fueron muy pocos los que dieron señales de interés en el asunto político. La respuesta al cambio era evitar el contacto con este sector. Los hippies parecieron desinteresados, pero en realidad lo que buscaban era una salida que no los ahogara en discusiones sin sentido, que además podrían llevar a confrontaciones no sólo verbales sino violentas. Primero pacifistas antes que mamertos.

Drogas: el comienzo de una crisis social

Algunos autores que vivieron previamente las sensaciones producidas por los alucinógenos, en medio de estudios psiquiátricos, en el caso de Aldous Huxley, o por casualidad como Albert Hoffman, escribieron sobre su experiencia haciendo que la curiosidad aumentara en los adolescentes que tenían acceso a este tipo de literatura. Libros como *Las Puertas de la Percepción* de Huxley y *Cómo descubrí el ácido*, y *Qué pasó después* de Albert Hoffman llevaron a algunos jóvenes a iniciarse en el campo de las drogas psicoactivas.

Huxley describe su experiencia:

La mescalina procura a todos los poderes un gran poder y hace que el perceptor advierta innumerables y finos matices para los que en tiempo ordinario es completamente ciego. [...] ⁴³. Más adelante dice: Lo que hace falta es una nueva droga que alivie y consuele a nuestra doliente especie sin hacer a la larga más daño que hace a la corta. Una droga así, tiene que ser

⁴³ Huxley, A. (1957), *Las puertas de la percepción*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, p. 87.

poderosa en muy pequeñas dosis y sintetizable. [...] Y, en el lado positivo, debe producir cambios en la conciencia que sean más interesantes e intrínsecamente valiosos que el mero alivio o la mera ensoñación, que ilusiones de omnipotencia o escapes de la inhibición [...]. La mescalina es casi completamente inocua. En contraste con el alcohol no lleva a quien la toma a esa especie de acción de trabas que se traduce en riñas, crímenes de violencia y accidentes de tránsito. Un hombre bajo la influencia de la mescalina se dedica tranquilamente a sus propios asuntos. Además de que los asuntos que le interesan constituyen una experiencia de lo más instructiva que no debe ser pagada luego por secuelas compensadoras⁴⁴.

Con la fuerza del movimiento en el mundo, aparecieron también obras literarias que lo ilustraban, como *On the Road* de Jack Kerouac. Por otro lado, la producción de películas como *Woodstock*, dirigida por [Michael Wadleigh](#) y de *Easy Rider* de Dennis Hopper, permitía a los jóvenes colombianos hacerse una idea de la mentalidad y la cultura ‘hippies’.

La evidencia del consumo de sustancias alucinógenas era uno de los componentes del movimiento hippie que la sociedad no toleraba. “Para muchos de nosotros las drogas eran una forma de pasar al otro lado, ir cada vez más lejos, hasta dónde nos parecía posible; intentar una vida más humana y más creíble para vivir”⁴⁵.

Gustavo Arenas, hippie colombiano menciona que “*a uno siempre le decían que el ladrón era un ladrón, el asesino era un asesino, el violador era un violador, pero el marihuano era un asesino, violador, sanguinario, que ‘se le inyectaban los ojos de sangre y bajos los efectos de la marihuana tenía que matar un ser humano o un perro solo para sentir placer’, algo totalmente absurdo. Cuando consumíamos sustancias sabíamos lo estábamos buscando, sabíamos que esa droga nos iba producir ese efecto y lo queríamos vivir. Las drogas lo hacen a uno reflexionar, cavilar y medir las cosas para comparar. Uno metía droga tratando de que se abriera la mente. Era la búsqueda de sí mismo. En el fondo*

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 88.

⁴⁵ Coyote, P. “Hippies” [en línea], disponible en: <http://es.youtube.com/watch?v=loKjM29pIsA>, recuperado en: 23 de noviembre 2008.

lo que uno quería era encontrar algo espiritual, saber cuál era la función de cada uno en este mundo”.

Pero la sociedad no entendía el comportamiento que estas drogas generaban en los jóvenes. En la prensa se mencionaba la posibilidad de adicción, de patologías mentales, de agresividad y posibles deformaciones en los hijos de los hippies consumidores. “Y la drogomanía invade al mundo. Viene de oriente, barre con todos los convencionalismos, aplasta bajo su peso descomunal comunidades enteras, religiones, razas. Cada vez se consume una cantidad mayor; día por día el número de adictos crece. La drogomanía ha despertado una religión, pero ha despertado una mística. Tal vez porque es la negación de cuanto existe; quizá porque ofrece un paraíso inmediato, y no el limitado paraíso de las regiones occidentales”⁴⁶.

Varios de los titulares que aparecieron durante los años del hippismo en el país mostraban una crisis proporcionada por la aparición y el alto consumo de drogas: *“El gran debate de la marihuana toma rumbos desconcertados”*; *“Estupefacientes! El mal del siglo”*; *“Locura y suicidio: LSD”*; *“La rebeldía juvenil”*; *“Le esperan días mejores a la marihuana”*; *“Yo fumé la yerba maldita”*; *“La marihuana es angustia y dolor para los padres”*; *“Presos 18 fumadores de marihuana en Cali”*; *“El 3 por ciento de los colombianos consume estupefacientes”*; *“Solo en la juventud es posible combatir el abuso de las drogas”*.

En las principales publicaciones del país aparecieron artículos acerca del consumo de drogas, especialmente de la marihuana. Los contenidos advertían de los posibles riesgos de la que fue denominada la ‘yerba maldita’: “La marihuana produce una pérdida del sentido

⁴⁶ Soto Aparicio. Op. Cit. p. 24.

de la realidad. Es un escape hacia una dimensión diferente en la cual los valores humanos no tienen la misma medida del mundo que nos rodea. [...] Para una persona joven que va a enfrentarse a este monstruo que es la vida, llena de problemas y angustias, significa un escape que no le permite afrontar a la larga ni valorar exactamente cada situación. Porque con la marihuana, los problemas no existen”⁴⁷.

El consumo de drogas durante los años del hippismo fue excesivo. LSD, ácidos como el mandrax y la mescalina sintética, la marihuana, los hongos alucinógenos, que se conseguían en regiones de clima cálido en Colombia, y mucho más, fueron parte de la lista de drogas de los hippies, quienes veían en estas la posibilidad de experimentar sensaciones diferentes. Por ejemplo, “el LSD producía una alucinación —salvo en los casos de un ‘mal viaje’—, una mezcla de colores, sensación de paraíso”⁴⁸.

Aparece en este punto la psicodelia donde era posible hablar de “elementos cinéticos, aurales, visuales, capaces de elevar la experiencia sensorial del espectador —en la pintura— o del lector —en la poesía—. Formas libres, colores vivos hasta ser fluorescentes, límites indefinidos, fluidez de las formas”⁴⁹.

Roció Obregón, hippie de la época asegura que “*se desarrolló toda la cultura de la psicodelia, que era inducida por un estado mental. Ese estado era proporcionado por la droga, cada una daba un estado mental diferente: la mescalina, el opio, el LSD y la yerba. Paralelamente, esos mismos estados acercaban a Dios. Mucha gente empezó a consumir drogas para acercarse a Dios*”.

⁴⁷ Babilonia, M. (1970, 30 de agosto), “Yo fumé la yerba maldita”, en *Magazine Dominical* (diario *El Espectador*), p. 11.

⁴⁸ *Ibíd.*,

⁴⁹ *Ibíd.*,

Los estudios psiquiátricos no se hicieron esperar y aparecieron diferentes métodos que permitirían “controlar” la actitud descarriada de los jóvenes hippies en todo el mundo, ya que se hicieron evidentes varios casos en los que el consumo de drogas excesivo acabó con la vida de algunos jóvenes con psicosis. Los hippies eran concebidos como unos desadaptados, sucios, desubicados que necesitaban tratamientos severos, como los electrochoques.

“Cuando un ser humano se droga, está huyendo de su aterradora realidad y acudiendo a conductas mucho más desastrosas que sus mismos problemas existenciales, emocionales y ambientales. Evasión y realidad son caminos sin salida, no regreso del hippie drogómano. Y liberación por influjo tóxico, de tendencias primarias, adecuadamente reprimidas por la persona abstemia”⁵⁰.

Hubo quienes en los artículos manifestaban que el consumo de sustancias psicoactivas no era únicamente la responsabilidad de los jóvenes, sino también de los padres que permanecían escandalizados, pero que no hacían un mínimo esfuerzo por entender los motivos del comportamiento de sus hijos; se trataba de un moralismo generalizado.

Una revolución inesperada

De la mano con el consumo de drogas aparece la revolución sexual. Ésta hacía parte de una de las posibles manifestaciones de amor concebidas por los hippies, pero no se trataba de la más importante, sino de un complemento en el que el respeto y la amistad primaban. “Los

⁵⁰ Echeverry, M. (1971), *Estudio psicopatológico y existencial*, Bogotá, Editorial A.B.C., p. 122.

hippies se interesaban por el sexo como todo el mundo, siempre, en toda la historia humana. Los hippies no descubrieron el sexo. Puede que se les haya ocurrido diferentes métodos de realizarlo como en público, por ejemplo”⁵¹.

Los alucinógenos aumentaban y permitían llegar a sensaciones que mejoraban la experiencia sexual y sensorial durante las relaciones. Pero como todo lo que adaptó el movimiento hippie causó escándalo, la revolución sexual también lo hizo.

Con la aparición de la píldora anticonceptiva en el mundo en la década del cincuenta, las mujeres pasaron a ser más autónomas y liberadas. El hecho de que existiera un método que les garantizara no quedar embarazadas hizo que las hippies pudieran centrarse en su realización personal; las preocupaciones quedaron atrás. Para los hippies no se trataba de una experiencia de los sentidos, como muchas otras. Para estos jóvenes de la generación hippie, el sexo fue secundario: al mismo tiempo que se facilitaba se apaciguaba el deseo.

La educación sexual en el país hasta la década de los sesenta siempre había estado limitada a valores como la virginidad en la mujer, de tal forma que a las preocupaciones de drogadicción, indisciplina y rebeldía se sumaba la liberación sexual.

En un texto de la revista *Cromos* se puso en evidencia: “En un porcentaje alarmante de jóvenes (sean unidos legítimamente o no), la unión solo representa la satisfacción del deseo sexual; las consecuencias (los hijos, la estabilidad, la organización social) no cuentan. La

⁵¹ Brooshisher, R. “Hippies” [en línea], disponible en: <http://es.youtube.com/watch?v=loKjM29pIsA>, recuperado en: 23 de noviembre 2008.

entrega y el asalto amoroso se hacen con base en una reacción física, pero no basándola sobre una ligazón permanente, sobre un orden moral. No puede desconocerse que a estas uniones han contribuido los anticonceptivos; ya han terminado por volverse artículos de primera necesidad y de diario consumo para muchachas solteras, en muchas latitudes del mundo”⁵².

Sin duda estos artículos de prensa servían de apoyo y excusa a los padres y adultos de la época, quienes reforzaban sus creencias de promiscuidad, degeneración y rompimiento del orden social. Además, la doctrina impuesta iglesia se desvanecía. Las mujeres dejaron de preocuparse por llegar ‘vírgenes’ al matrimonio; al contrario, se rumoraba que la ‘virginidad’ daba cáncer.

Rock: la bandera de los hippies

“En ese momento de la psicodelia con el bagaje de alucinaciones, protestas y auto ideales que tuvo, el hippismo encontró en el rock su forma de expresión más contundente”⁵³.

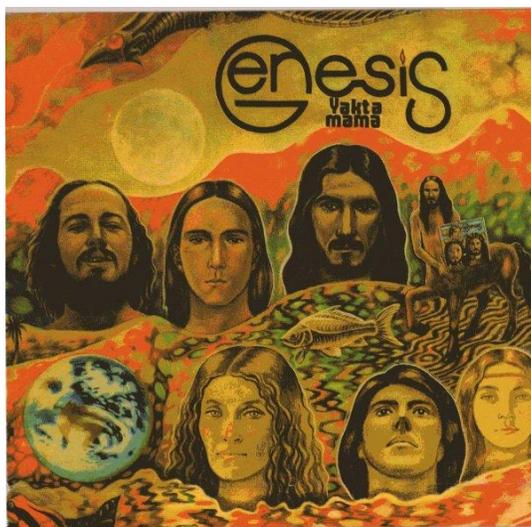
La música también fue fundamental en la constitución del movimiento. El rock logró movilizar y unir una gran cantidad de jóvenes hippies alrededor del mundo. Artistas como *The Beatles*, Janis Joplin, Carlos Santana, Led Zeppelin, Jimmy Hendrix, Joe Cocker, *The Rolling Stones*, John Sebastian, Joan Báez, entre otros, incluyeron temáticas sociales, a manera de protesta, en la letra de sus canciones.

⁵² Soto Aparicio. Op. Cit. p. 24.

⁵³ *Ibíd.*,

Estos grupos y solistas marcaron la tendencia de las bandas de rock colombianas que empezaron a tener fuerza en el movimiento. *Los Speakers*, que aparecieron en 1964, y *Los Flippers* eran considerados los conjuntos pioneros del rock en el país. Empezaron haciendo *covers* de los grupos estadounidenses y en poco tiempo grabaron producciones con temas propios que, en ocasiones, denunciaban la situación social.

“Comenzamos a copiar la música de *Los Beatles*, su forma de vestir, llegamos a traer los instrumentos igualitos a los que usaban ellos para producir el mismo sonido y queríamos hacer un nuevo estilo de música en Colombia”⁵⁴, decía Humberto Monroy, integrante de grupos como *Los Speakers* y *Génesis*.



Caratula de Génesis, 1975 / Archivo personal Tania Moreno

⁵⁴ *La fuerza de la historia* (1989, 04 de abril), [emisión por televisión] (dir.), Rodríguez, N., Cadena Dos, Bogotá.

La música rock también estuvo ligada a las drogas en el hippismo. En Colombia, dice Andrés Ospina, “en 1967 y 1968 entra con fuerza este asunto y se empieza hacer una música mucho más ligada al tema psicodélico”⁵⁵.

Sin embargo, como las disqueras no se interesaban por la calidad musical de las agrupaciones roqueras nacionales y la producción de un disco era difícil, fueron muy pocos los sencillos que salieron a la venta y que sonaban en las emisoras nacionales y locales, motivo por el cual se abrieron espacios para conciertos que cada vez fueron más multitudinarios.

“Colombia no se sustrajo de la sintonía general de esa época que se llamó prodigiosa. Se retornó a la naturaleza. La paz y el amor fueron las propuestas de los grupos que unieron a las ciudades para colonizar luego los caminos y los espacios que pudieran ser escenarios para su espectáculo. Y el espectáculo era el concierto”⁵⁶.

Los roqueros participaban en los festivales y “toques” espontáneos organizados en espacios al aire libre, como universidades, el Parque Nacional, la Media Torta, Lijacá, el parque de los hippies de la 60, La Calera, Melgar y Yumbo. Sitios referenciados por la prensa de la época.

Mientras la música sonaba, los hippies vivían experiencias extrasensoriales por medio del consumo de alucinógenos que, al parecer, les permitían apreciar mejor las melodías. “El rock y la droga han abierto nuestros espíritus, nos han permitido entrever la posibilidad de

⁵⁵ Ospina, A. (2008 23 de mayo), entrevistado por Muñoz, J. Bogotá.

⁵⁶ *La fuerza de la historia*, Op. Cit.

una libertad en la que ni podían soñar nuestros padres. Eso además nos ha hecho descubrir de nuevo a nuestro cuerpo y amarlo”⁵⁷.

En Colombia, entre de las bandas más reconocidas de la época se encontraban *Time Machine*, Terrón de sueños, *The Ampex*, Los Yetis, La Banda del Marciano, La Gran Sociedad del Estado, AEDA, Los Yoguis, La Banda Nueva y, por supuesto *Los Flippers* y *Los Speakers*. “Si examinamos ese momento histórico de 1967 hacia 1972, comenzando con *Los Speakers*, y terminando con Génesis y Columna de Fuego, nos encontramos con una cantidad de discos que no han sido reeditados, pero que son muy interesantes”⁵⁸.

En simultánea con las experiencias musicales (“toques” y conciertos) y psicodélicas proporcionadas por la droga, se generó un nuevo estilo de vida en el 70 que integró a los hippies colombianos. Tomado del modelo americano, los hippies del país empezaron a vivir en comunas, ya que les resultaba muy económico y les permitía compartir su cotidianidad de manera solidaria.

“Una de las manifestaciones características de la revolución sexual juvenil durante la década de los sesenta [...] fue la comuna. Era algo que iba mucho más allá de lo sexual, pero que aprovechaba las nuevas libertades y las fugas juveniles de los hogares para constituirse”⁵⁹.

⁵⁷ Cartier, J. (1974) *El mundo de los hippies*, Bilbao, Editorial Española Descleé De Brouwer, p. 21.

⁵⁸ Ospina. Op. Cit.

⁵⁹ Haro Tecglen. Op. Cit. p. 34.

Tania Moreno, representante del movimiento en Bogotá, dice que se hizo una especie de voto de pobreza en el cual la vida era muy sencilla, la ropa se la hacían ellos mismos y procuraban cultivar sus propios alimentos. Se trataba de lograr la autosuficiencia que les permitía vivir mejor y era más rentable que el mundo de consumo.⁶⁰

En Bogotá se pueden destacar lugares como Lijacá, al norte de la ciudad, y el monasterio Santa María de los monjes benedictinos ubicado en Usme. Pero también existieron comunas en San Agustín, Huila y el Parque Nacional Tayrona en Santa Marta.

Los hippies se volvieron insoportables dentro de la sociedad por su forma de vestir extravagante, porque no trabajaban, no obedecían reglas ni valores sociales; porque consumían drogas en exceso. “Sexo, drogas y rock & roll” fue el lema de una generación que despertó molestias y desacuerdos; una generación que manifestó abiertamente su deseo de cambio, pero que por exceso no fue aceptada y mucho menos entendida.

⁶⁰ Moreno, T. (2008 03 de junio). Entrevistado por: Ramírez, S., Bogotá.

3.2. La crónica para narrar la memoria

“Recordar, más que reconstruir los acontecimientos, es reconstruir una memoria de los acontecimientos”.

Julio Villanueva Chang

Cuando pensé en el tema de los hippies en Colombia estaba segura de que iba a encontrar una gran cantidad de historias. Algunas probablemente trágicas, otras absurdas e incluso increíbles.

Tomás Eloy Martínez dice que “el periodismo encuentra su sistema actual de representación y la verdad de su lenguaje en el momento en que se impone una nueva ética. Según esa ética, el periodista no es un agente pasivo que observa la realidad y la comunica; no es una mera polea de transmisión entre las fuentes y el lector sino, ante todo, una voz a través de la cual se puede pensar la realidad, reconocer las emociones y las tensiones secretas de la realidad, entender el por qué y el para qué y el cómo de las cosas con el deslumbramiento de quien las está viendo por primera vez”¹.

Descubrí que la crónica se convertía en la mejor opción para juntar las piezas de la historia de una generación; era el vehículo perfecto que me permitiría plasmar toda la información recogida, proveniente de libros, periódicos, revistas y personas del común, que vivieron la época del hippismo en Colombia.

“La crónica es en ese sentido es el género más libertino y democrático: ofrece la oportunidad de buscar no sólo a personajes y fuentes oficiales —autoridades, celebridades,

especialistas—, sino también a gente ordinaria, esa especie de extras de cine mudo a los que nadie les ha pedido la palabra”².

Sabía que tenía que someterme con rigurosidad a la recolección de información, a la colección de recuerdos y experiencias de los hippies colombianos que aún viven. Mi imaginación me llevaba a la realidad de los jóvenes de la época que, en ocasiones, se rompía por la incertidumbre e inexactitudes de sus recuerdos.

Pero como dice Julio Villanueva Chang, aquel que decide hacer una crónica “no tiene escapatoria del pasado: trabaja siempre con recuerdos. Son recuerdos ajenos de la gente que le cuenta los hechos. Son recuerdos propios cuando tuvo la suerte de ser testigo y reconstruye lo que le contaron”³.

Pues bien, la crónica, aquello que Villanueva Chang llama el género “camaleónico y excéntrico”, se convirtió en una herramienta útil para configurar un escenario pasado en el que miles de personas estuvieron involucradas, porque “una crónica ya no es tanto un modo entretenido de enterarse de los hechos, sino que sobre todo es una forma de traducir el mundo. Cuando se propone ir más allá de la narración y adquiere un vuelo ensayístico, una crónica es también una forma de conocimiento en el que los hechos conviven con la duda y la incertidumbre”⁴.

4. Peludos” y polémicos

Los hombres de los años 60, que decidieron entrar en el hippismo, sufrieron las consecuencias de ser los primeros en retomar el estilo del pelo largo. Así, los jóvenes soportaron insultos y agresiones, pero eso no les impidió ser “melenudos”.

Los hippies no se inventaron el pelo largo y la barba que ya habían caracterizado a los hombres de las cavernas, a los dioses de la mitología griega, a los reyes europeos, a los pintores, y, por supuesto, a Jesucristo (“Superestrella” en tiempos del hippismo). Aunque nadie se escandalizaba por esta apariencia, pasó de moda y los hombres empezaron a peluquearse un poco antes del siglo XX.



Arcesio Murillo / Archivo personal Tania Moreno

“El verdadero eclipse de la cabellera abundante comenzó con la primera guerra mundial y simultáneamente con la preocupación por la higiene, que se llevó de paso las patillas y la

barba. El cine hizo triunfar el peinado plano, con el cabello pegado al cráneo, e impuso la moda en todo el continente americano”.⁶¹

Pero cuando el pelo hasta los hombros volvió a ponerse de moda —a mediados de los años sesenta—, estallaron escándalos, disgustos y desacuerdos estéticos y morales.

“Cuando los tipos empezaron a dejarse el pelo largo, los papás se horrorizaban, pensaban que eran maricas. Siempre se les decía a los pelados de pelo largo que eran maricas”, dice María Victoria Uribe.

Los primeros que empezaron a dejarse crecer el pelo fueron *The Beatles*. Luego la moda empezó a invadir las calles del mundo. Los medios de comunicación intentaron explicar por qué los hombres de la generación de los 60 usaban el cabello hasta los hombros y se dejaban crecer la barba.

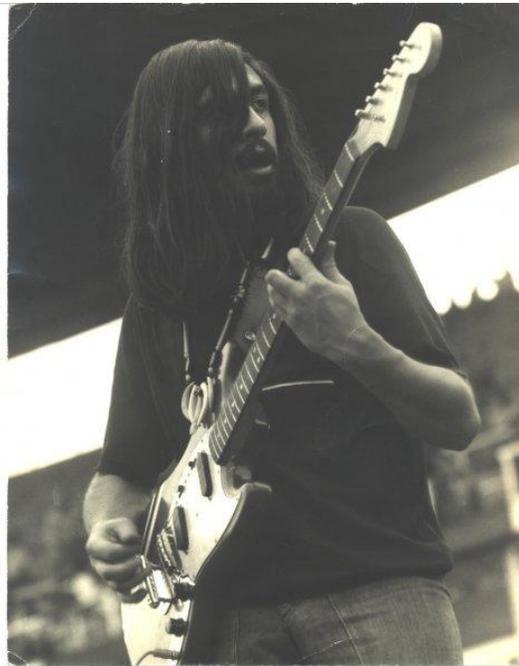
Los argumentos eran variados. En algunos casos los medios mostraban a los “mechudos como un fenómeno universal. Un artículo titulado *¿Por qué la furia del pelo largo?*” aclara que no se trataba sólo de una tendencia juvenil, ya que algunos mayores también habían entrado en “la onda”.

Según Renatus Hartogs y Jean Rosembaun, psiquiatras estadounidenses, los jóvenes creían que era un factor de atracción para las mujeres: les daba la impresión de que el hombre que

⁶¹ “Un aspecto del unisexo: los hombres de cabello largo” (1970. 13 de abril), en *Revista Cromos, Bogotá*, p. 15.

lo usaba era más poético, romántico, idealista y sensible. También explicaban que el ser “peludo” era una forma de demostrar el desafío a las tradiciones; era un símbolo de oposición a la autoridad, de irreverencia contra lo establecido.

La identificación con Cristo era otra de las motivaciones. Él era reconocido por los “melenudos” como el primer pacifista del mundo. Algunos de ellos sólo querían alcanzar una vida llena de cosas simples, como lo habían hecho los cristianos en el pasado.



César Almonacid / Archivo personal Tania Moreno

Además, decían los psiquiatras, usar el pelo largo era una forma de manifestarse contra el ‘establishment’ —sobre todo el militar, que exigía el corte al rape— como un signo de virilidad y sabiduría; como un paso hacia el sexo único; y por último, el disfraz tras el cual era posible esconderse.

Pero no sólo los hippies usaban “la melena”. De acuerdo con un artículo publicado en *El Espectador* titulado “*Dictadura hippie*” en el deporte⁶², muchas figuras de la vida pública nacional e internacional tendían a usar el pelo largo, entre los cuales se destacaban deportistas, como el tenista brasileño, Thomas Koch; el ajedrecista antioqueño, Carlos Cuartas; el futbolista inglés, miembro del Manchester United, George Best; el atacante del Cali, Juan Carlos Lallana, entre otros. Pero según los críticos, la melena en ellos era parte de una estrategia publicitaria extravagante.

También se podían encontrar en la lista al ex ministro de educación, Luis Carlos Galán Sarmiento, llamado el “ministro hippie”; el presentador de televisión, Fernando González Pacheco; y el director de *El Tiempo* del momento, Roberto García Peña, por nombrar algunos.

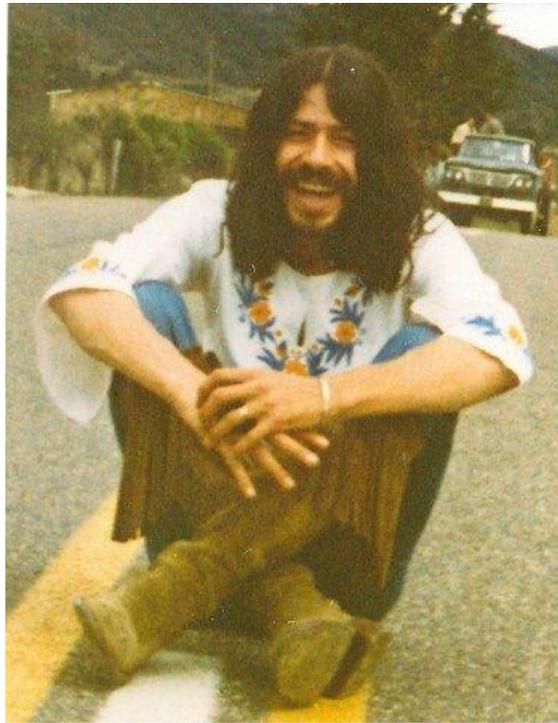
Mitos en torno al pelo

En otros artículos se afirmaba que esta tendencia era la prueba de que los hombres estaban perdiendo su hombría, y achacaban la culpa a las mujeres, los padres y los educadores. La crisis de la masculinidad era la principal preocupación que recogían los medios, y la prueba estaba en que algunos muchachos preferían acudir a la cirugía de cambio de sexo a seguir siendo hombres. El uso de las drogas psicoactivas, según Jim Hudson en su artículo “*La masculinidad en crisis*” hacía que, supuestamente, las características propias de los hombres, como la barba, fueran desapareciendo.

⁶² “Dictadura hippie en el deporte” (1970, 22 de febrero), en: *El Tiempo*, Bogotá, p. 5C.

Los peluqueros insistían en que el cabello no se podía dejar crecer de manera silvestre: “y lo mismo puede decirse de las patillas, el bigote y la barba. Hay una longitud y un peinado para cada rostro y para cada edad. [...] Debe haber diferencias también en cuanto a la actividad a que cada persona se dedica”⁶³.

Los estilistas fueron los más afectados por la onda hippie en el país. Varias peluquerías tuvieron que cerrar las puertas porque los jóvenes ya no acudían a su corte mensual, así lo demuestra un artículo de la época titulado “*La situación no la pintan calva*”: “los peluqueros colombianos se hallan ante un grave dilema:... o cambian de oficio o se mueren de hambre”.



Rick Franco / Archivo personal Tania Moreno

⁶³ Op. Cit.

Algunos manifestaban que mientras los hombres perdían la virilidad ellos perdían dinero en grandes cantidades. De acuerdo con el artículo citado, en ciudades como Cali, Medellín y Bogotá la crisis era mayor. Algunos locales ofrecían promociones en las que el lavado de cabello no se cobraba y otras en las que por el corte regalaban la afeitada. Los hippies se manifestaban así:

“No nos cortamos el cabello porque no nos da la gana [...]; la misma razón por la que los peluqueros tienen el pelo corto... es cuestión de gustos. [...] Estamos defendidos por la constitución y la ley, dice otro. El Código Penal es muy claro al calificar de ‘mutilación’ todo acto que quite – por fuerza- cualquier parte de nuestro cuerpo... Y el cabello es parte de nuestro cuerpo [...] Que se pongan a cortar caña”, agrega firmemente otro hippy. “Nosotros no tenemos la culpa de lo que les pasa a los peluqueros. Ellos forman parte del sistema y nuestra protesta empieza por allí... No queremos saber nada de ellos [...] Los peluqueros son nuestros amigos —interviene un tercero, más conciliador—. Lo que pasa es que nadie nos puede obligar a mutilarnos si no queremos”⁶⁴.

No solamente los peluqueros emprendieron una campaña en contra de los melnudos. Las autoridades insistían en maltratarlos. En “Bogotá, hasta que emanó una orden directa de la comandancia, los agentes tuvieron la costumbre de ‘pelar’ a todo muchacho que caía en sus manos con el cabello más o menos largo”⁶⁵.

Aparte de las medidas represivas de las autoridades, los “peludos” tuvieron que soportar a los obreros que les tiraban ladrillos, cada vez que veían la oportunidad, desde los pisos más elevados de las construcciones. Los taxistas manejaban sin tener la debida precaución y hubo más de uno que resultó atropellado. Los dueños de panaderías y restaurantes no los dejaban entrar a sus establecimientos. Y cualquiera que se creyera lo suficientemente “correcto y decente” los insultaba.

⁶⁴ “La situación no la pintan calva” (1971, 18 de octubre), en: *Revista Cromos*, Página 16.

⁶⁵ *Ibíd.*,

Algunos “peludos” siguieron la tendencia sólo durante los años del hippismo. Otros aún conservan el pelo largo, la barba y los collares porque saben que ahora pueden caminar un poco más tranquilos por las calles sin ser ofendidos; además, ser hippie va en el alma, como ser “melenudo”.

5. La onda de la revolución sexual: hippies liberadas

*“Una vez que la mujer ha perdido la castidad, ya no retrocede ante nada”.*⁶⁶

Las mujeres colombianas que entraron en la onda del hippismo también vivieron la llamada revolución sexual. Ya no tenían que llegar vírgenes al matrimonio y, lo más importante, podían disponer de su cuerpo según su criterio. Este artículo reconstruye las circunstancias en que se dio.

Una mujer de ojos verdes, pelo negro, delgada y convencida de su libertad para elegir, es la mamá de siete hijos nacidos bajo el precepto hippie de autonomía e individualidad. Ella es Pili Galeano, una de las mujeres involucradas en el hippismo quien, pese a la existencia de la píldora anticonceptiva y los métodos de aborto tan utilizados en su época, tuvo sus hijos con seis hombres diferentes.

Pili no fue la única que tuvo tantos hijos, pero sí fue de las primeras que asumió tal responsabilidad sin tener siquiera la mayoría de edad. Sol, Luna, Felicidad, Armonía, Juan Salvador, Trinidad y Primavera son un ejemplo viviente de lo que significó la revolución sexual.

Para finales de los años 70, las mujeres en el mundo y en Colombia contaban con un eficaz método de planificación: la píldora anticonceptiva. Pero pocas lo usaban, entre ellas, las señoras casadas que tenían recursos económicos para comprarlas y las hippies. Aquellas muchachas vírgenes de mentalidad conservadora, que creían en el vestido blanco de la boda como símbolo de la virginidad, se cohibieron de usarlas.

⁶⁶ Congrains, E. *et al.* (1989), *Frases célebres y rotundas*, Bogotá, Editorial Forja, p. 172- 173.

Alrededor del uso de las píldoras anticonceptivas había posturas encontradas. Algunos comentaristas de prensa recomendaban a las mujeres no acudir a este método con el argumento de que las pastillas podrían causar complicaciones en la salud. Así lo relata un artículo titulado “El miedo a la píldora” publicado en la Revista *Cromos*: “Algunas de las enfermedades serias que puede causar la famosa droga anticonceptiva son la diabetes, alta presión sanguínea, coagulación en la sangre y, según algunos investigadores, cáncer de útero. Algunos males menores que causa la píldora son trastornos nerviosos y dolores de cabeza”⁶⁷.

Sin embargo, una gran cantidad de mujeres vinculadas al hippismo tomaron de esta droga porque, como dice Tania Moreno, *“fue un alivio enorme por la libertad que daba; se podía escoger una carrera; se podía tener una relación sin necesidad de comprometerse a través de los hijos. Las mujeres salieron mucho más liberadas en los sesenta, más beneficiadas que los hombres”*.

⁶⁷Revista *Cromos* (1969, 8 de diciembre) “El miedo a la píldora”, Bogotá, pp. 24.



Hope en Concierto, 1971 / Foto: Gonzalo Marín

Leales, mas no fieles

El concepto de fidelidad durante los años del hippismo en Colombia no era tan importante como el de lealtad. Las hippies estaban en pleno derecho de escoger a su pareja cuantas veces quisieran. *“Como había una apertura sexual, uno escogía si quería ser fiel. Lo más importante era que las mujeres hicieran el amor antes de casarse. De ahí en adelante cada quien escogía lo que quería. Si quería hacerlo con personas diferentes a la pareja era bien visto; si quería solo con la pareja, era bien visto. Nadie estaba juzgando”*, asegura Rocío Obregón, hippie y actriz de teatro en la época.

Sin embargo, la sociedad percibía esta liberación como algo de mal gusto. La prensa se encargó también de publicar artículos que señalaban a los hippies como los responsables del rompimiento de las tradiciones. El sexo libre, según algunos comentaristas, era algo

únicamente legítimo bajo los parámetros del matrimonio, además, iba en contra de la moral cristiana y de la supervivencia en sociedad.⁶⁸

“El sexo puede tomarse como una puerta de escape. Una salida momentánea, se deja a un lado la realidad (los prejuicios, los convencionalismos, el temor al pecado), y se penetra en un mundo orgiástico en donde sólo tiene validez la epidermis, los tendones, los nervios. [...] Ya el sexo ha perdido su encanto, su breve aureola de misterio”.⁶⁹

Pero precisamente esa “aureola de misterio” era la que los jóvenes deseaban superar y se encontraron con otro camino revolucionario para defender su teoría de paz y amor.



Festival de Ancón / Archivo personal Jaime Rendón

⁶⁸ “Conclusiones de seminario sobre los problemas juveniles” (1970, 14 de octubre), en *El Espectador*, Bogotá, p. 14A.

⁶⁹ Soto Aparicio, F. (1970, 31 de agosto), “¿A dónde va la juventud?”, en *Revista Cromos*, p. 24.

La preocupación por contraer enfermedades venéreas no era tan latente. Hasta ese momento no se tenía conocimiento del síndrome de inmunodeficiencia adquirida (Sida), y si por alguna razón alguien se infectaba, bastaba con ir a una droguería para adquirir una dosis de penicilina. María Victoria ‘La Toya’ Uribe dice que *“no existía el condón, no había como protegerse, pero las relaciones sexuales eran muy libres y nadie juzgaba, no había moralismo”*.

Explosión de abortos

La liberación sexual en Colombia tuvo gran impacto porque la sociedad estaba acostumbrada al machismo. Los hombres no podían creer que las mujeres ya no fueran vírgenes; los “peludos”, por su parte, defendían esta nueva concepción del cuerpo.

‘Es mi cuerpo y yo hago lo que se me da la gana con mi cuerpo; si quiero abortar, aborto y eso nadie lo va a parar’. Yo creo que los curas ya perdieron esa batalla”, dice ‘La Toya’ Uribe. Varias hippies que quedaron embarazadas se sometieron a procedimientos de aborto en clínicas clandestinas ubicadas en el barrio Quiroga. Obviamente, los métodos no eran seguros ni aprobados por las academias de medicina.

“Había dos maneras de abortar. Una era meterle gasa a presión en la vagina, bastante gasa para dejarse ahí un día y después venía el aborto. Y la otra era con una aguja de tejer; lo que hacían era meterla por la vagina y pinchar el útero y con eso producían un aborto; era peligrosísimo; se podía infectar. De hecho muchas se infectaron, pero el aborto en mi época era de todos los días, mucho más que ahora, diría yo”.⁷⁰

⁷⁰ Uribe, M. (2009, 02 de junio), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

También hubo mujeres que quedaron embarazadas y no dudaron en tener a sus hijos. Muchas de ellas se enfrentaron a la vida como madres solteras y salieron adelante. Los mitos urbanos que hablaban de la incapacidad de las mujeres para educar a sus hijos se desvanecieron y, cuarenta años después del paso del hippismo, las mujeres que participaron en el comienzo de la revolución sexual en Colombia aún conservan su pensamiento liberado.

6. Lavado de cerebro

“La verdadera locura quizá no sea otra cosa que la sabiduría misma que, cansada de descubrir las vergüenzas del mundo, ha tomado la inteligente resolución de volverse loca”⁷¹.

Heinrich Heine

“Prefiero una locura que me entusiasme a una verdad que me abata”⁷².

Christoph Wieland

Locura. Esa era la palabra que definía el comportamiento de los hippies. Los padres de los jóvenes pacifistas y “diferentes”, los miembros de la Iglesia Católica, los políticos y hasta algunos periodistas culpaban a la marihuana del comportamiento que rompió la tradición en el país y en el mundo.

Como estaban “intoxicados” y no podían ser racionales ni seguir normas, la solución era sencilla para los conservadores, pero aterradora para los hippies. Tenían tres opciones: ir a parar a alguna estación de policía, ser reclusos en una clínica mental o salirse del cuento.

“Era el terror de todos nosotros, mucho más que la cárcel, porque uno entraba allá y no sabía cómo salía. A la cárcel uno iba y salía aporreado, pero no pasaba nada más. De las clínicas se salía descerebrado”⁷³ dice Rocío Obregón, integrante del movimiento en Colombia.

⁷¹ “Locura” (2009) [en línea], disponible en: <http://www.proverbia.net/citastema.asp?tematica=445>, recuperado: 07 de junio de 2009.

⁷² *Ibíd.*,

⁷³ Obregón, R. (2009, 01 de mayo), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá

Muchos descartaron abandonar su línea de pensamiento contestatario, y entre la cárcel y la clínica, preferían ir a una estación, ser golpeados, peluqueados a las malas, soportar insultos y malos tratos antes que ingresar a un manicomio.

Pero no todos tenían una elección. Varios jóvenes terminaron reclusos en centros de reposo donde fueron analizados, encerrados y tratados como personas con desequilibrios psicológicos. Los médicos usaban los choques eléctricos y los sedantes para “apaciguar” el comportamiento rebelde.

“Qué más podía hacer la gente que coger a sus hijos y lavarles el cerebro; resultaba imposible apagar un movimiento así porque era un rayo cósmico. Usaron las peores cosas, como llevar a la gente a las clínicas de reposo”, insiste Rocío.

Las razones que tenían los médicos, los familiares y los miembros de la iglesia no faltaban: el elevado consumo de sustancias alucinógenas, el uso de ropas de colores, collares, y el dejarse crecer el pelo y la barba hacía pensar que los hippies presentaban patologías mentales serias. Entonces, afirma Gustavo Arenas, hippie de la época, *“los metían por vergüenza y por compromiso ante la sociedad; se trataba de conservar una imagen”*⁷⁴.

Manuel Echeverry en su libro *Psicopatología existencial de los hippies* argumentaba diciendo que en el hippie se cumplían sin ninguna duda los modos de enfermar psiquiátricamente. Según el médico, se trataba de un ser predispuesto y tarado por el medio esquizofrénico, asediado por el medio ambiente que para ese momento era endémico y contagioso.

⁷⁴ Arenas, G. (2009, 10 de junio), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

Según el autor entre las posibles causas de las esquizofrenias que desarrollaban los jóvenes estaban la separación de sus padres, la violencia intrafamiliar, el consumo de alcohol por parte de algún miembro de su núcleo social y la falta de atención en su crecimiento.

El psiquiatra, a lo largo de su investigación, también mencionaba que los medios de comunicación eran en parte los culpables de la locura de los jóvenes colombianos. La radio, la televisión, el cine y el teatro se convirtieron en el canal que transmitió lo que sucedía con la juventud en el mundo, y por lo mismo en un modelo para los colombianos.

Lo que sí fue cierto es que algunos de los jóvenes que hicieron parte del movimiento hippie a causa de un consumo masivo de alucinógenos se quedaron “colgados”, es decir, perdieron la noción de la realidad. La razón era que había quienes tenían predisposición a enfermedades mentales y al ingerir ácidos era muy factible que éstas se desarrollaran con mayor facilidad. *“Hubo mucha gente que se le corrió la teja consumiendo ácido”*⁷⁵.

María Victoria Uribe asegura que *“no era que fueran un medio de coerción. Era un brote psicótico violento el que tenía la gente con la droga y entonces, los metían a las clínicas”*.

En algunos casos los medicamentos que aplicaban los psiquiatras en las clínicas de reposo eran excesivos con los pacientes que no tenían una señal diferente al consumo de marihuana. El resultado era la pérdida de percepción y reacción en los jóvenes ya que:

Los efectos sedantes de estos psicofármacos inician con un ligero trastorno de la atención y la capacidad de concentración. Disminuyen la ansiedad y la depresión al tiempo que desinhiben.

⁷⁵ *Ibíd.*,

Conforme avanza el estado sedante, el individuo se vuelve menos capaz de realizar actividades mentales o motoras; los movimientos se hacen cada vez más torpes y se vuelve difícil caminar o mantenerse en pie ya que la velocidad de reacción y la coordinación muscular se afectan de modo progresivo debido al deterioro de la conciencia de vigilia⁷⁶.

Así hubo quienes después de permanecer por periodos superiores a los seis meses en una clínica mental, salían con sobrepeso y con dificultad para reaccionar. Las clínicas que más atendían los casos en Bogotá fueron La Inmaculada, Monserrat y la Santo Tomás.

“La mayoría de los niños bien eran vistos por la familia como locos. En los periódicos salió una noticia de un hippie que había entrado a un edificio de Nueva York y había votado un millón de dólares por la ventana de un balcón. Aquí les empezó a dar un miedo de esa vaina”, recuerda Gustavo Arenas.

Algunos hippies que pisaron clínicas de reposo lograban escapar, pero una vez eran descubiertos regresaban por orden de sus padres. *“Yo me ponía de acuerdo con mis amigos que estaban internos y los ayudaba a saltar el muro por la noche para fumarnos un bareto; en la madrugada regresaban para que no se dieran cuenta”*⁷⁷, recuerda Carlos Álvarez, músico hippie.

Una de las historias más impactantes de los centros de reposo fue la de Luis Fernando Córdoba y Beatriz Uribe. Él era un músico muy reconocido por la similitud de su voz con la del cantante estadounidense Bob Dylan y fue integrante de la Banda *Young Beats*. Ella era hija de una de las familias más adineradas de la ciudad. Junto con sus dos hermanas, —

⁷⁶ Malpica, K. (2009) “Sedantes Hipnóticas” [en línea], disponible en: <http://www.mind-surf.net/drogas/sedantes.htm#7>, recuperado: 01 de junio de 2009.

⁷⁷ Álvarez, C. (2009, 08 de mayo), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

una de ellas María Victoria Uribe—, ingresó en la onda hippie que se tomaba la calles de Colombia.

Los dos fueron reclusos por sus familiares varias ocasiones en clínicas. Entraban y salían como si fueran de paseo: con frecuencia, pero sin tranquilidad. Los hippies de la época dicen que Beatriz tuvo un hijo que fue arrebatado de sus brazos por su familia y del que no se sabe nada hasta el día de hoy.

En una de esas estadías en la clínica, Luis Fernando y Beatriz se conocieron y sostuvieron su último romance hasta que murieron los dos, en medio del encierro, las drogas y los choques eléctricos convirtiéndose en una versión psicodélica y patética de ‘Romeo y Julieta’.

7. El hippismo pasajero en la calle 60

El parque y el pasaje de la calle 60 fueron los puntos de encuentro del movimiento hippie capitalino, que tomó fuerza a finales de los años sesenta como réplica criolla del francés Mayo del 68. La historia resulta inédita para las nuevas generaciones, que no imaginan que una marca de ropa pudiera llamarse Coma mierda y no me olvide, y se vendiera en el almacén Las madres del revólver. Una crónica basada en los recuerdos de algunos de sus protagonistas, que conservan la pinta y el espíritu rebeldes.

Hace 39 años, cuando Misael Pastrana subió al poder, una gran cantidad de hippies, empeñados en salir de la rutina y en predicar la paz, gritaban por la calle de la 60: “*Huy! legalizaron la marihuana, legalizaron las drogas*”. Habían escuchado el rumor de que consumir marihuana ya no era delito, sino una contravención; entonces podrían fumar a sus anchas. Pero al primer ingenuo detenido en la calle, que le soltó la bocanada de humo al agente de Policía, informándole, además, que tenía una libra de la “yerba maldita” en su casa, de inmediato lo encanaron. Era un rumor pasajero.

La calle de la 60, entre carreras trece y séptima, fue testigo del movimiento hippie en Bogotá. El parque Julio Flórez empezó a ser frecuentado por jóvenes que salían de sus casas con pocas ganas de volver. Sus vestimentas coloridas —que contrastaban con las prendas oscuras que usaba la mayoría de los capitalinos—, impactaron por lo raras y descomplicadas. Los “peludos”, que se dejaban crecer el pelo y la barba, usaban collares, anillos y ruanas hasta el suelo. Los grupos de jóvenes contestatarios empezaron a aparecer en el pequeño centro comercial.

“En aquellas reuniones del pasaje Luis Valencia dijo que tocaba hacer un concierto. Ya había pasado la moda de la música ye-ye y go-go, que fue la primera manifestación de las bandas de rock, pero acá todavía no había hippismo ni nada de eso”, dice Gustavo Arenas, mejor conocido como el Doctor Rock.

Las bandas programadas para lo que fue el primer concierto de los hippies en Bogotá, organizado en el teatro La Comedia —hoy Teatro Libre—, fueron Glass Onion (Las Cebollas de Cristal), Taypus y Siglo Cero de rock ácido progresivo. *“Nos volvimos locos y gritábamos ‘indios, somos indios, somos animales’. Ese día empezamos a hablar de conciencia latinoamericana, de conciencia juvenil, de mostrar que somos alguien, que siendo mechudos podemos ser útiles a la sociedad. El lunes siguiente muchas de las personas que estuvimos ahí dijimos que nos íbamos a tomar el parque”, recuerda Arenas.*



Tania Moreno y Gustavo Arenas en el pasaje de la 60
/ Archivo personal Tania Moreno

La idea de los jóvenes era transformar ese espacio, solitario, en un lugar habitable para ellos: “*El parque en ese periodo estaba sumamente descuidado; entonces, decidieron que la situación era arremangarse e ir a trabajar y dejar el parque en condiciones ambientales suficientes para que se pudiera ir a un sitio limpio [...]. Eso fue como una toma del parque, porque después de haber trabajado ahí, uno lo sentía suyo*”, cuenta Roberto Fiorilli, ex integrante de la famosa banda de rock de la época, Los Speakers.

Pintaron la fuente con óleos donados por el ‘Vale Valencia’, un venezolano que estudiaba bellas artes, y pintaron las bancas de todos los colores. En una tarde cualquiera, se podía escuchar un concierto de rock gratuito a los que asistían unas 300 o 400 personas (la mayoría hippies, pero también muchos curiosos). Se realizaban recitales de poesía a los que iba como invitado el poeta Jotamario Arbeláez, quien acompañaba a Sibius— el “profeta” de los hippies—; sesiones artísticas de *happenings*, danza y obras de teatro improvisadas, pero únicas.



Un pasaje persa

A unos 70 pasos hacia occidente del parque, sobre la carrera novena, estaba el pasaje de los hippies. Hoy en día es un centro comercial — Pasaje de la 60—, que tras 40 años no conserva ni el remoto olor a marihuana y a sahumerio, sino a cauchola y a bóxer de un taller de reparación de zapatos del segundo piso.

El dueño del pasaje todavía es José Carlos Ruíz Jiménez, un español que alquilaba los locales a precios muy bajos. *“Era feliz de que esto se hubiera llenado de colores y de jóvenes”*, cuenta la organizadora del Festival de la vida en el Parque Nacional, realizado en 1970, y una de las más activas representantes del movimiento hippie, Tania Moreno.

“Yo creo que de los primeros que llegó fue Libardo Cuervo, que tenía ganas de trabajar. Cuando el administrador vio los contratos me dijo que estaba loco, porque la mayoría de los contratos no tenían fiadores. Eso fue muy divertido, muy organizado y muy barato”, dice Ruíz Jiménez.

Las madres del revólver fue el primer negocio del pasaje. Allí vendían ropa de la inconfundible marca *Coma mierda y no me olvide*: pantalones bota campana, blusas y faldas largas al estilo hippie. Cuervo estudiaba arquitectura y por ello tenía una noción estética de la decoración. En la exhibición de la vitrina, la ropa salía de un inodoro platinado, con el objetivo de escandalizar.

Los almacenes surgían como hongos en el pasaje de los hippies. En Thanatos, de Tania Moreno, y en El escarabajo dorado, de los hermanos Marín se podían conseguir afiches de las grandes estrellas de rock como *The Rolling Stones*, *The Beatles*, Led Zepelin, Bob Dylan, entre otras figuras. Como entonces no se reconocían los derechos de autor, los dueños de los negocios reproducían las fotos de las revistas gringas para imprimir afiches de un cuarto de pliego, que vendían a un peso.

En el variopinto Pasaje de los Hippies funcionaba la discoteca Pampinati, de Jorge Cano; un negocio conocido como CIA o el comité de la desesperación, de Héctor Mogollón; también Safari Mental, en donde se podían conseguir objetos poco comunes, como cepillos de dientes y ropa interior usada, mercancías de poca salida. Allí no se vendía casi nada, pero en las noches se armaban rumbas memorables.

El almacén Discos Zodíaco, de Humberto Monroy, Álvaro Díaz y Roberto Fiorilli era un espacio iluminado con luz negra para que resaltaban los afiches fluorescentes, y donde los asistentes seguían el ritmo de la música con una cajita de fósforos. Discos Zodíaco no vendía mucho y quebró porque las disqueras, que habían prometido los derechos de los discos del rock colombiano que se estaba produciendo, empezaron a vender los acetatos por su cuenta.

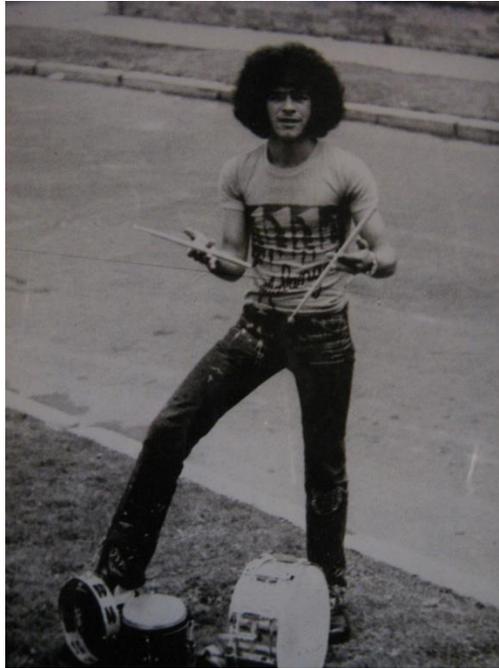
También aparecieron Cannabis, de Federico Mejía, especializado en confección de ropa; Piernas Peludas, de Gonzalo Fula, que vendía las mejores chaquetas de cuero; Vampiro Editorial, de Álvaro Díaz y su esposa, donde además de libros se vendían afiches.

En esos locales se vendía de todo; incluso había una panadería, la de ‘Jorgito’. Parecía un mercado persa. Las niñas que se volaban de la casa, llegaban al pasaje y a cambio de un favor a alguno de los dueños de los negocios podían entrar y quedarse a dormir, o simplemente amanecían en los pasillos porque lo importante era no mojarse en días de lluvia.

El dueño del pasaje fue acusado en varias ocasiones por las autoridades de haber sido el responsable de darla cabida a los hippies. José Carlos siempre se defendió argumentando que *“ese era un sitio donde los muchachos eran honrados, gente decente y trabajadores”*.

Muchos de quienes hicieron parte del movimiento hippie eran estudiantes de colegios y universidades, que en ocasiones llevaban una doble vida entre ser hippies o adolescentes ejemplares. *“Uno veía cómo los papás iban y sacaban de la oreja a sus hijos a golpe limpio o a cachetadas, porque los papás estaban escandalizados de que los hijos fueran allá; obviamente, el consumo de drogas era total, las pintas que se veían, las fachas, eso era la locura”*, cuenta la propietaria de Thanatos.

Como muchos de los que decidían abandonar sus casas llevaban únicamente lo que tenían puesto, les tocaba confeccionar su propia ropa. Entonces, rompían los bluyines en la parte inferior para luego darles la apariencia de un pantalón bota campana con algún retazo de color. En cuanto a las niñas, siguiendo la moda estadounidense, y queriendo parecer campesinas, usaban vestidos a los que les cosían telas de colores para que llegaran hasta el piso.



Carlos Álvarez / Archivo personal Carlos Álvarez

Carlos Álvarez, integrante de Malanga, dice que las novias o compañeras de los hippies bordaban a mano los diseños que ellos pintaban en los pantalones. También, asegura Gustavo Arenas, “*hubo desfiles de modas en la calle organizados por Libardo Cuervo*”.

Los fines de semana el pasaje se llenaba más que de costumbre. Una vez, relata Tania Moreno, la baranda del segundo piso —que era de madera— se cayó por la cantidad de gente y hasta que mandaron a hacer una de metal, al cabo del tiempo, por lo menos una vez la semana alguien se caía y se partía un brazo o una pierna.

Los personajes de la 60

Las tendencias eran claves en el auge del hippismo. Había hippies dedicados a la rumba, otros a la reflexión espiritual y, por supuesto, los consumidores de drogas.

Uno de los grupos más reconocidos fue el de Los Pepos, que ‘metían’ diferentes tipos de drogas, como el Mandrax, Qualude y Mequelón. Drogas a las que los gringos denominaron *Down*, que “achantaban” a los consumidores y les ocasionaban mareos; razón por la cual Los Pepos no se podían sostener de pie y siempre se tropezaban con la gente o con las paredes. En esa época la Policía sólo tenía conocimiento de la marihuana —“la hierba maldita”, como la llamaban en la prensa—; entonces Los Pepos, para no levantar sospechas, hacían buchecitos con trago para simular que estaban borrachos y evitar ser llevados a una estación de Policía.

Otro de los clanes que hicieron presencia en el Parque de los Hippies era el de unos jóvenes que, en lugar de usar ruanas para abrigarse, usaban cobijas como lo hacen los indigentes de hoy; otros llegaban por las tardes a dormir en el pasaje y por la mañana se iban.

Uno de los personajes más representativos era un gringo que se vestía como monje franciscano y andaba descalzo por la ciudad. De ojos azules, pelo largo y rubio, ‘Brother John’ no era creyente ni religioso, pero tenía unos cuantos seguidores. Por otro lado, Benjamín Villegas, el futuro dueño de Villegas Editores, andaba por el Parque de la 60 con una capa de satén de doble faz y fue, posteriormente, uno de los fundadores de La Calle, otro espacio representativo para el hippismo en Bogotá, ubicado en las inmediaciones del Hotel Hilton, hoy sede de un centro comercial.

Como la Policía no tenía idea de la existencia de los ácidos, al mercado del parque de los hippies llegaban gringos con bolsas que contenían entre cinco mil y diez mil dosis de una droga llamada mescalina sintética, que se podía adquirir a bajo costo. Una gran cantidad de extranjeros provenientes de Canadá, Europa y Estados Unidos venían a Colombia con camisetas que decían “*Smoke the best; smoke colombian*”.

Cosas de la 60

José Carlos Ruíz cuenta: *“un día llegó el celador y me dijo que había un problema gordísimo en el segundo piso. Yo subí y me encontré a la mujer de Miguelito —uno de los hippies más reconocidos del lugar— con los dolores de parto. Yo le dije que bajara a la clínica, pero me dijo que no podía porque Miguelito estaba en Medellín y no habían pagado las cuotas de salud. Yo, muy solidario y preocupado, porque lo único que faltaba en la 60 era que parieran en los locales, me la llevé a la clínica y pagué la cuenta”*.

Como gran parte de los hippies colombianos que estaban metidos en el movimiento creían en su universalidad, apoyaron una de las causas más importantes de la época: la liberación del revolucionario John Sinclair, músico, activista y agitador cultural. Durante una protesta organizada en Toronto en 1969 fue capturado por la posesión de dos cigarrillos de marihuana, razón por la que lo condenaron a 10 años de cárcel.

“Tanathos imprimió unos afiches de John Sinclair. Hubo un movimiento mundial por su libertad; se unió John Lennon y gracias al festival que organizó en Toronto lo liberaron. Aquí la plata que se recogió por las ventas se mandó allá”, asegura Gustavo Arenas.

En la 60, la Policía que perseguía a los hippies no siempre controló la situación. Una de las tardes frías de Bogotá, Gonzalo Marín organizó un concierto en el Teatro La Comedia, con la participación de *Glass Onion* y Siglo Cero. El evento estaba programado para las horas de la tarde; las entradas se habían vendido en su totalidad y el lugar se llenó. Antes de comenzar, los oficiales de Policía llegaron al teatro y, argumentando que *“no estaba permitido”*, suspendieron el concierto.

“Cerré el teatro de nuevo, anuncié adentro que nos dieran una hora y que todo el mundo esperara atento porque el concierto se iba a hacer, pero que no se fueran para sus casas, que iba haber un correo de voz indicándoles en dónde era. Así fue. A la hora nosotros ya estábamos en la calle 53 con carrera 13, en una discoteca grandísima; allí hicimos el concierto... Y la Policía se quedó cuidando el teatro”, cuenta Gonzalo Marín.

En el “Escarabajo Dorado” también hubo espacio para el arte. El 1 de diciembre de 1969, un grupo de egresados de la Universidad Nacional llamado “La Mancha” organizó una exposición de pintura promovida por los hermanos Marín, propietarios del almacén.

La idea era rendirle un homenaje al guitarrista de los *Rolling Stones*, Brian Jones, quien murió el 3 de julio de 1969 por una sobredosis, razón por la cual la exposición llevó el nombre de “Mariposas para la tumba de Brian Jones”.

El poeta nadaísta Jotamario Arbeláez envió una carta a la Alcaldía de Bogotá invitando al alcalde de Bogotá, Emilio Urrea, y al ministro de Justicia a fumar marihuana. “El acto se caracterizó por la asistencia de jovencitas con trajes transparentes y sin sostenes quienes, sin sus acompañantes, escucharon música de los Rolling Stones y las últimas composiciones del poeta”⁷⁸.

“Eso sirvió para que nos empezara a perseguir mucho la Policía; la alcaldía veía que podíamos ser alguna razón de desorden mental para la gente. Decidieron que lo mejor

⁷⁸ “Sin incidentes exhibición ‘hippie’” (1969, 02 de diciembre), en *El Tiempo*, Bogotá, p. 11A.

era que cada dos o tres días fuera la Policía e hiciera una especie de redada entre nosotros”, dice Gonzalo Marín.

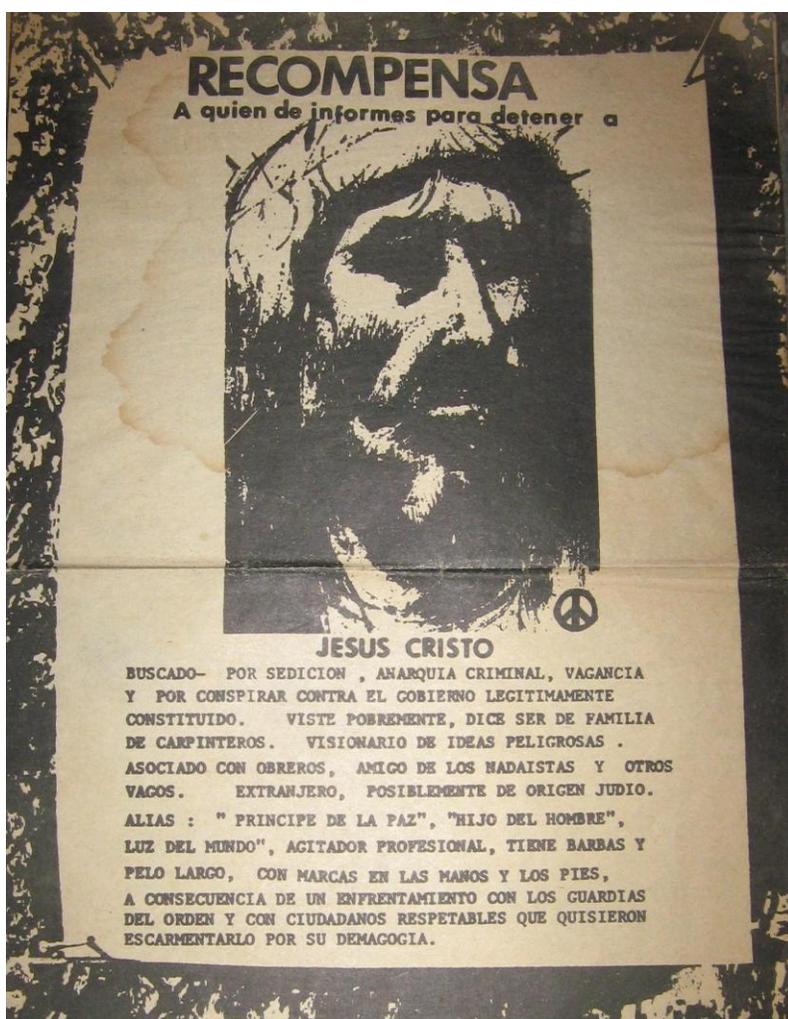
Los lugares que alojaron el movimiento hippie entre 1969 y 1971 después entraron en decadencia. En el pasaje, los negocios comenzaron a cerrar, como dice Tania Moreno *“pues todo es una moda, todo es como espuma”*.

En el pasaje de hoy, casi 40 años después, muy pocos locales están abiertos, y el estilo predominante es *kitsch*. En lugar de las Madres del revólver hay una Central de medias, tres locales de cabinas telefónicas y un negocio de pantuflas. Sin embargo, el pasaje conserva los secretos de una generación que realmente creía en la paz y el amor.

También al pasaje de los hippies empezaron a llegar rumores sobre los hongos alucinógenos que había en el río La Miel, cerca de La Dorada, adonde fueron a parar muchos hippies nacionales y extranjeros. Los hombres que dieron “la buena nueva” de los fantásticos hongos iban vestidos de blanco y, con todo el aplomo sostenían que las vacas en la India eran sagradas porque de su boñiga nacían los hongos que permitían alcanzar unos viajes extraordinarios.

8. “Crucificados” por un afiche

Los dueños del Escarabajo Dorado, que siempre tuvieron algo que ver con lo que pasaba en la 60, volvieron a hacer parte de algo que la sociedad denominó irrespetuoso e inmoral. Ellos imprimieron un afiche en el que aparecía una imagen de Cristo sacada de la revista *El Topo*, a la cual le pusieron un mensaje contestatario con el que se sentían identificados.



Archivo personal de Gonzalo Marín

“Ese afiche iba por todas partes. Era una publicidad política pagada. Todo el mundo lo compraba y aparte de la identificación plena que tenía con Cristo nunca creí que un afiche de esos fuera a causar tanto daño”, dice Gonzalo Marín.

El lunes 1 de junio de 1970 en horas de la mañana llegaron a las puertas del almacén dos hombres que se identificaron como miembros del Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, preguntando por Horacio. Él salió de su taller y fue informado de una denuncia que tenía en su contra por la publicación de los afiches. Fue llevado por miembros de la fuerza pública sin una explicación del lugar en el que iba a estar con el argumento de que los miembros del F2 de la Policía (encargados de la división de inteligencia) necesitaban interrogarlo.

“Nosotros a las 5 de la tarde no teníamos ninguna razón de él. Empezamos a buscar y lo encontramos en la estación de la calle 40 con carrera 13”, asegura Gonzalo.

Él y su hermano Alberto fueron hasta la estación a preguntar las razones de la privación de la libertad de Horacio. El comisario encargado del momento, Guillermo Wilches Rojas, dijo que se trataba de “subversión”. Ellos se exaltaron al conocer los cargos por los cuales Horacio era acusado y también fueron amenazados con ser reclusos. Se retiraron del recinto, pero Alberto regresó y resultó en la celda.

El periódico *El Tiempo* publicó un artículo en el que se afirma que los Marín fueron detenidos “en virtud a que en su poder fueron hallados numerosos afiches mediante los

cuales se ridiculizaba a Jesucristo”⁷⁹, también se tuvo en cuenta la supuesta violación del artículo 314 del Código Penal que decía:

“El que por menosprecio o vilipendio destruya, derribe o de cualquier manera ultraje públicamente objetos destinados al culto o símbolo de cualquier religión permitida y el que con el mismo propósito injurie y agravie al ministro de dichos cultos, por su carácter de tal, estará sujeto a la pena de dos meses a un año de arresto y a la multa de veinte a quinientos pesos”⁸⁰.

Al día siguiente fueron trasladados a la Cárcel Modelo. Gonzalo buscó un abogado y recibió una llamada del candidato a la presidencia, general Gustavo Rojas Pinilla. Él y su grupo de trabajo le ofrecieron los servicios de un jurista y le pidieron el afiche que posteriormente fue publicado en el periódico oficial de la campaña conocido como *Alerta*. “Cuando lo publicó Rojas Pinilla la cosa se les complicó porque él tenía mucha fuerza”⁸¹.

El viernes de la misma semana los hermanos Marín ya estaban libres. Días después fueron llamados por el juez que llevaba el caso y les explicó que se había tratado de “una denuncia que había presentado el director de *El Siglo* de esa época, Álvaro Gómez?; el vicario de la arquidiócesis, Alfonso López Trujillo, y el mismo director del F2”, dice Gonzalo.

⁷⁹ “Estricto control sobre ‘hippies’ anuncian en Bogotá” (1970, 04 de junio), en *El Tiempo*, Bogotá, p. 14A.

⁸⁰ “2 presos por cartel” (1970, 02 de junio), en *El Tiempo*, Bogotá.

⁸¹ Marín, G. (2009, 05 de junio), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

Los afiches fueron devueltos a los Marín. Sin embargo, fue evidente una vez más que la sociedad no toleraba que los hippies manifestaran su posición. No se trataba de un cartel irrespetuoso; tampoco de una burla ni mucho menos de injuria. El mensaje del afiche por el cual los Marín resultaron tras las rejas solo era el reflejo de lo que Jesús había sido y de su familiaridad con él.

9. Todos en la calle o todos en la cárcel

En una tarde lluviosa del 1 de septiembre de 1970 llegaron los policías al pasaje de la 60. Siguiendo su rutina, pidieron papeles y maltrataron a algunos “peludos”; pero esa vez iban buscando al supuesto jefe de los hippies acusado de “subversión y posesión de narcóticos”.

Se trataba de Sibius, quizá el hombre más pacífico del movimiento hippie; una especie de Gandhi criollo con su camisón claro. Él estaba en el pasaje haciendo lo de siempre: recitando poesías y hablando de la vida. De pronto, 10 hombrecitos de verde lo rodearon, le pegaron varias veces en todo el cuerpo; lo hicieron rodar por las escaleras desde el segundo piso del edificio; le rompieron las gafas, lo subieron al camión y se lo llevaron junto con otros jóvenes que frecuentaban el lugar. “*casí lo matan*”, recuerda Fito Solarte.



Federico Taborda —“Sibius”— / Archivo personal Tania Moreno

Según el teniente Luis Eduardo Niño, “se encontró marihuana y algunos recibieron a piedra los vehículos de la Policía. [...] Con ellos se mezcla mucha gente indeseable que constituye un peligro. Y esto, este desfile no se puede permitir, estamos en Estado de Sitio”⁸², reporta la periodista de *El Tiempo*, Gloria Pachón.

La XI estación, ubicada en la carrera primera con calle 57, fue el destino del poeta. Gonzalo Marín, propietario del *El Escarabajo Dorado*, les propuso a los hippies que estaban en el lugar ir hasta la estación y reclamar a Sibius. Más de 40 “peludos” y “gentecita bella” - como se autodenominaban los hippies- estuvieron de acuerdo y se fueron caminando.

Así lo relata un manifiesto publicado el 3 de septiembre de 1970: “Se organizó rápidamente un grupo de amigos y se fue a protestar PACIFICAMENTE (absolutamente falso lo publicado de la pedrea) al frente de la estación XI”.

Llegaron con la actitud que siempre los caracterizaba. Preguntaron por Sibius, pero se encontraron con el comandante del lugar, el teniente Niño, que salió a la calle, y todos los hippies, dice el manifiesto, “fueron recibidos por perros furiosos y policías apuntándoles con ametralladora y fueron encerrados todos y con derroche de imaginación, fueron acusados de ‘asonada’”.

Los periódicos no dejaron pasar este incidente por alto. El diario *El Tiempo* publicó un artículo titulado “Detención masiva de ‘hippies’ en Bogotá” en el que se señala que “cerca

⁸² Pachón, G. (1970, 02 de septiembre) “Detención masiva de ‘hippies’ en Bogotá”, en *El Tiempo*, Bogotá, p. 32.

de medio centenar de jóvenes “hippies” fueron detenidos [...] cuando intentaron tomar por asalto los cuarteles para liberar a ocho compañeros que habían sido aprehendidos antes por la Policía”.

Los hippies fueron sancionados con 72 horas de arresto incommutable; luego fueron reseñados con fotos y números, y de acuerdo con el procedimiento oficial de la Policía, los trasladaron a la Comisaria del Norte y los dejaron en libertad. Pero Sibius, según Fito Solarte, fue trasladado a la penitenciaría ‘La Modelo’, de la que salió gracias a la mediación del sacerdote jesuita que escribía columnas en *El Tiempo*.

“Nosotros”—decían los hippies bogotanos— “no hacemos mal a nadie, tratamos de amar a nuestros semejantes y de mostrarle a la gente esto, de mostrarle que la sociedad tiene defectos muy grandes y que como consecuencia nosotros tenemos problemas; pero no se nos entiende ni se nos quiere oír, sino que se nos menosprecia y se nos ataca violentamente. [...]”⁸³.

⁸³ Tomado de un manifiesto publicado por los propietarios de los almacenes del pasaje de la 60 el 3 de septiembre de 1970.

10. “Paz, música y... goles”

“Voy a dar mi pronóstico: puede pasar cualquier cosa”⁸⁴.

Roy Atkinson

De regreso de sus viajes psicodélicos, los hippies criollos no sólo ponían los pies en la tierra, sino que los usaban para patear un balón de fútbol, como sucedió en el famoso encuentro que se narra en esta crónica.

Del Pasaje de la 60 salió la idea de armar un partido de fútbol entre un equipo conformado por hippies y otro por algunos de los periodistas más reconocidos de la época a beneficio del Albergue del Gamín. “Eso fue un jueves, jugaba Santa Fe vs. Junior, no creíamos que fuera a tener tanto público y se llenó el estadio”, dice Gonzalo Marín.

El equipo de la prensa bogotana estuvo conformado por Enrique Parra, Juan Gossaín, Augusto Calderón, Daniel Samper, Isaías González, Oscar Restrepo, Teodoro Cruz, Humberto Rodríguez, Guillermo Tribín, Yamid Amat y Henry Medina como titulares. En la banca, Luis de Castro, Eduardo de Vengoechea, Guillermo Franco, Orlando Pion, Carlos A. Rueda y Álvaro García.

Los hippies llamaron a su equipo Crema de Frescura y fue integrado por Potocho, Fabio Gómez, Blacky, Thur, Álvaro Díaz ‘El Pato’, Hernán, Mario y Gonzalo Marín, entre otros.

⁸⁴ Salcedo, A. (2006) “Frasas célebres de fútbol” [en línea] disponible en: <http://www.megastoregroup.com/blog/?p=73>, recuperado en: 29 de junio de 2009.

De acuerdo con un artículo publicado en *El Espectador*, los miembros del equipo hippie fueron detenidos el día anterior al juego “durante cuatro horas en la Estación XI de Policía con 150 compañeros más capturados por la autoridad en la ‘sede social’ de la calle 60 con carrera 13. Con ellos, 75 bicicletas sin documentos de propiedad fueron conducidas a los patios de la Estación, en la cual los hippies con estoicismo y espíritu deportivo hicieron la alineación del oncenio”⁸⁵.

A las 11 de la noche los hippies lograron salir de la estación después de manifestarle al comandante la necesidad de descansar adecuadamente para el partido —que arbitraría Fernando González ‘Pacheco’—, previo al encuentro de la Copa Simón Bolívar.



Partido de fútbol periodistas vs. hippies / Archivo personal Gonzalo Marín

⁸⁵ “Detenido 4 horas equipo de fútbol de ‘hippies’” (1970, 22 de octubre), en *El Tiempo*, Bogotá, p. 3C.

Mike Forero Nougués, columnista de *El Espectador*, mostró una posición evidente a favor de los “peludos” y escribió lo siguiente:

Que nos perdonen los colegas periodistas, pero, en su compromiso ante los hippies, vamos a estar a favor de... los hippies, porque ellos son los jóvenes del mañana, mucho más importantes y trascendentales de lo que supone la comunidad capitalista, en la que desgraciadamente tenemos que desenvolvernos quienes, por cosas de los tiempos, no pudimos saber nada del hippismo en nuestra primera juventud. Los hippies son algo que ya pesa; que tiene un fondo espiritual innegable y que va a demostrar su solidaridad con los gamines bogotanos, en cuyo honor y en cuyo beneficio, se hará el partido que tanto ha alborotado al medio deportivo⁸⁶.

Más adelante apunta *Mike*:

Si un hippie fuma... inmediatamente se dice que está ‘enyerbado’. Se apresuran los juicios. Si un hippie juega al fútbol con velocidad, no se vacila en afirmar con ligereza que ¡el muchacho está... dopado! Tenía posiblemente mucha razón Stuart Mill cuando manifestaba que “quien de una cosa solo conoce su propia versión, sabe poco de esa cosa”. De los hippies se afirman cosas por lo que ellos muestran como si del “hábito se hiciera al monje”⁸⁷.

El juego se desarrolló con total normalidad el 22 de octubre de 1970 en el Estadio Nemesio Camacho “El Campín”. Los hippies fueron los ganadores de la contienda con un marcador de 3 - 0, lo que la prensa registró como una goleada vergonzosa. El humorista Montecristo, sorpresa de la noche en el equipo de periodistas fue el responsable de dos de los tres goles; los que hizo Potocho.

⁸⁶ Mike. (1970, 22 de octubre) “¡Arriba los hippies!”, en *El Espectador*, Bogotá, p. 3C.

⁸⁷ *Ibíd.*,

“La contienda ‘amistosa’ fue de dominio alterno, aunque predominó la velocidad de los melenudos, quienes mostraron muchísimas condiciones para el deporte”⁸⁸.

Tal vez lo que marcó la diferencia en este partido de beneficencia fue la aparición de melenudos no sólo en la cancha, sino también en las tribunas. El rock, una vez más, fue cómplice de las hazañas de los hippies. Varios peludos se pasearon por el estadio con guitarra en mano animando al público y a los jugadores.

Alegre Levy, en su artículo “Los melenudos se volvieron estrellas”, señaló que era probable que:

La afición concentrada anoche en el estadio — 35.000 personas— jamás imaginara que los periodistas de su predilección iban a ser hombres gordos en su mayoría, de gafas o miopes, y de piernas tan feas. Por eso cuando aparecieron los hippies vestidos de blanco con cintas de colores sosteniendo sus melenas, vio con estupor que se trataba de unos “muchachos sanos rosaditos y hasta buenos mozos’ como decía una señora”⁸⁹.

Los hippies sorprendieron a todo el mundo. Hubo quienes, con miras al resultado, afirmaron que Pacheco, quién entró a la cancha con su perro ‘Coco’, había sido sobornado por los “peludos”. Las jueces de línea se robaron la atención de los jugadores, el árbitro y los aficionados. La razón era clara: se trataba de la señorita Bogotá y de una de las candidatas a ser señorita Cundinamarca. “A Pacheco se le pasaron varios penaltis por estar mirando las piernas de las reinas”⁹⁰.

⁸⁸ Restrepo, O. (1970, 23 de octubre) “Triunfo ‘Hippie’”, en *El Espectador*, Bogotá, p.3C.

⁸⁹ *El Tiempo* (1970, 23 de octubre) “Los melenudos se volvieron estrellas”, Bogotá. p. 28.

⁹⁰ *Ibíd.*,

Una vez más los hippies demostraron con su campaña de “paz, música y... goles” que ellos no eran lo que la sociedad quería ver. Al finalizar el juego, se concentraron en el almacén de Federico Mejía, en la calle 60, para celebrar el triunfo. Por su lado, los periodistas, muchos de ellos adoloridos, se fueron a sus casas comentado el episodio.

11. Otra callecita para los hippies

Del pasaje y la calle de la 60, los hippies buscaron otro lugar donde la persecución que había emprendido la Policía en su contra no llegara, o por lo menos se apaciguara; dónde fuera posible quitarse el estereotipo que “los pepos” habían dejado por las calles. Un espacio en el que sólo los que eran hippies podían entrar y en el que una vez más se buscó la paz y el amor. Se trataba de “La Calle”.

En el barrio La Perseverancia, detrás del Hotel Hilton -ubicado en la calle 32 con carrera séptima- varios jóvenes, dentro de los que estaban Juan Escobar López, poeta y sobrino del ex presidente Alfonso López Michelsen y Benjamín Villegas compraron algunas casas viejas que estaban desocupadas un tiempo y que al parecer iban a ser derrumbadas.

“La gente ‘chévere’, por decirlo así, nos mudamos con almacenes allí, se abrieron otros nuevos, se pintaron las casas de vivos colores, flores y arte pop. Se arregló el sitio lo mejor que se pudo”, dice Rick Franco, uno de los jóvenes hippies que intervino en la creación del “La Calle”.

A la inauguración del lugar asistieron los familiares de varios jóvenes que promovieron la iniciativa. Según cuenta Fabio Gómez Cano, integrante de la banda *Terrón de Sueños*, todos los invitados experimentaron sensaciones alucinógenas porque habían puesto ácidos en la fuente de sangría de la que estaban bebiendo.

Como sucedió en el pasaje de la 60, en “La Calle” -que ocupaba una manzana y media- se vendía ropa, collares, accesorios en cuero, artesanías, inciensos y drogas.

Este espacio de convivencia hippie tenía su restaurante con una cocina inmensa; un jardín infantil para los hijos de los hippies con una visión constructivista donde una profesora de origen francés daba las clases; y una discoteca conocida como “El Templo”.

Para entrar allí, los hippies tenían que pasar por un túnel construido por debajo de la tierra, que conectaba dos casas, una de las cuales correspondía a la discoteca. *“El piso del túnel lo arreglamos con unos acolchonados de resortes, hechos especialmente para que cuando caminaras, te sintieras dando saltos y como rebotando. Era completamente oscuro. Con iluminación intermitente y luz muy baja, hasta que veías algo de luz al final del túnel y era ya la entrada a la pista de baile de la discoteca”*⁹¹



Harald Musikka Blum / Archivo personal Tania Moreno

⁹¹ Franco, R. (2009, 20 de mayo), “Saludo”, correo electrónico enviado a Ramirez, S.

“El Templo” fue hecho con el estilo de los bares ingleses; parecía una cava en la que varios pintores se encargaron de hacer murales en las paredes. Éste lugar fue el escenario de conciertos de todas las bandas que tenían auge en el momento y también el sitio en el que se celebró el matrimonio de Benjamín Villegas.

Como en los años 60 se dio el cambio de era astrológica pasando de Piscis a Acuario, se creía que el comportamiento de los hippies se debía a la influencia de este signo, que representa la libertad individual y colectiva, el altruismo, el amor y el entendimiento con el cosmos. Entonces, siguiendo las directrices del misticismo, en “La Calle” también hubo espacio para un centro de lectura del tarot llamado ‘Uranium Templum’ atendido por Leonor Carrasquilla Castello, “La Maga Atlanta”, quien tuvo una hija conocida como María de las Estrellas, “poetisa de nacimiento” y que murió a los 14 años en un accidente de tránsito, luego de haber publicado libros como ‘*El mago sobre la mesa*’ y ‘*La casa del ladrón desnudo*’.

Un día, según Pili Galeano, hubo una pelea entre Alberto Ramírez, hijo de un integrante de la Fuerza Pública, y un “pepo”. Todo empezó en las horas de la tarde, cuando el “pepo” intentó atracar a Alberto, y él, para defenderse, sacó un puñal y lo mató. Desde ese momento todo aquello de lo que quisieron huir se tomó el lugar.

“No se acababa a terminar de inaugurar y empezaron a bajar ‘pepos’ de La Perseverancia y del centro a juntarse ahí. Eso era una calle cerrada y empezó a haber mucha gente que no quería ir al lugar donde había ‘pepos’. Hubo una pelea, empezaron a coger gente a

diestra y siniestra, los policías no preguntaban quién era el ‘pepo’, no investigaban, sino que los veían a todos igual, y los cogían a patadas y puños”⁹².

La Policía llegaba a “La Calle” a pedir papeles y a subir al camión a cualquiera “*Esa fue otra cuestión, no fue de hippies, no fue tan místico como la 60, eso fue algo más comercial*”, dice Fabio Gómez.

En una entrevista otorgada a la revista *Cromos*, Gonzalo Caro “Carolo” dijo: “*No comparto, por ejemplo, la utilización de “La Calle”, que se ha convertido en un centro de criminales, de expendedores de pepas mortales, donde además se concentran numerosos perversos sexuales que lo único que saben hacer es engañar a niñas de catorce o quince años para luego violarlas*”⁹³.

La venta de drogas como heroína y cocaína hicieron que la situación se tornara difícil y muchos jóvenes emprendieron camino hacia el campo, fuera del país o simplemente, decidieron cambiar de rumbo, sin dejar la espiritualidad. Hoy en día las casas de “La Calle” todavía existen, pero no queda ningún vestigio de la presencia hippie.

⁹² Solarte, F. (2009, 24 de abril), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

⁹³ Mesa, E. (1972, agosto) “Carolo el hippie que ha tumbado dos alcaldes”, en *Revista Cromos*, p. 26.

12. Un paraíso perdido

Las sensaciones asociadas a la psicodelia y la vida espiritual fueron comunes dentro de la comunidad hippie. El uso de marihuana, ácidos y caminos de meditación como el yoga eran frecuentes. Otro camino se abrió cuando aparecieron los hongos alucinógenos, y en una finca de tierra caliente los iniciados encontraron su paraíso artificial.

En Colombia hubo una finca bordeada por un río en la que abundaban los hongos y que se convirtió en el paraíso para los hippies colombianos y extranjeros. Se trataba de La Miel, ubicada en el kilómetro 30 vía La Dorada, en un sector conocido como El Tigre.

El lugar lo cuidaban don Manuel Quinceno —un curandero que rezaba las picaduras de serpientes y que había sido maestro de machete durante la época de la violencia, razón por la cual había entrenado a miembros del Ejército Nacional—; su esposa Lucrecia, dedicada a lavar ropa, cocinar y curar a los niños ‘descuajados’; su suegra y sus dos hijos: Carlos, quien a los diez años ayudaba a su papá a pescar y Jairo, que tenía retraso mental. Los otros tres hijos murieron a causa de meningitis y fueron enterrados en el mismo lugar. Era una familia consternada con la aparición de los hippies, humilde y trabajadora.

Don Manuel había recibido dos hectáreas por parte del dueño, dado que en época de invierno el nivel del río subía y el terreno no era apto para cultivar. Entonces, con el apoyo de su mujer instalaron unas cabañas hechas con guadua para los pescadores, con dos camarotes adentro, sin imaginar que un tiempo después iban a estar llenas de hippies.



*Atrás, don Manuel y doña Lucrecia. Autor Anónimo- 1971
/Archivo personal de Gustavo Arenas*

Un par de jóvenes descubrieron el lugar. Se iniciaron en el consumo de los hongos luego de haber escuchado algunos rumores en el parque de la 60, en Bogotá, por parte de unos hippies capitalinos que ya habían experimentado esos “viajes”. Después del Festival de Ancón en Medellín, la cantidad de “peludos” se elevó y el rumor empezó a propagarse haciendo que los consumidores aumentaran notoriamente. Iban y venían de Medellín, Cali, Bogotá, Estados Unidos, Inglaterra, Argentina, España, principalmente.

“Los hongos de Colombia cobraron fama internacional. Empezó a tener una importancia capital el sentirse cerca del cielo, de la divinidad a través de los hongos”, dice Díaz

La psilocibina, componente de los hongos, introducía a sus consumidores en un terreno místico antes desconocido. Los efectos eran inmediatos; aparecían más rápido que los proporcionados por el LSD. Se trataba de experimentar momentos de euforia en los que algunas veces se distorsionaban los colores, las formas y la realidad.

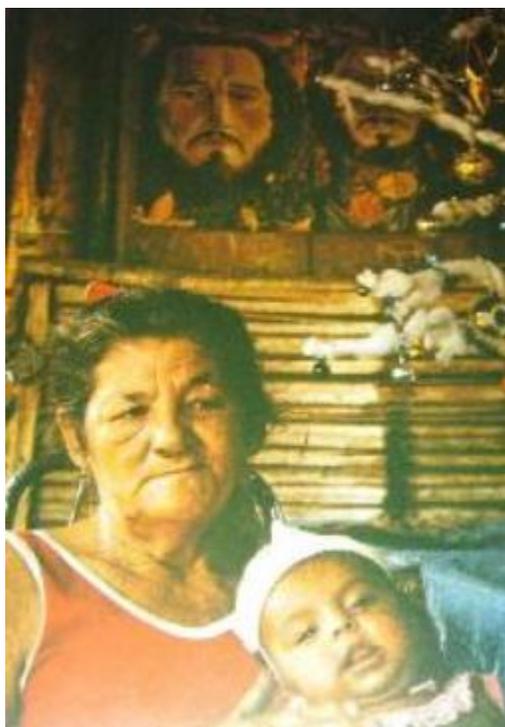
Los hippies tenían dos opciones para llegar a La Miel: ir caminando, o tomar un bus hasta La Dorada que demoraba cinco horas. Allí debían estar muy puntuales a las tres de la madrugada para que el camión de la leche, que hacía el recorrido por la zona, los llevara hasta El Tigre, adonde llegaban a las seis de la mañana. De lo contrario, tenían que emprender la caminata soportando una temperatura de 28 grados centígrados: “*Eran seis horas caminando, era una odisea. Nosotros casi siempre lo hicimos a pie. Lo hicimos como experimento, como un sacrificio para poder llegar a comernos los hongos, para poder llegar al paraíso*”, cuenta Fabio Gómez.

“El sitio en cuestión presenta en realidad grandes atractivos naturales. Consiste en una vega dejada por el río, cuyo colonizador la tiene sembrada de matas de plátanos [...] En la mitad del río se forma una playa, cuyas relucientes arenas sirven de meta a los practicantes de natación”, como lo describe un periodista de *El Tiempo* en 1971¹.

Don Manuel no entendía cómo los jóvenes, algunos provenientes de familias pudientes del país, llegaban hasta La Miel para comer hongos, sentarse en el pasto, soportar el calor y vivir en armonía sin más pertenencia que una mochila. Con el paso del tiempo lo comprendió y empezó a pedir a los hippies un pago por estar en La Miel, por el derecho a caminar en El Paraíso. Pero como dinero no era lo que abundaba en los bolsillos de los jóvenes, don Manuel y doña Lucrecia recibían lo que fuera: cámaras, pulseras, ropa,

morrales, anillos, gafas; variedades que invadieron un cuarto completo hasta hacerlo parecer un verdadero museo de rarezas coloridas, inútiles para ellos y relegadas al olvido.

El contacto con la naturaleza, el clima húmedo y caliente, el paisaje lleno de colores y olores propios del campo mezclados con el de la marihuana, y los hongos eran la combinación perfecta. Nada impedía encontrar un hongo grande u ocho pequeños, cantidad necesaria para empezar un viaje. Había quienes se los comían directamente del piso y le ponían algo de miel para quitar el sabor a boñiga.



Doña Lucrecia, /Archivo personal de Gustavo Arenas

Después, el dolor de estómago era inminente, pero breve, si se comparaba con lo que se podía experimentar bajo el efecto de la psilocibina. Los colores se volvían los cómplices de las alucinaciones y la “realidad” de los viajes. Luego el ascenso empezaba, así lo relata el artículo de *El Tiempo*: “Cuando ya se encuentran bajo los efectos del alucinógeno vegetal el

lugar se convierte entonces en escenario de hombres, mujeres y niños que tiran sus prendas interiores por doquier. Después se oyen voces uniformes entonando cualquier canción protesta y, por último, las esperadas ‘escenas de amor’. Y cuando la lasitud (sic) se ha apoderado de ellos, exponen sus cuerpos desnudos al sol; uno que otro extranjero hincha su tórax y abdomen practicando el ‘yoga’, echándose luego a las gélidas aguas de La Miel”.⁹⁴

Pero no solamente los “peludos” y sus compañeras consumían hongos. Don Manuel, su esposa y su suegra también lo hacían, pero en mayores cantidades y, por supuesto, con viajes diferentes: “*Se metían de a 60 o 70 hongos. Nosotros nos conectábamos con el cosmos, con el universo. Ellos veían al Sagrado Corazón que les decía cosas, a la virgen y todo eso*”, dice Tania Moreno.

Varios hippies envueltos en la psicodelia proporcionada por los hongos perdían la noción de la realidad, se creían infalibles. Caminaban de un lado para otro buscando un encuentro más profundo con ellos mismos, un crecimiento espiritual, una felicidad infinita. Hubo quienes se quedaron en la búsqueda y murieron ahogados en el remolino formado entre el río Manso y el río La Miel. Hasta ese momento había abierta una investigación penal en el Juzgado Segundo de La Dorada por la muerte de un universitario que se lanzó al agua bajo los efectos de los hongos.

Sin embargo, los hippies que asistían a La Miel dicen que por lo menos más de diez personas perdieron la vida ahogadas, arrastradas por el remolino del río, incluso sin estar bajo los efectos de los hongos que salían de la boñiga del ganado cebú.

⁹⁴ Rojas, G. “Territorio para hippies” (1971, 22 de junio), en *El Tiempo*, Bogotá, p. 12A.

También hubo quienes se quedaron ‘hongueados’; quienes —vestidos de blanco— perdieron la noción de la realidad, dice Carlos Álvarez, músico integrante de Malanga y hippie de la época. Igualmente, hubo una que otra víctima de los hongos tóxicos.

La extravagancia era la nota dominante en La Miel. Allá fueron a parar personas de toda clase y condición. Se llegó a hablar de gente que pudo caminar encima del agua, de un ex combatiente de Vietnam que perseguía a todos los melenudos con un cuchillo y ellos, para salvarse, saltaban al río. También hubo un hombre que estaba en la etapa terminal de la sífilis y que cada vez que podía usaba la ropa de los demás hippies; prendas que después fueron a dar a la basura. *“Nos tocó un tipo que se cubría el pipí con hojas de malanga y todo el día estaba con el pipí parado y sólo hablaba de sexo. Hasta a la mamá de doña Lucrecia iba y le hablaba de eso. Pero había una tolerancia grandísima...”*, recuerda Tania.

En La Miel la gente se acostumbró a la desnudez y los campesinos aprendieron a ver a los hippies como Dios los había traído al mundo: sin ropa y felices. “En un principio las gentes de la región se limitaban a observar con curiosidad el paso de estos melenudos con morrales a la espalda que se conformaban con ir recogiendo ‘hongos’ y pidiendo a veces comida y dándose baños de sol. Pero la fama de los ‘hongos’ se fue extendiendo por todo el país, la romería de los hippies viene aumentando considerablemente, hasta el punto que ya los propietarios de las haciendas han empezado a quejarse a las autoridades, no porque los hippies hagan daño ni tampoco por la ‘cuestión moral’ sino porque dejan abiertas las verjas de los potreros y otras molestias de menor importancia”⁹⁵.

⁹⁵Ibíd.

Con el paso del tiempo, ya en el año 1972, la seguridad en La Miel desapareció. Los hippies dejaron de ir porque los militares hacían rondas por el lugar. Las cosas no se podían dejar en cualquier lado porque se las robaban. Hubo intentos de violación a las mujeres por parte de los campesinos y después de varios asaltos al terreno ocupado por la familia Quinceno, los paramilitares mataron a don Manuel. La Miel se convirtió en un pedazo más de tierra al que prefirieron no volver; en un paraíso perdido.

13. La vida en las comunas

El hábitat original de los hippies, las ciudades, se volvió inhóspito para algunos, que buscaron la tranquilidad del campo donde sembraron sus comunas. Allí compartieron parejas, hijos, música, ácidos y sueños. Fue el paso definitivo al desprendimiento material.

Luego de haber invadido algunas calles de Bogotá, la posibilidad de vivir en comunidad empezó a rondar en la cabeza de los hippies colombianos. Para ese momento muchos habían viajado por todo el país haciendo *auto stop*. Lugares como Cartagena, Santa Marta, Amazonas y San Agustín se convirtieron en el paradero favorito de los viajeros.

En Estados Unidos la idea ya se había materializado. La revista *Life* publicó una edición especial donde se hablaba de la vida en comunas. El filme *Easy Rider* (Buscando mi destino) persuadió a los jóvenes de que la geografía y la seguridad de Colombia se prestaban para consumir el objetivo.

Consistía, según Tania Moreno, era regresar a la vida del campo con un concepto de familia en la que todo se compartía. Y en el municipio de Lijacá —a treinta minutos de Bogotá— se fundó la primera comunidad hippie.

Álvaro Galvis, integrante del grupo La Gran Sociedad del Estado, logró que Mery Sandoval, una señora con dos hijos, les diera hospedaje a todos los integrantes de su banda.

Luego ellos arrendaron una casa pequeña en la calle 192 con carrera séptima a la que fueron a vivir juntos.

Tiempo después, Tania Moreno —en compañía de Humberto Monroy— alquiló una casa más grande cercana a la de los músicos. Era un edificio de tres pisos con seis habitaciones y una sala muy grande, donde al parecer funcionó un prostíbulo.

Inicialmente, sólo cuatro jóvenes se pasaron a la casa. Un colchón y la colección de discos fueron suficientes para empezar una vida de campo. Poco a poco músicos de todas las bandas gentes sin rumbo fijo empezaron a llegar a Lijacá.

Uno de ellos fue ‘Brother John’, el mismo gringo que caminaba por la calle 60. Un día llegó diciendo que iba a llevar a Lijacá a la gente más bonita de Bogotá. Horas después, dos prostitutas iban de la mano del caminante y se armó el escándalo. Después del incidente, los miembros de La Gran Sociedad del Estado hicieron una bandera con el símbolo de la paz que izaron en ceremonioso acto.



Hope en concierto- Lijacá/Fotos: Gonzalo Marín

Para los habitantes de Lijacá todavía resultaba exótico, liberal y salido de lo común todo lo que ocurría con esos jóvenes de pelo largo, barba y ropa estrambótica. *“Los campesinos pasaban por la carretera y, claro, como eso quedaba en declive, se paraban a mirar la locura. Se veía lo que pasaba en la casa de abajo. La banda prendía los equipos desde las seis de la mañana hasta las 12 de la noche y cualquiera iba a tocar”*, cuenta Tania Moreno.

Los que vivían en Lijacá en muy contadas ocasiones iban hasta el parque de la 60. De vez en cuando unos pocos emprendían camino a la capital en horas de la noche con el fin de conseguir algo de marihuana *“para llegar con dos o tres baretos. Era un momento de pasión impresionante”*, dice Tania.

La Policía siempre estuvo detrás de los hippies. En varias oportunidades llegaron a Lijacá con lista en mano buscando a los menores de edad que se habían escapado de la casa. El lugar se convirtió en un refugio para los que huían de su realidad.



Hernán Marín/ Foto: Gonzalo Marín

Las casas quedaban ubicadas en un espacio abierto lleno de naturaleza y cercanas a una colina que formaba un escenario perfecto. Un grupo de logística organizado por Álvaro Díaz, Humberto Caballero y Edgar Restrepo llamado “Kolinox Unidox” fue el encargado de organizar conciertos dominicales en ese lugar cada 15 días.

El precio de las entradas oscilaba entre los \$8.00 y \$20.00. Siempre con lleno total en cada evento, se llegó a convocar a más de 3.000 personas. Fabio Gómez, integrante del grupo Terrón de Sueños, dice que Lijacá se convirtió en el punto de partida del consumo de LSD y los demás ácidos.

Para esa época la presencia de estadounidenses en la capital colombiana fue determinante. Ellos traían una gran cantidad de ácido lisérgico al que cualquiera podía acceder. *“El ácido en ese momento era prácticamente regalado, entonces, aparecía, volaba, estaba en los bolsillos de todo el mundo y la gente estaba loquísima allá”*⁹⁶.

Una vez, cuenta Carlos Álvarez, integrante del grupo Malanga, se organizó un concierto. Desde la comuna se veía que Bogotá estaba cubierta de niebla. Pero ellos no querían que el evento terminara, así que se acostaron en el pasto y por medio de la energía de todos los asistentes se formó un círculo que les dejaba ver con claridad la luna y las estrellas; algo místico y extraño, pero no llovió.

Con el dinero que se recogía en boletería compraban el mercado para los integrantes de las bandas. Ellos eran los encargados de estampar camisetas, hacer las entradas, podar el pasto, cercar, recibir la plata y tocar durante toda la noche.

“Nos tocaba desyerbar a ratos porque todo el mundo se sentaba a ver el concierto y hacía su bareta. Dejaban las pepas de marihuana ahí, crecían miles de matas y tocaba quitarlas”, cuenta Fabio Gómez.

⁹⁶ Moreno, T. (2008 03 de junio). Entrevistado por: Ramírez, S., Bogotá.



Hope en concierto – Lijacá / Foto: Gonzalo Marín

Después de muchos conciertos se organizó uno que duró tres días. Todo el mundo “estaba en ácido” y varios hippies llevaron carpas a Lijacá, pero nunca se fueron. La estructura de las casas no soportaba la cantidad de gente que llegaba cada fin de semana. Había hippies por todas partes: en los corredores, las habitaciones, a las afueras —con plásticos o con carpas— durmiendo en el piso sin reclamar comodidad porque se había llegado a un punto de desprendimiento material enorme. Después de un año las casas se fueron desocupando; muchos emprendieron camino por las carreteras del país.

Paz y amor en un monasterio

Mientras la comuna de Lijacá seguía recibiendo músicos y hippies, al otro lado de la ciudad se organizó un grupo más pequeño. En Usme se encontraba el monasterio de los monjes benedictinos Santa María de la Epifanía que era compartido con las Siervas de Cristo Sacerdote. Un lugar de unas 300 hectáreas en las que se cultivaba cebada, que recogían los campesinos y luego compraba Bavaria.

Allí, en medio de un camino de conocimiento interior, llegó Sibius, un poeta muy reconocido en la 60 por su espiritualidad. Los benedictinos lo recibieron con las puertas abiertas y después de varias conversaciones le ofrecieron ir a vivir con ellos. Él aceptó y luego consiguió que dos parejas más fueran a ocupar un espacio en el monasterio.

Allá llegaron Tania Moreno, dueña de Thanatos, con Humberto Monroy, integrante de Los Speakers y creador de Génesis; y Jaime Rendón, uno de los pintores más reconocidos de la época, con María Cristina Tobón (después de un matrimonio obligado en el que él tuvo que escoger entre el matrimonio y la cárcel porque ella era menor de edad, y ella entre una clínica de reposo o un compromiso formal).

Sibius les cedió su casa. Un espacio con una habitación, una sala pequeña, cocina de leña y piso de madera. Ahí se acomodaron los cuatro, porque él decidió vivir en una choza retirada del lugar donde dormía sobre una estera que le empezó a afectar los riñones.

Cada uno de los monjes estaba dedicado a un oficio: carpintería, producción de miel de abejas, cristanac, entre otros. Los hippies eran muy admirados por los benedictinos, quienes pensaban que después de la muerte de San Agustín no habían conocido seres humanos con tal desprendimiento por lo material, y con una espiritualidad tan elevada.

“Nos dieron mucha libertad; ellos sabían que nosotros consumíamos drogas, que teníamos una vida muy libre, que no nos íbamos a someter a la Iglesia Católica. Nosotros a la vez los estábamos tratando de convencer de que tomaran ácido y así se ahorraban como 30 años de meditación, pero nunca nos creyeron”, afirma Tania.

Según Jaime Rendón, no había preocupación de ningún tipo: “*Teníamos una huerta con toda clase de verduras; las monjas nos regalaban pan de su cosecha todos los días y los monjes miel de abeja y jalea real*”. Además, los campesinos compartían con ellos hibas, papas, cubios, leche y otros productos del campo.

La jornada de los jóvenes consistía en levantarse a la cinco de la mañana, fumar marihuana, y asistir a los cantos gregorianos interpretados por los monjes. Luego se dedicaban jugar a “La lleva”; a subir a las colinas con pedazos de cartón y deslizarse; a tirarse de cabeza en las montañas de cebada que habían recogido los campesinos; a llevar una vida de niños.

“*Hubo muchos momentos gratos. Yo, después de casi 40 años de esa vivencia la recuerdo como mi verdadera infancia: escribíamos, leíamos, cantábamos, componíamos música y poemas, pintábamos, trabajábamos en la huerta, hacíamos artesanías...*” afirma Jaime. María Cristina se fue del monasterio a causa de su separación.

Los amigos de los hippies que vivían allí podían ir a jugar con ellos; la vida en ese momento era otro de los tantos paraísos terrenales que pudieron conocer los que estaban en el hippismo.

En ese lugar los monjes organizaban retiros espirituales y misas para personas de la alta sociedad que les daban aportes, pero recibían en general a toda clase de católicos. Hacían parte del grupo de benedictinos el autor del libro *Camilo, el cura guerrillero*, Joe Broderick y el periodista Javier Darío Restrepo, quienes dejaron los hábitos tiempo después.

Tras pasar más de un año en el monasterio, los hippies tuvieron que abandonar el lugar después de que Jaime Rendón y Beatriz Uribe se comieron un ácido y corrieron desnudos por el campo de cebada. Los campesinos empezaron a ejercer presión sobre los monjes para que no se volvieran a presentar ese tipo de “espectáculos”. Luego los jóvenes que vivían allí recibieron una carta en la que los monjes reconocían que ellos eran los dueños del mundo, pero que tenían que irse.

Este paraíso se acabó. Años más tarde los monjes vendieron el terreno porque la ciudad empezó a crecer. Con esto aumentó el ruido y la concentración no era la misma. Ahora están en Envigado, Antioquia. Los muchachos, por su parte, siguieron en el camino de libertad hasta que los medios y la situación lo permitieron.

La comunidad de Taganga

La playa, el mar, el sol, la luna, las estrellas, las palmas, la arena, y el calor de Taganga, Santa Marta, tuvieron en sus orillas otra de las comunas que funcionó en el país. Varios jóvenes llegaron a este lugar haciendo *auto stop* y equipados con tan sólo una mochila, un par de camisetas y ropa interior.

A la casa de los hippies llegaban viajeros extranjeros y colombianos. No había problema por el tiempo que se quedaran; podían ser días, semanas o meses; luego se iban. Lo más difícil era acostumbrarse a comer pescado en las tres comidas del día, pero después no había problema.

En la casa las funciones se dividían: cada día de la semana una pareja se encargada de cocinar y de lavar los platos. A las cinco de la mañana se levantaban para salir a la playa, hacer yoga y después nadar. En la noche tocaban tambores alrededor de una fogata. Se trataba de algo muy espiritual.

Las mujeres no podían ir solas a la playa por seguridad porque, como ocurrió en otros lugares del país por la misma época, si las veían solas los pescadores y hombres de la región intentaban violarlas.

Algunos más atrevidos decidieron subir hasta la Sierra Nevada de Santa Marta para convivir con los koguis. Abriendo paso con machete en mano, subieron caminando; aprendieron de los indígenas; compartieron conocimientos y hubo quienes fueron mamas, máximas autoridades espirituales. Según Gustavo Arenas, la mayoría eran artesanos, escultores de madera o doctores bioenergéticos.

Sin embargo, la violencia, que llegó a lo que antes parecía ser una zona segura y tranquila en Colombia, desalojó a los hippies que estuvieron viviendo por más 30 años en la Sierra Nevada. En el 2001 los hippie-koguis bajaron de la montaña en medio de las bombas.

Otro edén para hippies

San Agustín (Huila) se convirtió en el lugar que representaba la idiosincrasia con la que se identificaban muchos hippies. Las estatuas, la historia, la naturaleza y el misticismo convirtieron esta región del interior del país en otro punto de encuentro de los hippies.

Su propósito era *“encontrar, conocer los ídolos, las piedras, además, en Pitalito había hongos para botar a lo alto. Quedaba a unos 20 o 25 kilómetros de San Agustín, entonces la gente iba caminando”*, cuenta Tania Moreno.

Las fincas en San Agustín se podían alquilar por unos \$250 pesos. Canadienses, noruegos, italianos, franceses, estadounidenses y colombianos lo hicieron. Los hippies podían recoger café, plátanos y algunas frutas y, *“los gringos se la pasaban a caballos, jugando al oeste”* recuerda Moreno. Pero también tendían a consumir mucha más droga que los hippies criollos. Cada vez que iban a caminar recogían todos los hongos que se encontraban en el camino para luego ponerlos en una mesa, porque ni siquiera se los comían todos. *“Uno podía ver en San Agustín un mesa con 500 hongos; habían recogido todo lo de un potrero, pero ellos no los podían dejar porque eran gratis, la mentalidad del capitalismo... los gringos nunca se pudieron zafar de eso”*, menciona Tania.

Las personas del pueblo se adaptaron a la presencia de los hippies rápidamente y no se escandalizaban por el consumo de marihuana. Dentro de las cartas de comida de los pocos hoteles que había en este sitio ya estaban en la lista las preferencias de los extranjeros: *pancakes* de banano, zumo de naranja y colada de avena. Cada uno de estos a \$1.00.

Dos estadounidenses, una de ellas indígena de Alaska, organizaban fiestas de bienvenida para los hippies que iban de paso. Cobraban una cuota que les daba derecho a fumar marihuana y alimentarse apropiadamente con platos tradicionales de los diferentes países. Una vez, según Tania, uno de los hippies que vivía allí y que se había casado con una francesa, en señal de protesta contra las fiestas, se cosió la boca y ese fue el fin de la reunión.

También estaba 'Rupert', un gringo que estuvo en los buques mercantes de la guerra de Vietnam. Él, como muchos de los hippies que pasaron por este conflicto, era compulsivo. Todo el tiempo se quitaba los zapatos ortopédicos que usaba para pegarles la suela. También acostumbraba a comprar una libra de marihuana que luego desmenuzaba para armar "baretos" para todo el día, y pasaba todo el tiempo fumándoselos. Después supo de la existencia de los molinos manuales y cambió la marihuana para ponerse a moler todos los granos que encontraba: maíz, frijón, lenteja, soya, en fin. 'Rupert' terminó moliendo día y noche y, al parecer, nunca se cansó.

En San Agustín todo iba muy bien hasta que comenzó negocio del narcotráfico. La importación de pasta de coca desde el Perú hizo que la situación en el país se tornara peligrosa y muchos decidieron abandonar las tierras huilenses para evitar ser víctimas de las mafias que ya habían dejado estela de muertos. Otros que compraron fincas se quedaron y todavía hay algunos hippies viviendo en esa zona del país soportando la crítica de la iglesia por consumir marihuana⁹⁷.

Los de Cali

La prensa caleña registró la presencia de los hippies en la capital del Valle así: "Caminando por las calles de Cali, ya sea por los alrededores del parque Caycedo, el Puente Ortiz, o a lo largo de la Avenida 6ª Norte, se encuentra uno con decenas de jovencitos vestidos de una manera estrafalaria: pantalones y camisas de colores chillones, sicodélicos, descalzos, en

⁹⁷ Ver: "Hippies en San Agustín (Colombia)" (2009) [en línea], disponible en: http://www.youtube.com/watch?v=vfjVP4_46ZU, recuperado en: junio 07 de 2009.

sandalias, de cabellos largos, colgando de sus cuellos enormes medallones que unas veces simbolizan paz y otras amor”.⁹⁸

En la 60 había ciertos rumores de Cali. Libardo Cuervo, dueño de Las Madres del Revólver, y Ricardo Corrales pusieron un almacén en la capital del Valle del Cauca llamado El Cerdo del Alba. Gustavo Arenas, conocido como ‘El doctor Rock’, se encargó del local mientras Ricardo viajaba por las montañas del país.

Arenas conoció a través de Gonzalo Hincapié a Benjamín Urrea, el odontólogo de los poetas nadaístas. *“Un día me dijo que él sabía que yo quería hacer una comuna y que me tenía la casa. Dijo que había un señor español, don Juan Alíz, que tenía una casa yendo por la carretera de Cristo Rey. Él quería que se la cuidaran; fui a hablar con él y me arrendó la casa: tres meses por 30 pesos”*, dice Gustavo.

El mercado de la comuna, el arriendo del local y de la casa eran pagados con los afiches que se vendían en el almacén. Afiches que provenían del pasaje de los hippies como un regalo de Tania Moreno y los hermanos Marín.

“Hubo momentos en los que perfectamente hubo 200 personas en una noche. No todos durmiendo, sino que algunos tocaban y metían ácido. Eso se convirtió más en un metedero, que en una comuna, en un sitio de reunión”.⁹⁹

⁹⁸ Claver, P. (1972, 14 de septiembre) “El desconcertante mundo de los hippys caleños”, en *El Crisol*, Cali, p. 8.

⁹⁹ Arenas, G. (2009, 10 de junio), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

Según el periódico *El Crisol*, en Cali funcionó otra comuna. Se trataba de una casa ubicada a 20 minutos del caso urbano de Yumbo. El lugar había sido alquilado por \$80 pesos al mes. La iniciativa fue de “Emiro Pinzón, un joven caminante que para ganarse la vida se desempeña hace años como artesano”.¹⁰⁰

A esta casa podía llegar cualquier caminante del país, sin importar el lugar de origen. Al parecer la edificación contaba con un lote de terreno grande en el que, según el artículo “Abominamos la guerra”, los jóvenes sembraron árboles frutales, construyeron una cocina e hicieron un taller de artesanías en dónde confeccionaban anillos de chaquiras, sandalias y cinturones de cuero. Estos productos eran vendidos en Cali, en lugares como el Puente Ortiz, el Parque Caycedo y la Avenida 6ª.

Los hippies ocupantes de la casa decían: “Nosotros nos hemos agrupado en una comuna para practicar la vida libre, vivir apartados del mundo, en soledad, la reflexión y el trabajo”.¹⁰¹

Así pensaban los caminantes que, después de viajar por todo el país, finalmente, encontraron un lugar para quedarse a lo largo y ancho de Colombia. Vivir en comuna fue una experiencia que permitió a los hippies afianzar sus criterios de vida y espiritualidad.

¹⁰⁰ "Abominamos la guerra"(1972, 14 de septiembre), en *El Crisol*, Cali, p. 8.

¹⁰¹ *Ibíd.*,

14. Vidas de colores: memorias de los hippies colombianos

“La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”¹⁰².

Gabriel García Márquez

Miles de jóvenes colombianos estuvieron metidos en el hippismo. Ellos caminaron juntos por el país, comieron hongos, fumaron marihuana, meditaron sobre la vida y su razón de ser. Contribuyeron al cambio, asumieron las consecuencias y dejaron una huella. Algunos nombres de los miles que llevaron, con la frente en alto, el pelo largo y una flor en la cabeza serán mencionados en esta memoria de varios hippies colombianos, quienes describen a los personajes de la época a través de apreciaciones personales y momentos compartidos. No todos están incluidos en esta lista, pero aquellos que estuvieron en la movida sabrán que se trata de los más representativos.

Tania Moreno

“Ojalá las mujeres del mundo fueran como ella. Tania no hablaba de liberación, ella ejercía ese derecho por naturaleza”.

Harald Musikka

“Nos conocimos en la 60. Yo fui a su apartamento y conocí a la mamá. Tania es hija de una mujer supuestamente célebre, porque fue de las primeras mujeres profesionales en

¹⁰² García Márquez, G. (2002) “Vivir para contarla”, Norma, Bogotá. p. 3.

Colombia — Paulina Ceballos, la primera mujer graduada del Liceo Celedón de Santa Marta —. *Era una señora prepotente y, además, obstinada. Tania era hija única.*



Tania Moreno / Foto: Gertian Bartelsman
Archivo personal Tania Moreno

Tania abandonó la psicología por irse para la 60. Cuando llegó empezó a manejar a “las nenas”, ella era la que manejaba la cuestión. Todas la miraban con respeto. Tania liberó la liberación femenina; con lo que decía, “las nenas” quedaban sorprendidas y aún conserva su estatus, no como las otras. Además de ser una mujer muy hermosa, eso le daba otro estatus a ella”.

Fito Solarte

“Tania es una persona de una calidad humana como pocas, tiene todo mi afecto y admiración eternamente”.

Jaime Rendón

“Era la mamá. Aunque se pondría brava porque se sentiría mayor que todos y ella todavía es una sardina. Ella y Pili fueron las primeras que se metieron de lleno en este cuento”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

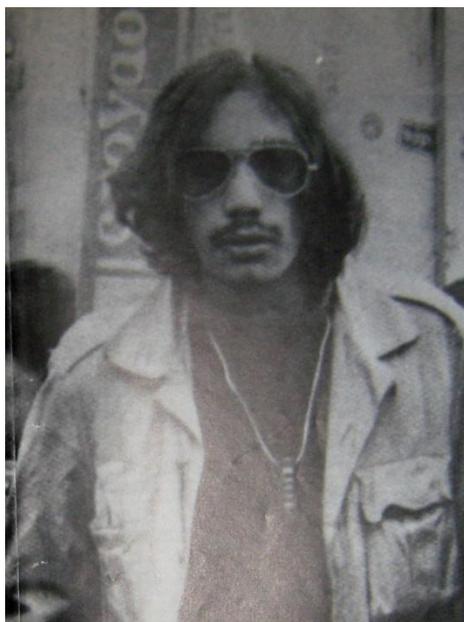
“La reina del rock y del hippismo. Ejemplo perfecto”.

Rocío Obregón

Manuel Vicente Peña —‘Manuel V’—

“Se hizo llamar Manuel V, por el auge del Papa Pablo VI; este señor se llamada Manuel Vicente Peña Gómez.

Manuel pertenecía en ese tiempo a la familia más rica que había: los herederos de Pepe Sierra. Manuel se fue a estudiar a Estados Unidos, al bachillerato anexo de la Universidad de Princeton. Estando allá, llegó a dar unas conferencias uno de los padres del hippismo, el que empezó con el cuento del LSD, el profesor Timothy Leary. Manuel terminó abandonando los estudios y se metió en el movimiento underground de los periódicos afiliados a la Underground Press Syndicate.



“Manuel V” / Archivo personal Gustavo Arenas

Él entró en el East Village Other de Nueva York. Se hizo amigo de los directores y terminó escribiendo en el periódico. Cuando se le venció la visa y se regresó, lo primero que hizo fue un periódico hippie que se llamó Olvídate, del cual salieron tres ejemplares. Como él

tenía todos los contactos, lo afilió al UPS y le llegaban todos los periódicos underground a su apartado nacional (apartado 8373).

Como cuatro veces lo metieron en clínicas. La familia lo veía como “se nos está desviando” y ellos querían que él fuera presidente de Colombia. Manuel escribía artículos en El Tiempo contra la sociedad colombiana, contra la mamá, cómo ella discriminaba a las sirvientas. Se empezó a volver un peligro aquí. A la familia de Manuel toda la sociedad colombiana le exigía que hiciera algo. A Manuel le iban a hacer la lobotomía cuando se iba a casar con María, una niña del barrio Venecia, en la Media Torta. La mayoría de la gente nunca lo quiso, lo veían como el niño rico, pero él era sencillo”.

Manuel era el berraco, el propio. El que nunca tuvo pelos en la lengua para decirle las cosas a la gente. El fundador de la vaina en Colombia. Aunque pudo haber gente con pelo largo antes que él, el primero que puso la cara en los medios y escribió y dijo cosas y se hizo público fue Manuel”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

“Cuando lo conocí acababa de llegar de Nueva York de rumbear con Andy Warhol y otros intelectuales y artistas de la época. Era muy simpático, pero engreído. Lo caracterizaba su comportamiento desfachatado muy de la época”.

Jaime Rendón

“Él se volvió uno de los pensantes del cuento; todo el mundo tenía que ver con él. De todas formas tenía una vida y un pensamiento agitado. A Manuel siempre se le respetaba porque estaba ahí sin necesitarlo. Cuando se veía que se iba perdiendo, el papá lo metía a la clínica a que lo limpiaran de nuevo. Y así pasó toda su vida allá en la 60 hasta cuando

se iba a casar con María, la niña del sur. Manuel sacó un afiche de los dos en medio de la plaza la Santamaría desnudos, sentados. Se iban a casar en presencia de todo el combo, y el papá lo metió a la clínica de nuevo, y ahí fue que ocurrió lo que ocurrió. María se fue otra vez a su casa, tuvo su hija, y se metió en el lavadero recién parida y murió”.

Fito Solarte

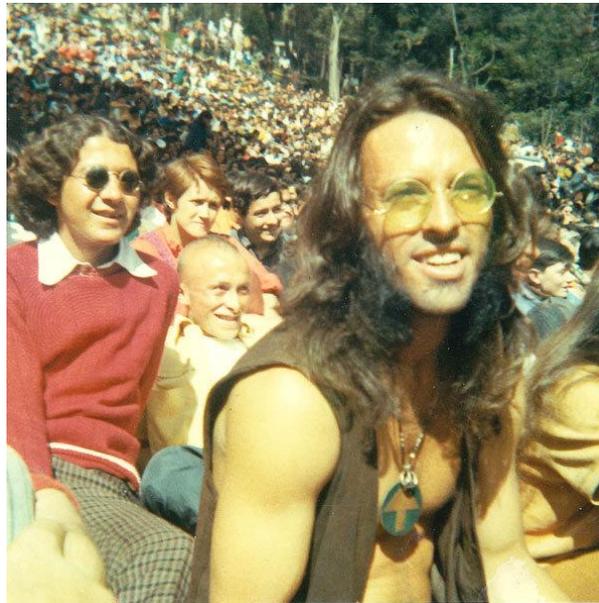
Él era como un tirano, se autoproclamaba el presidente de los hippies”.

Fabio Gómez

“Yo lo recuerdo como un patán. Al principio yo no le caía bien a Manuel porque él no era que se considerara un “hippie”. Manuel era más de revuelta urbana. Él venía de haber hecho un trabajo con Andy Warhol y estaba crecidísimo, con toda razón. Pero Manuel era mucho más beligerante. Y a él le chocaba la actitud de nosotros, porque nosotros nos estábamos inclinando más hacia la cosa hippie”.

Tania Moreno

Thur Musikka



Thur Musikka / Archivo personal Rocío Obregón

“Thur era un loco. Lo que yo sabía de viejo Thur era que él venía de Vietnam. Era de origen nórdico. Thur se salía del contexto un poco, tal vez por lo que estuvo en el Vietnam, por lo que era de una familia extranjera; muy loco, muy hippie, muy drogo. Terminó en la calle prácticamente de mendigo”.

Tania Moreno

“Thur era la fuerza del hippismo. Solo iba "pa' lante". La música la llevó hasta en su apellido. No tuvo grupo. Él tocaba su pandereta con todos. Y cuando no la tenía, buscaba una caja con fósforos y la hacía sonar rítmicamente. Una noche en el estadio el Campín nos enfrentamos contra los periodistas para conseguir fondos destinados a una noble causa. Thur fue el gigante de la noche. Faltando 5 minutos tapó un penalti, permitiéndonos ganar el partido. Lo sacamos en hombros del estadio. Tenía en una mano el trofeo que nos dieron por ganar y en la otra llevaba un bareto enorme. Para el partido todos metimos ácido (LSD) y el viejo Thur nos decía que cuando le patearon el penalti, el balón dejó su afán y se le vino encima en cámara lenta Fue facilito cogerlo”.

Harald Musikka

“Thur era un soñador en la guerra de Vietnam”.

Fito Solarte

“Thur fue el verdadero hippie colombiano, incluyendo su experiencia en la Guerra de Vietnam, su nunca haber echado raíces en ninguna parte. Uno se lo encontraba en Bogotá y mañana podía estar en Cartagena, en cuatro días en Cali y así. Siempre estaba viajando y dándose la buena vida. Fue el primer gran hippie que yo conocí”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

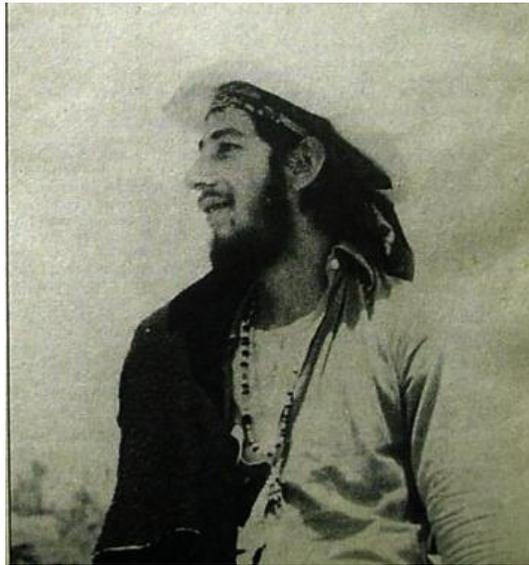
“El ejemplo perfecto de esa generación perdida y destrozada en una guerra estúpida: Vietnam”.

Rocío Obregón

Federico Taborda ‘Sibius’

“Un Poeta sin conexiones, pero ante todo, un poeta, comprometido con la vida y la verdad. Qué persona tan especial. La vida no podrá hacer otro ni remotamente parecido”.

Harald Musikka



“Sibius” / Archivo personal Tania Moreno

“Con mucho amor. Sibius era para nosotros como un gurú por su dulce trato, su talento de poeta y su sencilla manera de vivir con lo mínimo. Me impresionó su sencillez y calidez humana y, desde luego, sus poemas llenos de una contundente sabiduría”.

Jaime Rendón

“El profeta generacional. Un hombre con una facilidad increíble de filosofar y hacer poesía”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

“En esa época de la 60 apareció Sibius, un poeta. Sibius era una persona muy mística, muy espiritual, era como un asceta; un personaje que no parecía que tuviera la edad que tenía, por ahí 23 años, pero era un persona sería y muy espiritual”.

Tania Moreno

“Socialismo y hippismo revueltos. Otra baja honrosa”.

Rocío Obregón

“Sibius, Federico Taborda, con su espíritu de frescura, su belleza, su tranquilidad, su conciencia política. A él le gustaba caminar por la ciudad, no se quedaba quieto. Como era amigo de los cantantes, recitaba poesía en medio de los conciertos. Era extraño, porque se suponía que había música, pero aparecía un poeta.. Él se volvió como un maestro”.

Fito Solarte

Jairo Jesús de Gutiérrez , ‘Blackie’

“Fue el único negro de esa época, el único negro que participó del movimiento. En la hoja de vida de ‘Blackie’ figuraba que había sido actor de la película Quemada y, según él, había sido muy amigo de Marlon Brando. Eso le daba prestigio aquí. También se integró perfectamente con el color y la forma de presentarse. Se hizo famoso porque era una persona muy extrovertida, que tenía que ver con todo el mundo. Él marcó época”.

Tania Moreno

“Un negro lleno de música. Muy eléctrico, muy sensible”.

Harald Musikka Blum

“El hippie negro, el hombre caribe cartagenero que le ponía color a la cosa. Uno de los hippies hippies”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

“Con Blackie se tumban las barreras de raza”.

Rocío Obregón

Samuel y Fanny

“Era una pareja. Ellos eran paisas y venían, creo yo, un poco del nadaísmo. Fanny era una pintora, Samuel era un intelectual, una persona que escribía. Ellos se fueron en un momento dado a San Andrés donde representaron a los hippies del interior. Su origen fue el nadaísmo. Samuel era una persona mayor. Fanny sí era más joven, muy bonita porque era pelirroja. Era una pareja de artistas, intelectuales. No era el prototipo de niños de la 60 que no terminaron el bachillerato”.

Tania Moreno

“Ellos eran de los hippies más antiguos. Vivían en una casita increíble. Encarnaron el ideal hippie en todas las dimensiones: amor, paz, amor por la naturaleza, amor por el arte”

Rocío Obregón

Enrique Calle, ‘Kat’

“Kat y su locura aparente”.

Fito Solarte

“‘Kat’ era un loco de amarrar a un palo; era un personaje totalmente singular. En algún momento de su vida se puso una placa de platino sobre los dientes. Entonces, cuando se reía se veía como un personaje de película ficción; era muy raro verlo así.

Él también fue del combo de San Andrés. Se dedicó a pintar los paisajes de allá. Era un personaje muy peculiar, yo diría que sería muy difícil de encontrarle doble. Después 'Kat' se vino a vivir a Bogotá, no le importaba el dinero, él no estaba para hacer plata ni nada de eso. Él vivía contento; si su pintura le daba con qué vivir era suficiente y vivir apenas; no estoy hablando de vivir en una casa, ni tener un carro ni nada de eso.

Entonces, se dedicó a pintar en Bogotá y en un momento dado todos los bancos tenían un 'Kat'. Él vendía muy barato. Yo conviví con él en una casa y llegaba y parqueaba un taxi; se bajaba con tres lienzos del mismo tamaño. A los tres les ponía una cinta que era el horizonte. Pintaba un solo paisaje y después quitaba la cinta, separaba los cuadros y los vendía por tres. Pintaba en serie prácticamente. Era muy incomprensible incluso para nosotros que estábamos demasiado locos”.

Tania Moreno

“Un tipazo, un gran artista, un gran pintor, un gran amigo, un hippie total. Un gran loco chévere”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

“Un loco, poeta y artista muy especial. Ocasionalmente vivimos en la misma casa y recuerdo que en momentos de “olla” se ponía a pintar rápidamente uno de sus famosos paisajes “sanandresanos”, salía a la calle y al poco rato regresaba con pollo frito, papas y leche para sus gatos”.

Jaime Rendón

Andrés Caicedo

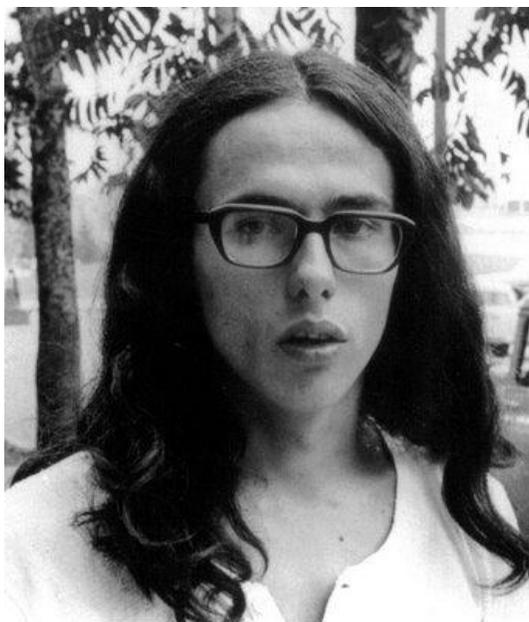
“Para hablar de él es necesario primero, ponerse en pie y quitarse el sombrero. Amaba a Los Rolling Stones igual que a Richie Rey. Escribía con toda la magia de nuestra generación. Le encantaba el cine. Nadie podía saber si Andrés iba o venía.

Casi enloquece el día que en Bogotá, desde un bus municipal, alcanzó a ver caminando por la séptima a Andrew Loog Oldman, uno de los más importantes productores musicales de Los Rolling Stones. De la emoción, no pudo timbrar para bajar. Empezó a gritar como loco y el chofer, asustado, paró de inmediato para que "el loco" se bajara. Andrés metió tremenda carrera para alcanzar al inglés y se le tiró encima para abrazarlo. Por supuesto, Oldman se metió tremendo susto.

Cuando la adrenalina le dio espacio, Andrés le explicó quién era y el porqué de su locura. Lo entrevistó y ese mismo día viajó a Cali porque él sabía que en el periódico El Pueblo le iban a publicar la entrevista inmediatamente, y así fue. Daniel Samper, en ese entonces subdirector del periódico, le dio una página entera con lead en primera.

Al otro día, periódicos en mano (más de 10 ejemplares), viajó a Bogotá para llevarle personalmente un diario al inglés. Yo le diagramaba en Cali su revista Ojo al Cine. Indudablemente que Andrés fue uno de los más grandes de nuestra generación”.

Harald Musikka Blum



Archivo personal Tania Moreno

“Fue capaz de hacer lo que todos quisimos, pero nunca fuimos capaces de hacer”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

“Yo lo conocí en Cali en un espacio que promovía a los artistas en Cali llamado Ciudad Solar, ahí funcionaba el Cineclub de Cali. Estuve 20 días en los que lo vi y tuve la posibilidad de hablar con él. Se veía una persona un poco atormentada. Él tenía una particularidad y es que uno decía una palabra y él inmediatamente se remitía al cine; sus conversaciones siempre terminaban en un recuerdo de alguna película. Tenía obsesión con el cine.

Él me dijo una cosa que me dio durísimo a mí como hippie, porque yo siempre pensé que el ácido era la salvación del universo y los hongos también; y que sí todos comíamos ácido y hongos este planeta iba a estar feliz. Y él me dijo en Cali que con los hongos había conocido el infierno. Yo quedé con la boca abierta hasta el día de hoy.

Eso me hizo concluir que él tenía un tormento interior porque casi todo el mundo tendía a sublimar su visión de la vida, del universo. Y era una cosa que no deprimía, por lo menos con lo que yo había experimentado eso.

Cuándo Andrés me dijo eso, yo no podía creer que él que era tan joven, era una persona muy atractiva, como de esas personas que tienen algo misterioso, algo que atrae porque no es una persona del montón.. No era una persona muy extrovertida, pero era muy amable.

El traía una cosa muy especial, era una persona que no se ve repetida. Su obsesión por el cine creo que se convirtió en un escape”.

Tania Moreno

“Andrés era un alma torturada, y destruida por las drogas”.

Rocío Obregón

Gustavo Arenas, ‘El doctor Rock’

“Gustavo Arenas es un guerrero”.

Fito Solarte

“Lo conocí en la 60 en el momento en el que abrí mi almacén. Me parecía un poquito asustador; el estilo de Gustavo era un poco fuerte, con una actitud ruda, de voz ronca. Lo sentía como una persona que venía de vivir una vida muy dura y muy callejera. Lo primero que él me dijo era que vivía en un bar de Chapinero.

Después lo conocí y era como una fachada de Gustavo, porque Gustavo en el fondo es una gran persona. Yo lo admiro porque adquirió mucha cultura a través de la música y de la prensa underground de la época.. A pesar de su apariencia dura, se metió con todo el mundo;

Hizo parte fundamental del hippismo y todo el mundo lo recuerda. Es también particular porque defiende sus ideas a ultranza, nunca da su brazo a torcer. Él es una persona que no ha cambiado”.

Tania Moreno

“La prueba de que el hippismo hizo de lado las clases sociales”.

Rocío Obregón

Pili Galeano

“El amor libre hecho realidad”.

Rocío Obregón

“Pili era la madre más joven del movimiento. Cuando yo la conocí tenía un hijo, ella había tenido su primer hijo como a los 17 años. Era la mujer de un músico muy famoso que era Ferdy. Ella siguió su vida alrededor de todo lo que estaba pasando en la 60. Al poco tiempo tuvo otra hija.

Creo que es una de las personas que más se involucró en el movimiento hippie: fue creyente, devota, hizo todo el recorrido que tocaba hacer. Era un poco liberada para la época, todo el mundo se asustaba un poco porque ella empezó a acostarse con varios tipos. Después de su relación con Ferdy, empezó a tener relaciones muy libres. Eso al principio escandalizaba un poco porque todavía no se había llegado a esa liberalidad.

En medio de todo fue una persona que creyó mucho en esto, que se metió a fondo, que creyó que reproducirse era una cosa lindísima. Siguió también el camino que muchos seguimos. De todas maneras, ha sido muy rebelde toda la vida, no ha dado su brazo a torcer. Se ha mantenido incólume con su pensamiento puro”.

Tania Moreno

“Divina. Se llenó de hijos por amor al rock and roll y siguió siendo lo mismo: una mujer divina”.

Harald Musikka Blum

“Pili fue una flor que adornó el paisaje durante muchos años y, que como flor que era, dio semillas y frutos por montones igual de bonitos a ella”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

“Tan bella Pili con sus hermosos ojos acuáticos. Buena amiga y luchadora incansable”.

Jaime Rendón

‘Potocho’



‘Potocho’ / Archivo personal Tania Moreno

“Es un personaje que para mí hace la conexión perfecta entre las pandillas o las barras juveniles, los rebeldes sin causa que se habían iniciado con el mito de Jane Bill y Marlon Brando. Y era una cultura muy agresiva porque de alguna manera la gracia de estos combos era que andaban con cadenas y amenazaban, había cierta agresividad en ese tipo barras.

Una vez me dijo que los dueños de los almacenes deberíamos estar muy agradecidos con él porque él por la noche venía y cuidaba la 60. Él tenía moto. Fue pandillero al principio, después se fue integrando a toda esa cosa hippie y su actitud fue cambiando; para mucha gente era un figura agresiva —o por lo menos no lo asociaban mucho a la cosa de paz y amor—; Potocho se fue integrando y terminó siendo parte del movimiento”.

Tania Moreno

“Era como un Hell Angel. Potocho era hermosísimo y era grandísimo. Él andaba en una motocicleta y el cuento era que violaba a todas las niñas. Entonces, nosotras lo veíamos y salíamos disparadas. Le teníamos terror. El man era tenaz”.

Rocío Obregón

“Potocho era el guerrero que había sido de la barra de la iglesia de Lourdes, y luego se volvió elegante, con botas y saco largo, tenía un séquito de seguidores”.

Fito Solarte

“Él no era un tipo desagradable. Era como grande, con esa condición de súper hombre; las mujeres sentían que de pronto las podía proteger. Quizá eso lo favoreció mucho”.

Gonzalo Marín

Luis Rugilo Bernal, ‘El Pato’

“Viejo Pato era cojito. Era una de sus características físicas. También fue figura de la 60. Fue una persona conocidísima por todo el mundo”.

Tania Moreno

“Él era el hippie bondadoso y noble”.

Rocío Obregón

“Hermoso, de las personas más representativas del hippismo criollo”.

Harald Musikka Blum

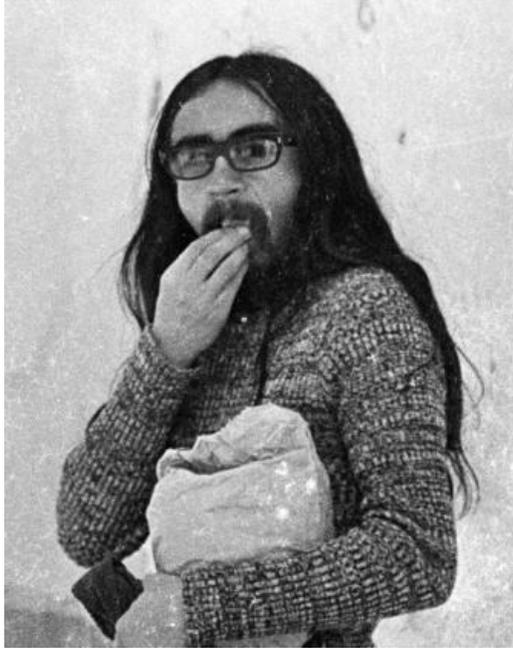
“Un gran personaje, uno de los pioneros del movimiento. Cuando pequeño tuvo un accidente en una moto que lo dejó con un defecto en una pierna. Caminaba cojo. Movía la cola un poco para caminar.”

Gustavo Arenas

Miguelito Suárez

“Era músico. Perteneció a la primera banda que rompió con el esquema Beatles, la banda de los Young Beats. Asumió un rock más fuerte, era más Rolling Stones, su repertorio iba hacia el rock más progresivo. Él era bajista de la banda. Después fue dejando la la música y también hizo parte de este movimiento. Fue de los que terminó viviendo en La Calle, junto al templo”

Tania Moreno



Miguelito Suárez / Archivo personal Tania Moreno

“Mucho pelo, buena música y ajá... uno de los duros”.

Harald Musikka Blum

“Miguelito era un gran amigo. Él parecía en la época hippie como un gnomo, como un duende, un tipo que siempre estaba feliz y llevaba alegría donde él estuviera. Nunca en mi vida vi a Miguelito bravo”.

Gustavo Arenas

“Mequelito (había una bifetamina muy popular: MEKELON) amigo de rumba ocasional”

Jaime Rendón

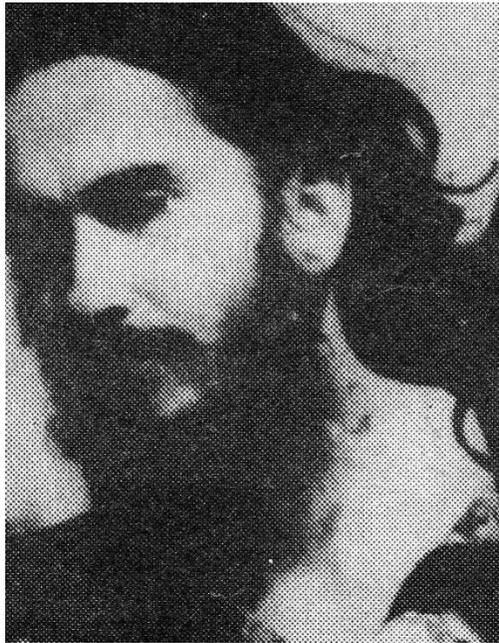
Jaime Rendón

“El caratulista de Génesis. Un gran pintor, un gran artista. Hizo unos cuadros donde los personajes le quedaban igualitos a los de la vida real”.

Gustavo Arenas

“Vive una vida como poética”.

Fito Solarte



Jaime Rendón / Archivo personal Tania Moreno

“Es una de las personas más idealistas y soñadoras que yo conocí en esa época. Para mí es el prototipo del soñador hippie. Jaime fue muy místico. A él lo habían detenido en Ecuador. Andaba de túnica y cobija. Él se había ido a peregrinar con Beatriz, la hermana de ‘La Toya’ Uribe; allá los habían detenido porque se habían ido sin papeles ni nada.

Me daba un poco de miedo caminar con él al comienzo. Buena parte de mi relación con él fue echando dedo y caminando por carretera, y todo eso, porque él era una persona

absolutamente confiada con el mundo; no tenía miedo de nada. Él nunca pensaba que alguien le podía hacer daño.

Cogía las arañas pollas y las tarántulas con un amor enorme. Jaime criticaba mucho la parte material. Él consideraba que Dios y la vida le iban a dar a uno todo, todos los días, como a las aves del campo”.

Tania Moreno

Humberto Monroy

“Algo más que un pionero del rock, alguien a quien la historia tiene que reconocerle la importancia de su paso por la vida”.

Harald Musikka Blum



Humberto Monroy / Archivo personal Tania Moreno

“Ahora que he entrevistado a varios músicos, Humberto no era de una maestría musical en el sentido de quien ejecuta perfectamente un instrumento. Pero amaba la música hasta el

punto de convertirse en uno de los compositores más importantes de la época. Él no apreciaba tanto el purismo en ese sentido.

Tenía una conjunción de cualidades: la visión para promover, grabar, componer la música. Fue un motor de la música”.

Tania Moreno

“El más grande músico de rock que ha dado Colombia”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

“Líder del movimiento hippie en su totalidad. Representó todo lo que buscábamos”.

Rocío Obregón

Fito Solarte

“El poeta de una generación”.

Rocío Obregón

“Él viene de la formación nadaísta. Tengo entendido que la mamá de Fito era muy amiga de los nadaístas. El creció en ese ambiente más intelectual de literatura y filosofía. Cuando nosotros lo conocimos era un persona muy cultaEl siempre ha sido una persona muy culta y muy seria intelectualmente.

Cuando él trabajaba en Cannabis, le atendía el local a Federico Mejía. Cuando rompió esa relación, Fito se dedicó a pintar. Empezó a buscar la vida fuera de la ciudad hasta el día de hoy, que la ciudad le llegó a los pies”.

Tania Moreno

“Sensible artista, amigo y hermano eterno. Muchas vivencias, aventuras, rumbas y milagros”.

Jaime Rendón

Gonzalo Arango

“Ese más que amigo y poeta; era como el ángel de la guarda; hacia el bien sin mirar a quien. Lo tengo siempre en mi corazón”.

Jaime Rendón

“Más allá del bien y del mal. Nadaísta hasta el día de su muerte. Nunca fue hippie, pero era uno de nosotros”.

Harald Musikka Blum

“Ellos eran nihilistas. Venían de los beatniks americanos, después Gonzalo fue creyente, una persona espiritual, absolutamente metida con todas las cosas del movimiento. Gonzalo estuvo en todos lados. Vivió una época en San Andrés, luego por la Macarena. Muy amigo de Fanny y de Samuel. Es la época en la que escribió su libro de Providencia, el más hippie que uno puede leer”.

Tania Moreno

Jotamario Arbeláez

“El llegó a un renacimiento. Jotamario de alguna manera volvió a tener una oportunidad de mostrar su poesía y su arte. A mí me pareció una intrusión. Lo que le gustaba del hippismo era más la parte de rebelión que la parte espiritual”.

Tania Moreno

“ Ellos venían más de la época del nadaísmo. Fueron como un enganche. Traían unas ideas de que el nadaísmo era una cosa como de existencialismo, de los beatniks. Cuando llegó el hippismo hicieron la fusión. Jotamario fue de un gran aporte con sus frases”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

Eduardo Zalamea

“El era como la oveja negra de la familia de escritores Zalamea. Era escritor, un gran poeta, y fue una víctima de la sociedad porque a él lo desaparecieron”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

“Es de las personas más brillantes que he conocido en mi vida, en parte porque era muy inteligente y porque venía de una de las familias más cultas, que eran los Zalamea. Había estado en París; su papá era embajador de la UNESCO. A los 15 años era el crítico de cine de El Espectador, era una cosa impresionante. Un niño prodigio llevado al extremo.

Él llegó a la 60. Tuvo como un momento de mala fortuna. Se encarrató con una mujer un poco mayor, una pintora. Con ella tuvo una hija y en un momento dado todos los cables se cruzaron y la hija murió y se separó.

Se fue a vivir a Estados Unidos a un templo Krishna. Él me contó, antes de perder la razón, que había estado en el Festival de Woodstock y que venía con 50 ácidos o mezcalinas, y que él le había dado 25 a un grupo de rock, amigos suyos, y él se había tomado 25. De ahí en adelante no volvió a ser el mismo. Empezó a tener menos contacto con la realidad.

Cuando regresó lo tuvimos viviendo en la comuna de Lijacá; si nosotros éramos desconectados, él era el desconectado de nosotros. Me acuerdo que se levantaba a las seis de la mañana y tocaba sus campanitas. Después hacía un recorrido por todos los cuartos de la comuna, muy educado, nos preguntaba: “Oye, de casualidad tienes un acidito que me regales”, entonces, casi todo el mundo tenía algo que ofrecer. Después de que reunía todo se lo tomaba.

Yo me acuerdo que una vez con una amiga, Betty, nos pusimos a hacer artesanías para vender. El podía durar tres horas sin parar de reírse mirándonos. Era como mirando la inutilidad de nuestros actos. No hacía nada; tenía un olfato maravilloso y llegaba a cualquiera de las dos casas a comer. Lo mismo pasaba con la ropa y la cama. Uno llegaba a dormir y de pronto estaba acostado. Yo tenía un cuarto de ropa. Cuando menos pensaba, él tenía mis bluyines puestos; duraba tres meses con los bluyines, entonces uno lo daba como donado.

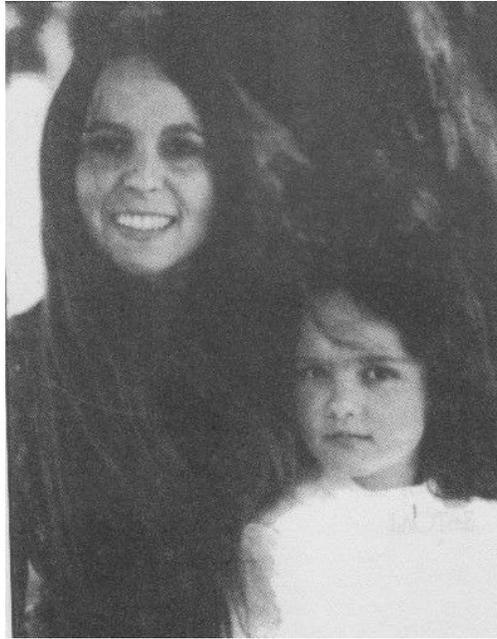
Él ya se vino a vivir a Bogotá y empezó una vida como de mendigo. La familia lo metió a Sibaté y no sé más”.

Tania Moreno

“Eduardito era un cerebro fugado para el interior de su propia alma. Cuando lo conocí, ya se comunicaba muy poco con el mundo de afuera”.

Jaime Rendón

Leonor Carrasquilla, ‘La Maga Atlanta’



‘La Maga Atlanta’ y María de las Estrellas / Tomada de Internet

“Ella se instaló en la 60. Cuando yo llegué ya existía ‘La Maga’. Tenía su puesto donde leía el tarot. Ella era la mujer de Jotamario, tenía una hija que se llamaba María de las Estrellas y era escritora desde pequeña. Era muy bonita en esa época: de pelo largo y unos ojos preciosos”.

Tania Moreno

“Una visionaria en aquel tiempo. Visionario en el sentido de ser una psíquica, en el sentido en que le podía dar a uno la luz, la guía, la orientación”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

“El oráculo al estilo Matrix”

Harald Musikka

La tribu Marín: Gonzalo, Horacio, Alberto y Hernán

“La esencia del hippismo que crea y trabaja. El hippismo pilo”.

Rocío Obregón

“Eran muchos hermanos; muy intelectuales. Héctor, era pintor. Alberto tenía la imprenta de Don Quijote.. Ellos montaron su negocio, el Escarabajo Dorado, que funcionó muy bien. Gonzalo era muy trabajador, hacía unos afiches muy lindos. Inicialmente eran mis socios, después nos abrimos y me montaron la competencia, pero fueron una gente muy importante.

Cuando hicieron un billetico viajaron a Inglaterra... regresaron con las pintas más hermosas: chaquetas de terciopelo, camisas de encaje; llegaron vestidos de Led Zeppelin”.

Tania Moreno

“Ellos aportaron al por mayor”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

Álvaro Díaz

“La primera noticia de él fue cuando era integrante de los Young Beats como cantante y siguió ligado al movimiento. Siempre ha sido una persona muy metida con la música. Se hizo muy amigo de Edgar Restrepo. Muy inquieto, en la medida que se pudo ligar a todo esto. Estuvo metido en la radio”.

Tania Moreno



Álvaro Díaz en concierto con *Young Beats*
/ Archivo personal Tania Moreno

“Quisiera escribir 50 líneas sobre él, pero creo que basta con decir una sola palabra para describirlo: visionario”.

Harald Musikka Blum

“Promotor de ensueños”.

Fito Solarte

“Un jefe de tribu. Un hombre de familia, un jefe de grupo, un líder comunitario. Admirable”.

Gustavo Arenas

Libardo Cuervo

“Es como el rey Midas”.

Fito Solarte

“¿Quién ha podido descifrarlo? A nadie le falló jamás. Fue uno de los iniciadores del hippismo, pero más aún, con sus Madres del Revóver nos permitió ubicarnos geográficamente en un lugar. Recuerdo que la etiqueta de sus productos decía: "Coma mierda y no me olvide". Y no iba por dentro, sino por fuera y muy visible, pues era grandísima.

Era un hombre (un gentleman) callado, muy trabajador. Gracias a él muchos pudimos ir a los conciertos o ponernos la ropa que nos gustaba. A mí me compraba todo lo que me inventaba para vivir, al precio que yo le ponía, sin regatear. Libardo era de pocas palabras. Jamás le oí hablar "mierda" o adornarse al conversar. Decía únicamente lo que tenía que decir”.

Harald Musikka Blum

“Un pionero que también puso la cara, un hombre incomprendido. Introverso en sus ideales, pero de una capacidad intelectual increíble”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

Rocío Obregón

“Fuera de serie. Vivía enamorado de ella, pero nunca pude hablarle (me quedaba sin voz cuando lo intentaba), debí conformarme con verla pasar. Y lo disfrutaba”.

Harald Musikka

“Un grato recuerdo. Pareciera que le sobrara el apellido”.

Gonzalo Marín



Rocío Obregón / Foto: Gonzalo Marín

“Todavía da lora por ahí. Una chica muy linda que olvidándose de sus pergaminos se metió en el cuento y ahí sigue”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

Benjamín Villegas

“Fue fundador de la Calle en compañía de Juan Escobar y Edgar Barbo. Fueron unos niños bien queriendo ser hippies. Se la jugaron organizando La Calle, un sito donde se reunían miles de personas. En su momento fueron hippies de tiempo completo. Su experiencia hippie les sirvió para aplicarla en la vida”.

Gustavo Arenas

“El señor del trabajo”

Fito Solarte

Domingo de la Espriella

“Un gran loco, un periodista. Un hombre que recorrió Suramérica en busca de la verdad y la encontró, y vino y se quedó en su tierra. Domingo tuvo un periódico que se llamó Kirieleisón (invocación a Dios), aunque sólo sacó dos números. El periódico venía dentro de un sobre de manila que era la portada y el contenido venía adentro”.

Gustavo Arenas (Dr. Rock)

“Él era un periodista muy joven que se le empezó a correr la teja. Domingo empezó a alternar clínica y salía y trabajaba un rato; lo volvían a meter a la clínica y volvía a trabajar. Era muy simpatizante del lado hippie. Yo entiendo que no tuvo más crisis y siguió su trabajo de periodista. Es que nadie tenía un trabajo tan serio. Entonces, se le veía como del lado estructurado en el que nosotros no estábamos”.

Tania Moreno

15. Conclusiones

Hippismo. Esa fue la palabra necesaria para abrir las puertas de una historia llena de matices. La construcción de un relato a través de la voz de los sobrevivientes, que recuerdan con seguridad el movimiento como una de las mejores etapas de su vida.

No cualquiera era hippie hace 40 años. No cualquiera estaba dispuesto a soportar insultos, agresiones y cambiar por completo el rumbo de su vida, ya fuera por algunos años o para siempre. No cualquiera llevaba el pelo largo y se atrevía a pensar en el idealismo puro, que llevó a muchos a un sueño que se desvaneció cuando llegaron los hijos y las responsabilidades.

Los hippies en este país, y seguramente en otros del mundo, son recordados como drogadictos, desocupados y desubicados. Son recordados como los responsables del rompimiento de paradigmas sociales establecidos, pero nunca como aquellos jóvenes que, en medio de una crisis mundial, creían en algo que iba más allá del poder y del consumo: la paz, el amor y la igualdad.

El hippismo llegó a Colombia, y con un golpe de gracia e incertidumbre, muchos jóvenes – la mayoría de clase alta- se metieron. Como una moda, para algunos, y como un estilo de vida para otros, el hippismo les dio la posibilidad a hombres y a mujeres de salir del prototipo de jóvenes burgueses de una generación que parecía tener el destino escrito. Muchos encontraron en el hippismo la salida de la cotidianidad, y del aburrimiento, hasta que ser hippie también se volvió una rutina.

Cuando son sólo unos pocos los que proclaman la libertad, el amor y la paz, es imposible lograr una unidad nacional y mucho menos mundial. El hippismo, por ser un movimiento de minorías, no lo logró.

Los hippies dieron paso a los cambios, de los que muchos se benefician hoy. Ya no es un pecado querer ser artista, músico, poeta o pintor. Hoy una mujer se puede casar o ir a vivir con alguien sin tener que demostrar su virginidad, incluso puede ser madre soltera. Un hombre puede tener el pelo largo sin que lo golpeen o lo detengan, ya que la Constitución colombiana protege el libre desarrollo de la personalidad. Hoy los jóvenes escuchan y producen rock, las mujeres toman píldoras anticonceptivas y usan otros métodos de planificación, y la sociedad no se ha acabado. El sistema terminó aceptando todo aquello por lo que los hippies eran juzgados.

Es importante resaltar que el consumo de drogas fue definitivo en la búsqueda espiritual de los hippies colombianos. Es cierto que algunos se perdieron en el camino o fueron atrapados por la psicodelia en un viaje sin salida, pero esos hippies son contados con la mano. La mayoría de los jóvenes que pertenecieron al movimiento escogieron la realidad con la incertidumbre del futuro, pero con la garantía de vivir en el presente.

La entrada al mercado de sustancias como la cocaína y la heroína hizo que las experiencias extrasensoriales cambiaran y llegara el final del hippismo. Estas drogas hicieron que la prioridad por el conocimiento interior pasara a ser un afán por estar despierto, activo y ansioso.

Aquellos hippies colombianos que se atrevieron a levantar polémica y a seguir en la marcha cuatro décadas atrás, si bien no tuvieron una familia estable, porque la libertad los siguió jalando, asumieron la responsabilidad de tener hijos y, cuando vieron que su utopía de paz y amor duró un periodo corto, trabajaron para pagar educación, comida y vestido; las prioridades fueron cambiando.

Los hippies colombianos fueron capaces de demostrarle a la sociedad, que tanto los persiguió y los estigmatizó, que sus vidas no se perdieron. En la lista en la que hace unos años sólo se veían “locos” y marihuaneros, hay periodistas, diseñadores, productores de televisión, arquitectos, profesores, músicos profesionales, pintores, antropólogos, tipógrafos, entre otros.

Muchas veces escuché por parte de mis fuentes que si yo hubiera nacido 60 años antes habría tenido una vida totalmente diferente y un país menos abatido. Habría conocido la tolerancia, la libertad y el respeto.

Escribir sobre los hippies me permitió descubrir que, a pesar de que ya han pasado cuatro décadas, el haber sido hippie en este país se convirtió en razón para perseguir a algunos que hoy siguen vivos, como si ser hippie hubiera constituido un delito. Para la muestra está el caso de Patricia Ariza, directora de la Corporación Colombiana de Teatro, que tiene una investigación abierta por ser nadaísta, hippie e izquierdista, desde el 2005 cuando aparecieron documentos en los que supuestamente, Ariza colaboraba a la educación en masa propuesta por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC.

Muchos tienen la satisfacción de haber sido parte del movimiento. Hoy en día conservan su espíritu, su actitud sobre la vida y algunas de las costumbres, que aún los hace meditar sobre su existencia. Otros no quieren ni recordar lo que consideran delirios de juventud (a esos, como el editor Benjamín Villegas, fue imposible contactarlos).

Con esta historia me dejé enamorar de los colores producidos por la psicodelia, sin consumir ningún tipo de sustancia alucinógena. Me dejé llevar por las voces, que algunas veces llenas de nostalgia, dibujaban en mi cabeza el panorama de una sociedad diferente que, al parecer, pudo ser posible hace 40 años. Me dejé cautivar por los hombres de pelo largo de las fotos y por los secretos de una generación que, angustiada, mira la realidad de su país y todavía se aturde. Me dejé cautivar por la música rock colombiana y por los poemas y pinturas de aquellos que plasman sus sentimientos en una superficie para que nunca desaparezcan.

Narrar la historia del hippismo en Colombia se convirtió en un reto. Me ayudó a entender cosas que antes no me importaban o simplemente pretendía ignorar. Me despertó el gusto por el rock de la época y me enseñó a valorar la simplicidad de la vida, como lo hacen estos especímenes en extinción que son los hippies, muchos de los cuales siguen fieles a su causa, como Tania Moreno, guía invaluable en esta investigación.

Me tuve que enfrentar en varias ocasiones al ofrecimiento de marihuana y decir no. Tuve que pasar varias horas de mi vida con las personas más desprendidas de lo material que he conocido; que no se arrepienten de nada de lo que han hecho; que a los 60 años de edad levantan la cabeza y admiten ser hippies sin sonrojarse.

Del hippismo colombiano sólo quedan los recuerdos. A comparación de Estados Unidos, donde todavía existe la famosa calle de Haight Ashbury, en San Francisco, Colombia sólo conserva los espacios físicos, que no hacen evidente la existencia de los hippies en una época determinada. Ahora son lugares vacíos y cambiantes, que únicamente permanecen intactos en la memoria de los protagonistas, y ahora en esta investigación.

En Colombia ya no hay hippies. Algunos de los sobrevivientes de la generación siguen creyendo en los ideales del movimiento y mantienen intacto su espíritu. Pero ahora no es posible hablar de aquellos que viajaban haciendo *autostop*, que compartían todas sus propiedades y se ayudaban entre sí. Las tendencias y creencias de la juventud del siglo XXI son otras. Probablemente se retomen algunos principios hippies para generar ideas, formas de expresión y comportamientos nuevos, totalmente transformados.

Este trabajo me permitió comprobar la importancia de conocer la historia. Nadie entiende el sacrificio de la generación de los hippies, representado en el sufrimiento y en el rechazo social. Esta historia da cuenta de cómo cada generación encuentra algo que la representa y cómo ese algo, se desaparece con los días y se puede perder en el pasado.

Y para dar constancia de ello, además de las voces, están los documentos gráficos: fotografías, afiches, volantes, cartas manuscritas, películas, acetatos, bluyines bordados y hasta piezas dignas de un museo de los hippies bogotanos. Valor agregado, sin duda, de esta investigación.

En este trabajo el periodismo se convirtió en una herramienta que me permitió recuperar una memoria, unir cables, tener certezas, nuevos conocimientos y una perspectiva diferente

de la vida y de mi labor en la sociedad, que hasta el momento me ha mostrado diferentes realidades, a veces inimaginables, a veces maravillosas.

El desarrollo de la investigación me llevó a encontrar dificultades en el camino en el momento de cruzar la información que obtuve por parte de las fuentes testimoniales, que aún tienen una memoria prodigiosa. Sin embargo, varias de las historias particulares parecían tener comienzos o finales diferentes. Los rumores, que siempre han hecho parte de la comunicación y más de la sociedad colombiana, se convirtieron en puntos de distracción, que fueron eliminados en el momento de unir la mayor cantidad de versiones posibles parecidas, que finalmente se complementaron hasta llegar a la realidad de los hechos.

El tema del hippismo en Colombia tendría la posibilidad de ser explorado con mayor profundidad yendo a cada una de las regiones que sirvieron de escenario esta contracultura en el país, porque, seguramente, allí también deben existir personas que ondearon la bandera del movimiento. Así sería posible abrir los panoramas del hippismo nacional en los que están ocultas más historias de esta generación.

16. Bibliografía

16.1. Fuentes bibliográficas

Babilonia, M. (1970, 30 de agosto), “Yo fumé la yerba maldita”, en *Magazine Dominical* (diario *El Espectador*), p. 11.

Berdugo, A. (1970, 27 de septiembre), “Festival de música rock en Barranquilla”, en *El Tiempo*, Bogotá, pp.

Bocca, G. (1969, 9 de septiembre), “La píldora es una rareza en la Unión Soviética”, en *El Tiempo*, Bogotá, pp.

Brooshisher, R. “Hippies” [en línea], disponible en: <http://es.youtube.com/watch?v=loKjM29pIsA>, recuperado en: 23 de noviembre 2008.

Carandell, J. (1974) *La protesta juvenil*, Barcelona, Salvat Editorial.

Caro, G. y Bueno, C. (2001) *El Festival de Ancón: un quiebre histórico*, Medellín, Editorial Lealón.

Cartier, J. (1974) *El mundo de los hippies*, Bilbao, Editorial Española Descleé De Brouwer, p. 21.

Castro, G. “El Festival hippie: retro a la tradición”, en Bueno, O. y Caro, G., (comp.), *El Festival de Ancón: un quiebre histórico*, Medellín, Lealón, p. 47.

Castro, G. (1971, 21 de junio), “Más curiosos que participantes” en *El Tiempo*, p. 12.

Claver, P. (1972, 14 de septiembre) “El desconcertante mundo de los hippys caleños”, en *El Crisol*, Cali, p. 8.

Congrains, E. *et al.* (1989), *Frases célebres y rotundas*, Bogotá, Editorial Forja, p. 172-173.

Cortés, F., y Moreno, T. (1988, 10 de abril), “30 años de rocanrol”, en *Lecturas Dominicales* (diario *El Tiempo*), p. 8.

- Coyote, P.** “Hippies” [en línea], disponible en: <http://es.youtube.com/watch?v=loKjM29pIsA>, recuperado en: 23 de noviembre 2008.
- Delgado Nieto, C.** (1971, 8 de febrero) “Multitudes Juveniles”, en *Revista Cromos*, p. 15.
- De Vieco, B.** (1971, enero) “El hippismo colombiano”, en *Revista Cromos*, p. 53.
- Echeverry, M.** (1971) *Estudio psicopatológico y existencial*, Bogotá, Editorial A.B.C.
- El Crisol** (1972, 14 de septiembre) “Abominamos la guerra”, Cali, p. 8.
- El Espectador** (1970, 04 de junio), “Estricto control sobre ‘hippies’ anuncian en Bogotá”, Bogotá, pp.14A.
- El Espectador** (1970, 14 de octubre) “Conclusiones de seminario sobre los problemas juveniles” Bogotá, p. 14A.
- El Tiempo** (1968, 21 de abril), “Intoxicado el candidato ‘hippy’ a la presidencia ecuatoriana”, Bogotá, pp.
- El Tiempo** (1969, 9 de abril), “Intoxicados 4 menores con drogas alucinantes”, Bogotá, pp.
- El Tiempo** (1969, 11 de abril), “Rebelión de melenas”, Bogotá, pp.
- El Tiempo** (1969, 20 de julio), “Al arrestar hippies la policía hiere a reporteros”, Bogotá, pp. 18A.
- El Tiempo** (1970, 1 de septiembre), “Dos estudiantes viajan a pie por toda Suramérica”, Bogotá, pp.
- El Tiempo** (1970, 2 de septiembre), “Detención masiva de hippies en Bogotá”, Bogotá, pp.
- El Tiempo** (1970, 3 de septiembre), “Siguen detenidos 60 ‘hippies’”, Bogotá, pp.
- El Tiempo** (1970, 6 de septiembre), “Quedaron en libertad 49 ‘hippies’ anoche”, Bogotá”, pp.
- El Tiempo** (1970, 22 de febrero) “Dictadura hippie en el deporte”, Bogotá, p. 5C.
- El Tiempo** (1970, 23 de octubre) “Los melenudos se volvieron estrellas”, Bogotá. p. 28.
- El Tiempo** (1970, 22 de octubre) “Detenido 4 horas equipo de fútbol de ‘hippies’”, Bogotá, p. 3C.
- García Márquez, G.** (2002) “Vivir para contarla”, Norma, Bogotá. p. 3.

Gossain, J. (1970, junio 28), “Tarde de angustia, histeria y rock”, en *El Espectador*, Bogotá, pp.

Gillon, S. (2008) “Hippies” [en línea], disponible en: <http://es.youtube.com/watch?v=loKjM29pIsA>, recuperado en: 23 de noviembre de 2008. Este video fue borrado de la página a comienzos del 2009.

Haro Telglen, E. (1988) *El 60: las revoluciones imaginarias*, Madrid, Ediciones El País; Aguilar Ediciones.

“Hippies” [en línea], disponible en: <http://es.youtube.com/watch?v=loKjM29pIsA>, recuperado en: 23 de noviembre 2008.

“Hippies en San Agustín (Colombia)” (2009) [en línea], disponible en: http://www.youtube.com/watch?v=vfjVP4_46ZU, recuperado en: junio 07 de 2009.

Hurtado de Paz, A. (1971, 18 de junio), “3 días de música en Medellín”, en *El Espectador*, Bogotá, pp.

Hurtado de Paz, A. (1971, 22 de junio), “Final ruidoso y caliente en Ancón”, en *El Espectador*, p. 1B.

Huxley, A. (1957), *Las puertas de la percepción*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, p. 87.

La fuerza de la historia (1989, 04 de abril), [emisión por televisión] (dir.), Cadena Dos, Bogotá.

Lee, M. (2008) “Hippies” [en línea], disponible en: <http://es.youtube.com/watch?v=loKjM29pIsA>, recuperado en: 23 de noviembre 2008.

Levi, A. (1970, 28 de junio), “Seis horas de rock para 15 mil melenas”, en *El Tiempo*, Bogotá, pp.

Lewis, D. (1970, septiembre 28), “Peter Fonda, actor hippie consumidor de drogas”, en *El Tiempo*, Bogotá, pp.

“Locura” (2009) [en línea], disponible en: <http://www.proverbia.net/citastema.asp?tematica=445>, recuperado: 07 de junio de 2009.

López Pardo, A. (1970, 10 de septiembre), “Los peligros de la droga”, en *El Tiempo*, Bogotá, pp.

Malpica, K. (2009) “Sedantes Hipnóticas” [en línea], disponible en: <http://www.mind-surf.net/drogas/sedantes.htm#7>, recuperado: 01 de junio de 2009.

Martínez, T. (2003) “Defensa de la utopía” [en línea] disponible en <http://www.sololiteratura.com/tom/tomartdefensa.htm>, recuperado en: 30 de julio de 2009.

Mesa, E. (1972, agosto) “Carolo el hippie que ha tumbado dos alcaldes”, en *Revista Cromos*, p. 26.

Mike. (1970, 22 de octubre) “¡Arriba los hippies!”, en *El Espectador*, Bogotá, p. 3C.

Pachón, G. (1970, 02 de septiembre) “Detención masiva de ‘hippies’ en Bogotá”, en *El Tiempo*, Bogotá, p. 32.

Pachón, G. (1970, 6 de septiembre), “Hippismo en Colombia: 72 horas inconmutables”, en *El Tiempo*, Bogotá, pp.

Pareja, R. (1971, 19 de junio), “Los ‘hippies’ se bañan”, en *El Espectador*, Bogotá, pp.

Pareja, R. (1971, 20 de junio), “20 hippies con azúcar en cero”, en *El Espectador*, Bogotá, pp.

Pareja, R. (1971, 21 de junio), “Explusan a los hippies”, en *El Espectador*, Bogotá, pp.

Peña, M. “Cuando el rock no era mamerto”, en “El Festival hippie: retro a la tradición”, en Bueno, O. y Caro, G., (comp.), *El Festival de Ancón: un quiebre histórico*, Medellín, Lealon, p.145.

Pérea, A. (1996, febrero), “Una generación en la encricijada. Las contradicciones de la generación de los años sesenta se espresan con fuerza en el País, Ernesto Samper y Alfonso Valdivieso son un ejemplo”, en *Revista Cambio*, núm. 138, pp.

Restrepo, O. (1970, 23 de octubre) “Triunfo ‘Hippie’”, en *El Espectador*, Bogotá, p.3C.

Revista Cromos (1971, 18 de octubre) “La situación no la pintan calva”, Bogotá, p. 16.

Rojas, G. “Territorio para hippies” (1971, 22 de junio), en *El Tiempo*, Bogotá, p. 12A.

Salcedo, A. (2006) “Frasas célebres de fútbol” [en línea] disponible en: <http://www.megastoregroup.com/blog/?p=73>, recuperado en: 29 de junio de 2009.

Salcedo, R. (2009) “La crónica: el rostro humano de la noticia”, [en línea], disponible en: <http://books.google.com.co/books?id=sYtMlbvIsqsC&pg=PA89&lpg=PA89&dq=alberto+s>

alcedo+ramos+manuel+de+generos+unisabana&source=bl&ots=FhPtG3P-TT&sig=li2m-rUrL_PpHpUfLUUYSXBV6U&hl=es&ei=NPFySpK4CaKCMQeQyrzsCg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=3#v=onepage&q=&f=false

Saurio. “No se le sacian las sedes: reportaje a Jotamario” (2009) [en línea], disponible en: <http://www.laideafija.com.ar/especiales/jotamario/4jota.html>, recuperado: 22 de mayo de 2009.

Sic, R. (1969, 9 de febrero), “Cómo nació el LSD”, en *El Tiempo, Bogotá*, p.

Silva, A. (2003) “Bogotá imaginada”, Taurus, Bogotá, p. 216.

Tovar Ramos, C. “El Arzobispo de Medellín condena Festival de Rock”, De la redacción de El Siglo, en “El Festival hippie: retro a la tradición”, en Bueno, O. y Caro, G., (comp.), *El Festival de Ancón: un quiebre histórico*, Medellín, Lealon, p. 47.

Villoro, J. (2006) “La crónica: el ornitorrinco de la prosa”, [en línea] disponible en http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=773985, consultado en: 29 de julio de 2009.

Valencia, R. (2009) “Julio Villanueva Chang: ‘Hay cronistas triviales, pero la crónica no es trivial’” [en línea] disponible en <http://www.laprensagrafica.com/revistas/septimo-sentido/17787-hay-cronistas-triviales-pero-la-cronica-no-es-trivial.html>, recuperado en: 30 de julio de 2009.

Villanueva Chang, J. (2005) “Apuntes sobre el oficio de cronista” [en línea] disponible en <http://www.lettraslibres.com/index.php?art=10658>, recuperado en: 30 de julio de 2009.

16.2. Fuentes Testimoniales

Álvarez, C. (2009, 08 de mayo), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

Arbeláez, J. (2008 01 de junio de 2008), entrevistado por Muñoz, J., Bogotá.

Arenas, G. (2009, 10 de junio), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

Arenas, G. (2009, 4 de julio), entrevista telefónica con Ramírez, S. Bogotá.

Díaz, A., (2008, 15 de mayo), entrevistado por Martínez, A., Bogotá.

Fiorilli, R. (2008, 15 de mayo), entrevistado por Martínez, A., Bogotá.

Franco, R. (2009, 20 de mayo), “Saludo”, correo electrónico enviado a Ramírez, S.

Galeano, P. (2009, 3 de mayo), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

Gómez, F. (2009 22 de mayo), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

Marín, G. (2009, 02 de junio), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

Marín, G. (2009, 1 de julio), entrevista telefónica con Ramírez, S. Bogotá.

Moreno, T. (2008, 21 de agosto), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

Moreno, T. (2008 03 de junio). Entrevistado por: Ramírez, S., Bogotá.

Moreno, T. (2009, 30 de junio), entrevistado por Ramírez, S. Bogotá.

Musikka, H. (2009, 5 de julio), “Esta si es mi lista”, correo electrónico enviado a Ramírez, S.

Obregón, R. (2009, 01 de mayo), entrevistada por: Ramírez, S., Bogotá.

Obregón, R. (2009, 8 de julio), “Me faltaron dos”, correo electrónico enviado a Ramírez, S.

Ospina, A. (2008 23 de mayo), entrevistado por Muñoz, J. Bogotá.

Pulecio, E. (2009, 26 de junio), entrevistado por Ramírez, S. Bogotá.

Rendón, J. (2008, 01 de Junio), entrevistado por: Ramírez, S. Bogotá.

Rendón, J. (2009, 2 de julio), “Mi lista”, correo electrónico enviado a Ramírez, S.

Ruíz Jiménez, J. (2009, 30 de junio), entrevistado por Ramírez, S. Bogotá.

Sáenz, J. (2008, 18 de mayo), entrevistado por: Ramírez, S., Bogotá.

Solarte, F. (2009, 24 de abril), entrevistado por: Ramírez, S., Bogotá.

Solarte, F. (2009, 29 de mayo), entrevistado por: Ramírez, S., Bogotá.

Solarte, F. (2009, 1 de julio), entrevista telefónica con Ramírez, S. Bogotá.

Torres, M. (2009, 11 de julio), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.

Uribe, M. (2009, 02 de junio), entrevistado por Ramírez, S., Bogotá.